
pehuén
esenas inéditas de
alicia en el país de las ravillas
jorge millas



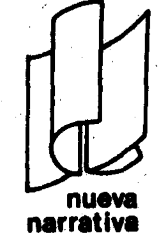
Foto : Malú Sierra

JORGE MILLAS nació en Santiago de Chile en 1919. Estudió Filosofía en la Universidad de Chile y Sicología en la Universidad de Colombia. Fue profesor y director del Departamento de Filosofía de la U. de Chile y catedrático de la Facultad de Derecho (donde organizó los estudios de Filosofía del Derecho) hasta 1975. Posteriormente fue decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Austral, hasta 1981. Entre sus obras más importantes figuran *Idea de la individualidad, Goethe y el espíritu de Fausto, Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente, El desafío de la sociedad de masas, Ideas de la filosofía y De la tarea intelectual.* Murió en 1982.

Con gran cariño al amigo Eduardo de parte de sus "inteligentes" amigos Patricio y Rodrigo.

20 de Enero de 1986.-

ESCENAS INEDITAS
de
ALICIA EN EL PAIS DE LAS MARAVILLAS
(Divertimientos lógico-lingüísticos)



JORGE MILLAS, ESCRITOR Y PENSADOR

Este libro póstumo de Jorge Millas sorprenderá, probablemente, a quienes estaban sólo habituados a la prosa ajustada de sus ensayos o a la elocuente y precisa exposición de sus cursos y conferencias. No es frecuente, entre nosotros, que un pensador *se aventure, de pronto, en esa aparente tierra de nadie que es la ficción. Ni siquiera para atribuirle la paternidad de su texto a otro autor imaginario o real, como justamente lo hizo Millas al ir componiendo estas falaces* Escenas inéditas de Alicia en el país de las maravillas.

No hay motivo, sin embargo, para tal sorpresa.

Jorge Millas, en efecto, comenzó su brillante carrera intelectual como escritor *—y, más exactamente, como poeta—, al editar en 1937 su* Homenaje poético al pueblo español. *Ese mismo año, sin embargo, publicó en la revista "Atenea" su ensayo-epístola* Carta a José Ortega y Gasset. *Esta indecisión no fue, posiblemente, fortuita, sino más bien estuvo condicionada por sus primeras preferencias intelectuales, particularmente por Unamuno y Ortega.*

"Mi vocación literaria y filosófica" —confesaba Millas en la larga entrevista que en 1942 le hizo Georgina Durand para "La Nación"— "se despertó en plena adolescencia. Tuve la sin par ventaja de encon-

trar, ya entonces, un maestro ejemplar, que ojalá lo fuera de muchos otros: José Ortega y Gasset"[1].

Casi treinta años después, al responder a un perspicaz cuestionario que le propuso Alfonso Calderón para el semanario "Ercilla", Jorge Millas precisó esa indecisión entre ser poeta u homo philosophicus. "La poesía" —señaló— "sólo fue un ensayo exploratorio de mis posibles relaciones con el mundo. Eso explica la ambivalente vigilia filosófica y poética que domina mi adolescencia, hasta pasado los veinte años"[2].

Esta sumaria indicación biográfica, más el riguroso trabajo de escritura que se acusa en sus ensayos, justifican que no haya motivo, en verdad, para sorprenderse de que Millas haya dedicado sus penúltimos años a escribir por cuenta de Lewis Carroll estas otras escenas sugeridas por la lectura de su admirable libro Alicia en el país de las maravillas. Este libro, en efecto, no sólo ha hecho una centenaria carrera entre los niños del mundo, sino, además, ocupa un lugar privilegiado en la "biblioteca ideal" de muchos de los más importantes escritores del siglo XX, como lo atestiguó la encuesta que llevó a cabo Raymond Queneau hace tres décadas. No es un azar, desde luego, que otro pensador de nuestros días, Guilles Deleuze, comience su Lógica del sentido señalando las distintas razones que tiene el lector actual para leer placenteramente el libro de Carroll[3].

Podría decirse, con radical propiedad, que Jorge Millas no dejó nunca de ser escritor cuando pensaba y, viceversa, que jamás dejó de pensar cuando escribía. Por eso pudo, justamente, hablar indistintamente como escritor y pensador, tal como lo hicieron, entre otros, Nietzsche, Ortega y Bataille.

Pensar hoy es, sin embargo, una ocupación social, casi privada y, desde luego, impolítica. El pensar verdadero, en efecto, se ha retirado

---

1 G. Durand, "Jorge Millas, el joven filósofo chileno". "La Nación", Santiago, 8 de febrero de 1942.

2 A Calderón, "Simplificar lo insimplificable". "Ercilla", Nº 1841, Santiago, 30 de septiembre de 1970, pp. 83-86.

3 "L'oeuvre de Lewis Carroll a tout pour plaire au lecteur actuel: des livres pour enfants, de préférence pour petites filles; des mots splendides, insolites, ésotériques; des grilles, des codes et décodages; des dessins et photos; un contenu psychanalitique profond, un formalisme logique et linguistique exemplaire. Et par dela le plaisir actuel quelque chose d'autre: un jeu du sens et du non-sens, un chaos-cosmos". G. Deleuze, Logique du sens. Editions de Minuit, Paris, 1969, p. 7.

de la plazuela pública, del discurso parlamentario, de la opinión periodística y, con alguna regularidad, de la cátedra universitaria y del libro. En todas partes se siente y se palpa hoy esta brutal sustracción del pensar auténtico.

Lo que hoy manda –y, muchas veces, comanda– es la estupidez. *No se trata, en verdad, de un hecho nuevo e insólito, sino de un asunto constante en la vida del hombre moderno, como lo está señalando el longevo comentario que éste ha suscitado desde Rabelais y Pascal, hasta Flaubert, Valéry, Musil y Ortega. Llama la atención, desde luego, que haya sido, justamente, en nuestro siglo –este siglo dominado por las comunicaciones– cuando la estupidez comienza a ser dilucidada con algún rigor.*

La cuestión es, sin duda, espinuda.

En la conferencia que dictó sobre el tema, en 1937, por invitación de la Federación del Trabajo de Austria, Robert Musil debió advertir que plantear el problema de la estupidez acarreaba el riesgo de ser malentendido. "Quien hoy en día" –decía el gran novelista– "tenga la audacia de hablar de la estupidez corre graves riesgos: puede interpretarse como arrogancia o, incluso, como intento de perturbar el desarrollo de nuestra época"[4].

El poder sin contrapeso que han tenido en este siglo las "frases hechas", los tópicos y las consignas, como su difusión y amplificación a través de las mass media, *han puesto en evidencia la magnitud que tiene la estupidez en la sociedad contemporánea. En todas partes, en efecto, se han colocado a su servicio las más refinadas técnicas de comunicación, descomunales cantidades de dinero y un personal expresamente capacitado para esta labor.*

Nunca ha sido fácil pensar *donde manda o comanda la estupidez. Ya a mediados del siglo XVIII –esa centuria admirable en la que el hombre* creyó *en las luces de la razón y el poder social de las ideas–, el perspicaz y atormentado Vauvenargues observó que la estupidez era moneda corriente en la vida social, puesto que cada tonto irremediable se atribuía el poder de hostilizar, marginar o eliminar a todo aquel que ensayara pensar por su cuenta.* Persone *–apuntaba Vauvenargues–* ne se croit propre, comme un sot à duper un homme d'esprit.

4 R. Musil, Sobre estupidez. *Tusquets Editor, Barcelona, 1974, p.17*

Jorge Millas conoció, en más de una ocasión, esta extrema pericia. Por eso siempre se impuso la tarea de mantener su cabeza en permanente estado de alerta.

"Hoy como siempre" –decía Millas en 1974– "el escritor tiene que hallarse en guardia frente al peligro de la vida soporífera y dispuesto a su tarea esclarecedora de retóricas y percutora de la verdad, lo que es una irreemplazable defensa contra la pérdida del hombre en el laberinto de los terrores y pasiones del hombre mismo. Lo peor que puede ocurrir a una sociedad, es que en medio de sus males el escritor sea el primer anestesiado y que no quede nadie en ella capaz de cumplir el papel del tábano socrático y de afrontar la cicuta"[5].

Seis años después, en 1980, por haber cumplido ese papel consustancial a la tarea de pensar, *Jorge Millas fue excluido de la Universidad Austral de Valdivia, no obstante haber sido uno de sus fundadores, el creador de la Facultad de Filosofía y Ciencias Sociales y el autor de los estatutos de esa corporación. Este hecho será, sin duda, recordado como uno de los mayores escándalos de la vida universitaria durante estos años en que, entre otras cosas, hemos debido vivir casi a tientas.*

Lo señalamos oportunamente.

"Jorge Millas no es (ni ha sido) un político, ni siquiera un political scientist: *es sólo un pensador que, a lo largo de una vida, ha hecho, justamente, lo contrario del político, es decir,* pensar *(y despensar) libre y rigurosamente. Por haberlo hecho con ejemplar lealtad con sus principios, Millas acaba de ser excluido* (a)políticamente *de la Universidad Austral"*[6].

Este estúpido incidente, cuyos entretelones confirman a la certeza del desdichado Vauvenargues, convirtió a Jorge Millas en una figura pública. En 1970 un redactor del semanario "Ercilla" pudo, en efecto, describirlo como "un ilustre desconocido". Diez años después, contra lo previsto, los lectores de una conocida revista "masiva" lo escogieron como el hombre más inteligente de Chile. Pero, lamentablemente, sus días estaban ya contados.

Cuando se escriba, sin embargo, la verdadera historia de la sociedad chilena del siglo XX, la figura ascética, mesurada e irónica de

5 *J. Millas,* De la tarea intelectual. *Editorial Universitaria, Santiago, 1974, p. 25.*
6 *M. Cerda, "Jorge Millas". Las Ultimas Noticias, Santiago, 4 de abril de 1980.*

Jorge Millas cobrará, sin duda, un sentido radical. Este discípulo de Ortega, Husserl y Bergson; este hombre que hizo de su vida un perpetuo ensayo de esclarecimiento, siempre trabajó, pensó y escribió para el futuro. No podía ser de otro modo. El futuro es, en verdad, el horizonte por excelencia de la libertad humana. Por eso, justamente, todo lo que el hombre elige, siempre lo elige con la vista clavada en ese tiempo abierto e incierto. Por eso, asimismo, el pensador *y el* escritor *auténticos son seres alborales, que sacuden el peso muerto que, de un modo u otro, arrastra la tradición, lo ya pensado y repetido, para buscar una solución, acaso utópica, a esos problemas y dificultades que el pasado no pudo resolver y, muchas veces, ni siquiera sospechar.*

Ninguna sociedad moderna puede, en efecto, invocar, conmemorar y asumir la totalidad de su *pasado, sin hacerse cargo* ipso facto *de esas oposiciones y contradicciones que a diario se empeña en ocultar o disfrazar. Esta proposición, sin embargo, es sólo la inversión de esa otra que formuló el malogrado Walter Benjamín en una de sus* Tesis de filosofía de la historia: *"Sólo a la humanidad redimida le concierne enteramente su pasado".*

Muchas veces, al releer los últimos textos de Jorge Millas, he pensado que su compromiso moral, intelectual y cívico lo aproximaba sustancialmente a la posición del gran ensayista alemán. La misma serena ironía recorre los escritos de estos dos hombres ejemplares que, de pronto, debieron pensar *a la intemperie y bracear, como náufragos, en un mundo inhóspito e impensable. Ello se acusa particularmente en esas palabras visionarias que Jorge Millas escribió para agradecer, en 1974, el Premio Ricardo Latcham, que le fuera otorgado por el PEN Club de Chile.*

"Malo sería" —advertía Millas— "que el pasado reciente siguiera ululando, como fantasma, en nuestra morada cívica y nos llenara el alma de terrores. El temor irracional hace a los hombres crueles y torpes. La Historia está llena de crueldades y torpezas antihumanas, propias de almas a las que faltó lucidez de conciencia para dominar racionalmente sus temores"[7].

Entre estas palabras y estas Escenas inéditas de Alicia en el país de

---

7 J. Millas, op. cit., p. 24.

las maravillas *se desliza, sin duda, una relación irónica que todo lector atento de este libro póstumo irá descubriendo personalmente, como se descubre, después de todo, la verdad, la justicia y el amor.*

MARTIN CERDA

PROLOGO

Ni las segundas partes ni las imitaciones fueron nunca buenas. Conocedor de esta verdad proverbial —aunque precisamente en cuanto proverbial, discutible— deseo adelantarme a las justas aprensiones del lector para advertirle que estos relatos no son ni segunda parte ni imitación de los de Lewis Carroll en *Alicia en el país de las maravillas.* Son algo todavía peor: trozos de la obra original, desechados con sagaz cautela y mejor acuerdo por maestría del profesor de Oxford.

Me enteré de ellos en 1968, y la fatalidad me hace publicarlos ahora, exactamente trece años después*. Yo debo haberme hallado entonces en Londres, pues si no, ¿cómo explicar que no habiendo jamás visitado esa ciudad, hayan llegado a mi poder los manuscritos no mal conservados que desde entonces poseo?

Los atesoré todo este tiempo, con la esperanza de recuperar las veinte libras esterlinas pagadas por ellos a un sórdido tabernero de Soho Square. Según él, valían mucho más y los había robado; y pues que yo me interesaba en la arqueología carroliana, podría conseguirme también el manuscrito final de *Alicia en el país de las maravillas,* hasta ahora inédito. También me aseguró creer que yo era un sabio persa. Ninguna de estas razones me parecieron convincentes, no obstante la verosimilitud de la última. Así y todo, le pagué su dinero

* Originalmente, Jorge Millas iba a publicar este texto en 1981. (N. del E.)

y salí del antro con aire furtivo y a pasos ligeros, como si yo mismo hubiera cometido el robo.

Desde entonces leí varias veces el raro documento hasta que, necesitando practicar el inglés, me puse a traducirlo. En este sentido recomiendo el libro a la admiración del lector: se trata de una traducción verdaderamente buena.

Dudo, no obstante, haber acertado con el título. Durante un tiempo consideré buena idea seguir la práctica de los antiguos, cuyos libros eran compendiados en sus títulos –singular muestra de sabiduría, porque con ello la lectura del libro se hacía innecesaria. Me tentaban, sobre todo, dos modelos: la más antigua versión de la historia de Fausto, impresa por John Spiess en 1587 (Frankfort) y el reputado libro del Padre Las Casas. El desafío era interesante. El primer modelo rezaba así: *Historia del Doctor Joham Faustus, célebre brujo y Maestro de Magia Negra; de cómo se vendió al Demonio con plazo fijo; qué extrañas aventuras atestiguó, provocó y experimentó él mismo durante ese tiempo, hasta recibir su merecida recompensa. Compilado e impreso a base de sus propios escritos: Ejemplo abrumador, modelo abominable y significativa Advertencia a todos los presuntuosos, curiosos y sin Dios: Someteos a Dios, resistid al Demonio y huirá de vosotros. (Apóstol Santiago, IV).*

El otro título, aunque en español, era más breve: *Apologética historia sumaria cuanto a las cualidades, disposición, descripción, cielo y suelo de estas tierras y condiciones naturales, policías, repúblicas, maneras de vivir y costumbres de las gentes de estas Indias Occidentales y Meridionales, cuyo Imperio pertenece a los Reyes de Castilla.*

Examiné otros ejemplos, igualmente incitantes y profusos, pero fracasé en el empeño, por no encontrar cosa alguna de este manuscrito –ni moraleja ni diversión– que mereciera recomendarse. En cuanto a los relatos mismos, Lewis Carroll (en la vida real usaba el seudónimo de Charles Lutwidge Dodgson) tuvo razón en desestimarlos. Carecen de la gracia, de la poesía, de la consoladora intrascendencia de los que dio a conocer, haciéndose famoso. Les falta así mismo su infantil bobería. Son más pretenciosos, por lo reflexivo y mal intencionados; y tanto, que tienen algo de filósofo. Cómo pudo un mismo escritor concebir y realizar ideas tan dispares, es cosa difícil de expli-

car. Así y todo, decidí difundirlos, motivado por varias consideraciones, amén de las veinte libras. Si se toman en cuenta los antecedentes expuestos, estas páginas serían impublicables. Pero ello mismo aconseja darlas a conocer, pues lo impublicable, con sobrada razón, concita el mayor interés de la gente. En ese interés, y no en el mío, se apoya el presente riesgo editorial.

Onni soit qui mal y pense.

Jorge Millas, 1981

The Secret of the Cheshire Cat

"How did I ever get here?" - wondered Alice getting down the bed at the time she rubbed her eyes. "It must be magic" - said to herself - looking around and gently touching some of the objects in the room. She did not remember having come to this place last night nor having got into that huge bed and under such a drapery canopy.

"Could I be sleeping and dreaming that I am awake? - pondered she - while she grasped a little porcelain castle with many turrets and bridges. But it turned out to be a musical box, whose sudden melody moved her to put it back at once. Even a tiny sound could perhaps dispel the charm off and make the princely dormitory disappear together with the big blue carpet under her feet.

"Yes - repeated Alice to herself, almost aloud this time - I could be dreaming that I am awake, and I could also be day-dreaming".



What is the use of a book without pictures or conversations?

Lewis Carroll

Mr. C.L. Dogson neither claims nor acknowledges any conecction with any pseudonym or with any book not published under his own name.

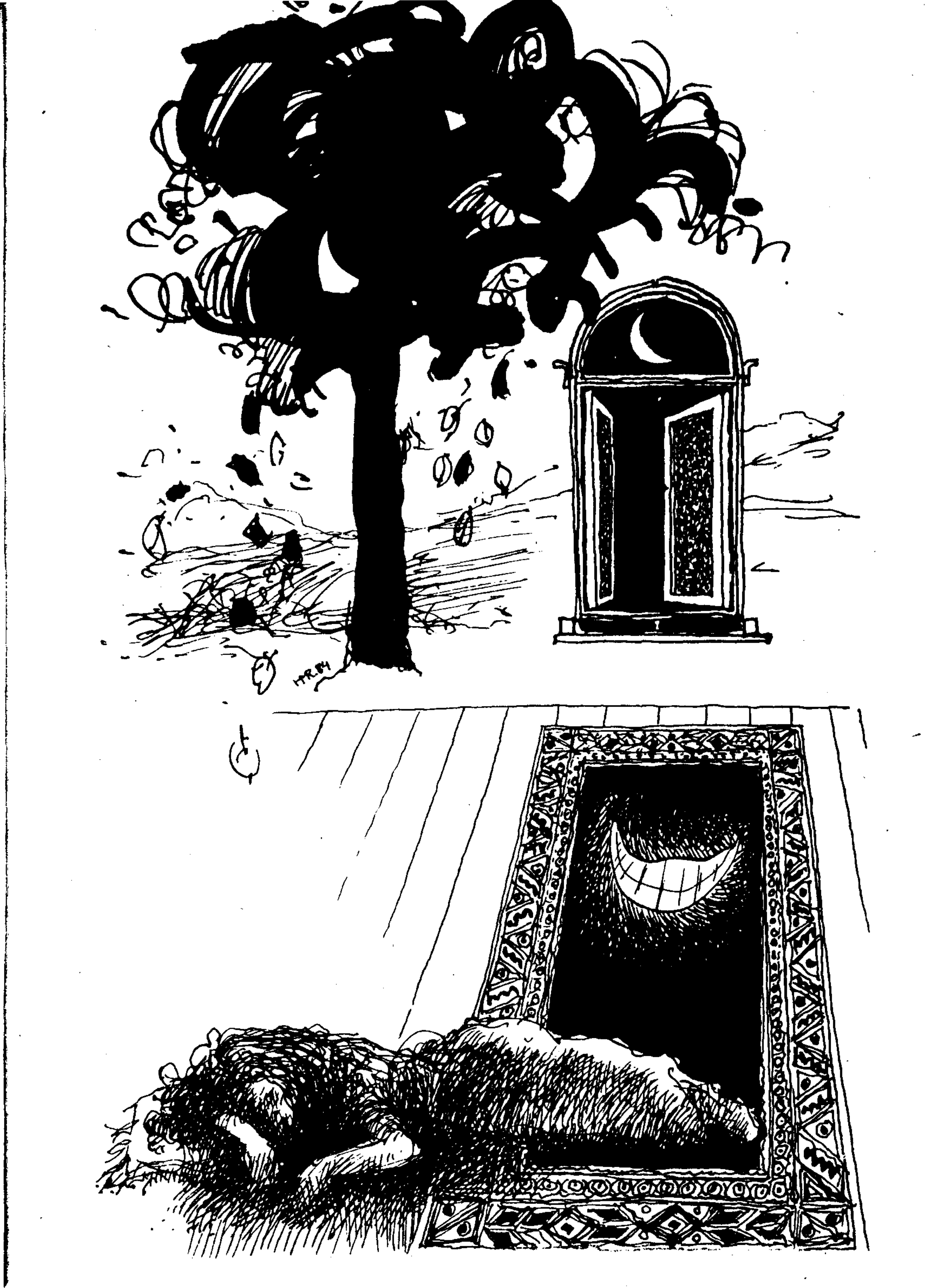
Charles L. Dogson


HR.84

I

FANTASIA SOBRE LA FAMILIA LIDDELL

LA MADRE: ¡Alicia!... ¿Cuántas veces deberé repetirte que no hagas ese ruido al tomar la sopa?
(Alicia reflexiona)
La madre: ¿Cuántas veces? ¡Contéstame, Alicia!
Alicia: Treinta y tres veces, mamá.
La madre: ¿Oíste, Enrique? Eres su padre y nunca le dices nada. Sólo piensas en tu diccionario griego. ¡Dile algo!
El padre: Alicia, te adoro.



II

EL SECRETO DEL GATO DE CHESHIRE

"¿COMO HABRE VENIDO a parar aquí?", se preguntó Alicia, bajándose de la cama, mientras se restregaba los ojos. "Debe tratarse de un encantamiento", pensó, al mirar en torno suyo y tocar algunos de los objetos en la habitación. No recordaba haber llegado hasta allí la noche anterior, ni haberse metido ella misma en esa cama tan alta, bajo un dosel con tanto cortinaje.

"¿Estaré durmiendo y sueño hallarme despierta?", se dijo, tomando un pequeño castillo de porcelana con numerosas torrecitas y puentes. Pero resultó ser una caja de música, cuya repentina melodía la hizo volverla a su lugar inmediatamente. Tal vez hasta un simple sonido podía romper el hechizo y hacer desaparecer esa alcoba, incluso la alfombra azul, tan grande y espesa, bajo sus pies.

"Sí, podría soñar que he despertado", se repitió Alicia, esta vez casi en alta voz, "y también podría ocurrir que esté soñando despierta".

Esta reflexión la preocupó un poco, tanto como para darse una palmada sobre la mano izquierda y ver si así despertaba de alguno de los dos sueños.

"Varias cosas podrían suceder", siguió diciéndose, mientras recorría la habitación. "Podría suceder, por ejemplo, que estuviera durmiendo y soñando que al despertar me he puesto a soñar despierta; o también, que sueño despierta estar soñando haber despertado y

haberme puesto a soñar despierta. ¿Por dónde debo empezar", agregó suspirando, "para saber en qué me encuentro ahora?".

Sin embargo, le pareció mejor un curso más sencillo de reflexiones. "Si sueño despierta, es posible que al despertar me duerma; y si estoy soñando dormida, debo seguir durmiendo para poder despertar". Ambas posibilidades llevaban a dormir; por eso, Alicia las rechazó: al fin y al cabo era de día y ella no tenía sueño.

Volvió a golpearse una mano, esta vez la derecha con la izquierda. El resultado fue el mismo: la habitación no desapareció; al contrario, surgió un reloj cu-cú, que ella no había advertido y que dio la hora con los silbidos de un canario mecánico bastante chillón. Alicia se acercó a mirarlo, pero el juguete se escondió tras una puertecilla cerrada de golpe, como si fuera un portón. "Reloj cu-cú, habitación de princesa, cajitas de música y esa lámpara de ángeles con trompeta", enumeró, llevando la cuenta con los dedos. "Es como en los cuentos. Entonces todo sigue igual, y esto forma parte de las cosas que me vienen sucediendo desde hace algunos días".

—¡Ah! —exclamó de pronto, llena de júbilo—. ¡Hay también jardines!

Corrió hacia la ventana, donde estuvo un buen rato contemplando el paisaje de grandes árboles. "Arboles de parque", pensó, "enredaderas y flores *que rodean la mansión*. Porque un jardín como éste siempre rodea una mansión", se dijo, recordando no saber todavía si la alcoba se hallaba siquiera en una simple casa. "¿Cómo no va a estar en una casa?", se replicó a sí misma. "¿Dónde se ha visto que un lugar como éste no se halle en una casa?".

Al momento le pareció no ser ésta una buena razón para tranquilizarse, pues si ella no podía contestar ahora a la pregunta, podría hacerlo después y responder a quien le preguntara "¿dónde se ha visto una alcoba que no se halle en una casa?: allá, en tal lugar", y ese lugar sería el mismo en donde ella ahora se encontraba.

A la niña siempre le habían gustado estas complicaciones. Las había aprendido en sus pláticas con el señor Dodgson, quien según decían, iba a escribir un cuento sobre ella. Por suerte, ahora tenía un camino directo para dar término a sus conjeturas: salir y cerciorarse si existía o no casa en torno a esta pieza encantada.

"¡Qué absurdo!", se dijo, dándose ánimo, mientras caminaba hacia la puerta. "El cuento lo voy inventando yo. ¿De dónde saco estar en una pieza encantada? Quizás sólo me ocurre haber olvidado cómo vine a parar aquí, y todo se debe a mi mala memoria. Vamos a ver".

Abrió la puerta y salió, extrañándose de encontrase al instante afuera, expuesta al aire frío del jardín. "Entonces no hay casa", dijo en alta voz, algo compungida. "Esta es una alcoba sin casa. ¿O será una casa que es alcoba?".

Lo último le pareció más razonable y casi la tranquilizó.

Su largo camisón de encajes (ya lo había notado: era muy bonito) se agitó levemente con el viento. Avanzó unos pasos para rodear la casa o lo que fuere, pero se detuvo, esta vez más divertida que asustada. No había nada para rodear: ni pieza ni casa ni cosa alguna. Estaba sola, en medio de un pequeño prado, desde donde partían algunos senderos del jardín.

"¡Qué gracioso!", pensó o casi dijo Alicia. "¡Ahora sí estoy soñando, y no despierta, sino dormida! Cuando una persona está despierta, no sueña tanto, por lo menos no sueños tan reales de cosas irreales".

Miró fijamente el lugar. Con seguridad, la linda alcoba ya no estaba allí. Pero si no estaba allí, ¿de dónde había salido ella, que con seguridad había salido de alguna parte, pues se encontraba afuera? ¿Y afuera de qué, si no había adentro alguno?

Su presentimiento había sido entonces justo: la habitación *era* un lugar encantado. No alcanzó a pensar mucho sobre esto ni a tomar alguna decisión, porque en ese instante sintió que la llamaban

—¡Alicia!

La voz era ronca y susurrante. Miró a todas partes y no vio a nadie.

—¡Aquí arriba, Alicia, detrás de ti!

La misma voz ronca la llamaba ahora con tono burlón. Se dio vuelta un poco sobresaltada, y se encontró frente al gato de Cheshire. Al modo de otras veces, el felino aparecía como si le hubieran borrado el cuerpo o hecho su dibujo incompleto en una pizarra. En verdad, ahora estaba más entero que en otras apariciones. ("Al menos no se quedó en la mueca dentada y bigotuda de otras veces", pensó Alicia. "Su cabeza está completa").

—¡Ah, señor Gato! ¡Qué bueno ha sido viniendo a hacerme compañía. Estoy muy asustada.

—¿De dónde sacas que haya venido a hacerte compañía? —le dijo en tono descortés el Cheshire—. Eres tú quien llegó hasta aquí.

Alicia no se desalentó. Ya se había acostumbrado a estas criaturas desprovistas de afecto, y las sabía inofensivas.

—En verdad, señor Gato, si usted no vino, tampoco vine yo, porque me encontré de repente aquí, sin haber venido.

—Eso se llama hablar sin lógica —la interrumpió el gato—. Si yo no vine ni tú viniste, no sé cómo pudimos encontrarnos precisamente en este sitio. Si nos encontramos, es porque uno de nosotros vino hasta donde el otro estaba; de no ser así, uno de nosotros no está aquí.

Este enredo le pareció a Alicia bastante curioso, y, aunque como juego le habría gustado seguirlo, prefería por ahora aclarar el asunto de la alcoba encantada.

—Anoche alojé en un dormitorio que estaba aquí. Pero apenas salí esta mañana, todo desapareció.

—¿Todo desapareció? —preguntó el gato—. ¿Tú también?

—Se entiende que no —le contestó Alicia, demostrando alguna impaciencia.

—No se entiende, si dices que *todo* desapareció —apuntó el felino.

—Me refiero a la desaparición del cuarto, la cama, las sillas, el reloj cu-cú y las demás cosas, incluso la alfombra azul.

—Bueno, eso está más claro —gruñó el gato.

Alicia esperó un momento, considerando que el taimado diría algo más. Pero éste había vuelto a su mueca congelada y permaneció en silencio, como gato de yeso.

—¿Y no va a decirme nada? —le preguntó por fin la muchachita, algo molesta.

—No —fue la respuesta.

—Entonces, ¿considera natural que algo desaparezca así como así?

La cabeza del gato subió como si la hubieran alzado con un hilo. Aparentemente, se había sentado.

—No —volvió a responder.

—¿Y entonces? —inquirió Alicia, con malhumor acentuado.

—¿Y entonces qué?

—Algo podría usted comentar —dijo Alicia.

—Si de comentar se trata, no veo por qué te interesa mi comentario sobre las cosas no naturales, antes de oírme comentar las naturales.

—Pues, no comente —concedió Alicia—, pero dígame al menos cómo se explica que, al salir, la habitación donde yo estaba haya desaparecido.

—De explicarse, no se explica, pero puedo decirte una cosa: sucedió.

—¿Entonces no estoy soñando?

—Así lo espero: si no, yo no podría estar aquí y sería sólo un gato imaginario dentro de tu cabeza, lo cual no me gusta nada, te lo puedo asegurar.

—Pero usted parece imaginario, después de todo.

El gato no estaba dispuesto a aprobar esta conjetura. Su mueca se ensanchó considerablemente y se contrajo de nuevo. No era, por cierto, una sonrisa.

—Dale con el *todo* —fue la réplica—. Después de todo, *todo* es imaginario, incluso quien imagina. Pero, como siempre, aquí estamos *antes y no después de todo*, no pudiendo estar de otra manera; así, pues, no te des esas ínfulas.

El gato parecía enojado y Alicia temió que pudiera irse y dejarla sola.

—Lo siento, señor Gato —le repuso, con la más suave voz—; sólo quería decirle que usted no parece gato.

—¡A mí no me dice eso ni tú ni nadie! —exclamó el animalucho, ahora sí verdaderamente furioso—. ¡Yo soy gato como el que más!

Alicia tosió, bastante confundida.

—No me interprete mal, don Cheshire —le dijo—. Sólo quise indicar que usted es un gato extraordinario, porque puede estar ahí en el aire, con la cabeza afuera.

—¿Con la cabeza afuera? ¿Afuera de qué? —preguntó el gato. Su voz no era condescendiente.

Alicia vaciló: lo dicho era para ella bastante claro, pero ahora no sabía qué había querido decir.

—¿Afuera de qué? —insistió el Cheshire.

—Bueno —tartamudeó Alicia— afuera del aire.

La mueca del gato se ensanchó una vez más y la muchacha la estimó cómica y terrible al mismo tiempo.

—¿Afuera del aire? ¡Jamás escuché una tontería mayor! —tronó el

micifuz—. ¿Puede tener alguien algo fuera del aire? Por supuesto dirás que sí, arreglándotelas para ponerme el cuerpo *detrás* del aire.

Alicia admiró al gato por leerle tan acertadamente el pensamiento, aunque no se atrevió a felicitarlo. Por su parte, el Cheshire esperaba de ella una especie de acto de contricción. Su sorpresa fue mayúscula cuando la chiquilla le confesó pensar, en efecto, que él tenía todo el cuerpo, salvo la cabeza, escondido detrás del aire. Esta impudicia lo desconcertó y durante un buen tiempo no pudo decir cosa alguna. Alicia vio subir y bajar dos o tres veces la cabeza, exhibiendo la mueca de costumbre. Pero no quiso exponerse a la inevitable impertinencia y tomó ella la palabra:

—Déjeme explicarle mi idea —comenzó diciéndole, con verdadera paciencia, mientras el gato la miraba petrificado—. Cuando uno no ve una cosa, es porque la cosa no existe o está tapada o está en otra parte. Como yo le veo su cabeza, debo pensar que su hermoso cuerpo existe: si no, usted no sería ni siquiera una cabeza de gato, sino una cabeza con la mera forma de una cabeza de gato. Por lo tanto, su cuerpo está tapado y sólo puede taparlo el aire, y entonces...

— ¡No digas más tonterías! ¡Eres insoportable!

La voz ronca del gato revelaba más angustia que furia, y esto tranquilizó a Alicia.

—Sabes hilar artificios a la perfección y no ves las cosas más sencillas; por ejemplo, que si el aire me tapara a mí, también te taparía a ti. (Alicia tragó saliva, aunque le encantó oír a un ser tan razonable).

—Y para deshacerme una vez por todas de ti —continuó el animal—, voy a enseñarte por qué las cosas desaparecen, lo cual no es ningún secreto cuando uno tiene su cabeza bien puesta.

Alicia tuvo deseos de reírse, oyendo decir esto a una cabeza no puesta en parte alguna, sino flotante en el aire.

—Las cosas —siguió el gato— tienen un "por dentro" y un "por fuera". ¿No es cierto?

—Sí, tal vez —dijo Alicia.

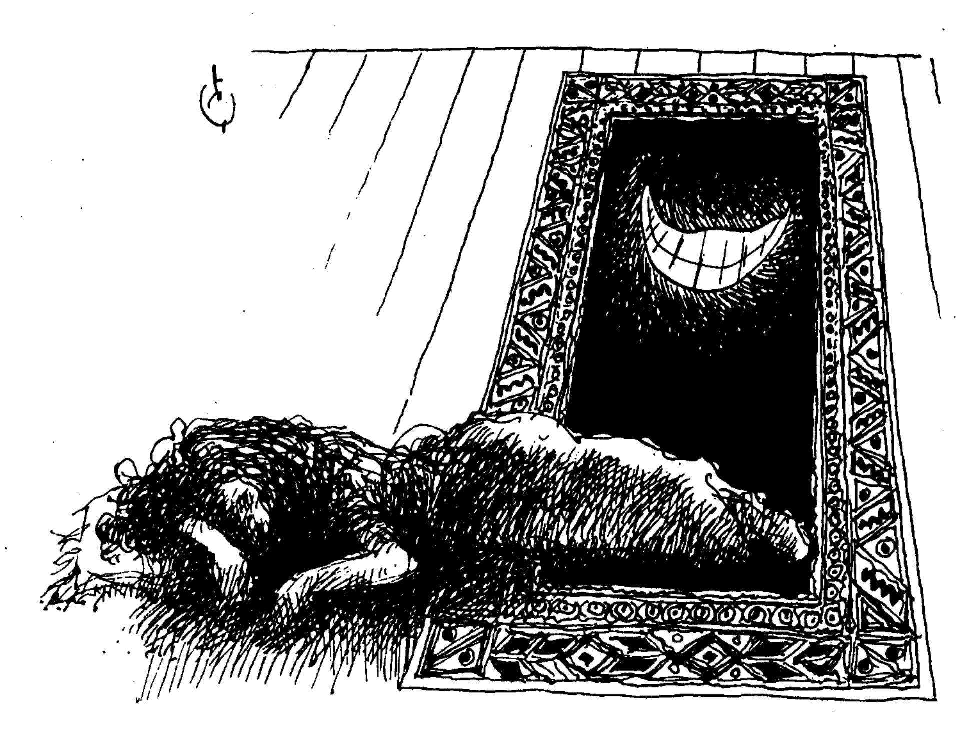
—¿Cómo que "tal vez"?

—Bueno, sí... por supuesto —se corrigió la muchachita.

— ¡"Por supuesto" no! —refunfuñó el Cheshire—. ¡Por sabido!

—Por sabido —repitió Alicia, suspirando.

—Y bien —siguió el Cheshire—, sabrás también que las cosas se



ven por fuera.

—Naturalmente.

—¿Y por dentro? —preguntó el felino.

—Por dentro no, claro que no.

—Entonces, ¿las cosas son visibles por fuera e invisibles por dentro?

—Así parece —repuso la niña.

—No es que así "parezca": así es, y tú lo sabes —tronó el gato.

—Sí, sí lo sé —consintió Alicia, tímidamente.

—Entonces, ya puedes tener por aclarado esto de las desapariciones: si algo desaparece es porque se da vuelta.

Alicia guardó silencio. No entendía la cosa, pero tampoco quería enfurecer al micifuz. Así y todo, tanteó una pregunta:

—¿Y qué clase de vuelta debe darse una?

La mueca congelada del gato la hizo arrepentirse de haber hablado, sobre todo cuando le dijo:

—¡Ah! ¿Entonces tú quieres desaparecer?

—¡No, no! —protestó Alicia—. Me refiero a las demás cosas, a cuanto desaparece.

—Ya te lo dije: algo desaparece cuando se da vuelta para afuera. Lo de adentro queda afuera y lo de afuera, adentro.

—¿Se pone al revés, como un guante? —dijo Alicia.

—Por fin has comprendido —suspiró el Cheshire, como si saliera de una pesadilla.

—Pero eso no me sirve para hacer aparecer mi habitación: dígame más, señor Gato.

—No se puede agregar más; en lo dicho acaba el asunto —replicó éste con un bostezo. Evidentemente se encontraba aburrido y Alicia presintió que, como otras veces, desaparecería sin muchos preámbulos. Iba a suplicarle de nuevo, pero el gato se apresuró a hablar:

—Aparecer y desaparecer es como ir y venir. Quien marcha por un camino, *va*, si tú te quedas atrás, y *viene*, si tú te le adelantas. Ahora, observa mi desaparición.

Alicia observó, aunque sólo vio a la cabeza del gato borrarse de arriba abajo, como si el animalejo se sacara una máscara. En un instante se había esfumado por completo, y Alicia se encontró sola en medio del parque.

—Debo encontrar a alguien que me ayude —pensó.

Pero una ligera brisa batió su camisón, recordándole no haberse vestido todavía ni estar en condiciones de presentarse ante nadie. Estuvo a punto de llorar y alcanzó a gimotear un poco, en la vaga esperanza de que el gato de Cheshire anduviera por ahí cerca y viniera en su auxilio. Se repuso bruscamente, sin embargo, al sentir un rumor a sus espaldas. No era el gato, sino el conejo de otras veces. Avanzaba hacia ella con la prisa acostumbrada, vestido de frac y sombrero de copa, y agitando un reloj despertador.

—Ya es tarde, otra vez se me hizo tarde —decía al pasar cerca de Alicia, sin mirarla.

—Señor Conejo, por favor —llamó la niña, alcanzándolo.

El conejo paró en seco, bastante malhumorado.

—¿Qué quieres? —le dijo—. ¿No ves que voy atrasado?

—Que me ayude a encontrar el cuarto donde dormí anoche. Desapareció cuando yo...

El conejo no la dejó terminar:

Sí, eso le había dicho el felino. Sin embargo, no le había explicado cómo pueden aparecer las cosas después de ponerse al revés. Comenzó a inquietarse de nuevo, porque no se le ocurría nada.

—No tengo tiempo para oír historias —gruñó, reiniciando su paso apresurado—; pero puedo decirte una cosa: que desaparezca tu dormitorio no tiene nada de particular. Todo aparece y desaparece según donde uno se sitúe. Ahora, tú vas a desaparecer para mí, porque yo voy a marcharme.

Al decir esto último, ya se había ido y Alicia escuchó sus últimas palabras, como un eco lejano.

—Deberé arreglármelas sola —pensó—. Nadie quiere ayudarme.

Volvió al lugar donde habían comenzado sus problemas, y estuvo paseándose un rato, a ver si algo se le ocurría. Quizás si el conejo tenía razón y todo aparece o desaparece según donde uno se sitúe. Lo malo era saber dónde debía situarse ella. Por suerte, quedaba la revelación del Cheshire. Trató de recordar lo poco que le había entendido. "Las cosas se ven por fuera, pero no por dentro; por eso, cuando desaparecen, es porque se han dado vuelta como un guante".

Fue entonces cuando sucedió lo menos esperado: el Cheshire apareció otra vez, con su cabeza flotante en el espacio. Pero ahora, a poca distancia, en el lugar preciso en donde debía estar (si el gato se hubiera visto completo), se hallaba también su cola. Alicia vio en esto lo más sorprendente de cuanto le había ocurrido en aquella mañana.

— ¡Mire, mire! —le dijo entusiasmada—. Ahí está su cola.

—Eso no es cosa tuya —refunfuñó el gato.

—No, no es mía —consintió ella—. Las personas no tenemos cola.

—No necesitas humillarte así, me das pena. Y ahora escúchame: cuando alguien tiene un problema y no lo ha resuelto paseándose, se debe sentar; y si ha estado sentado, se debe pasear.

Dicho esto, desapareció.

—Gato infeliz —murmuró Alicia, bastante amoscada y dispuesta a continuar su paseo. Pero en lugar de eso, se sentó en el suelo y comenzó otra vez a cavilar. Y entonces vio todo claro.

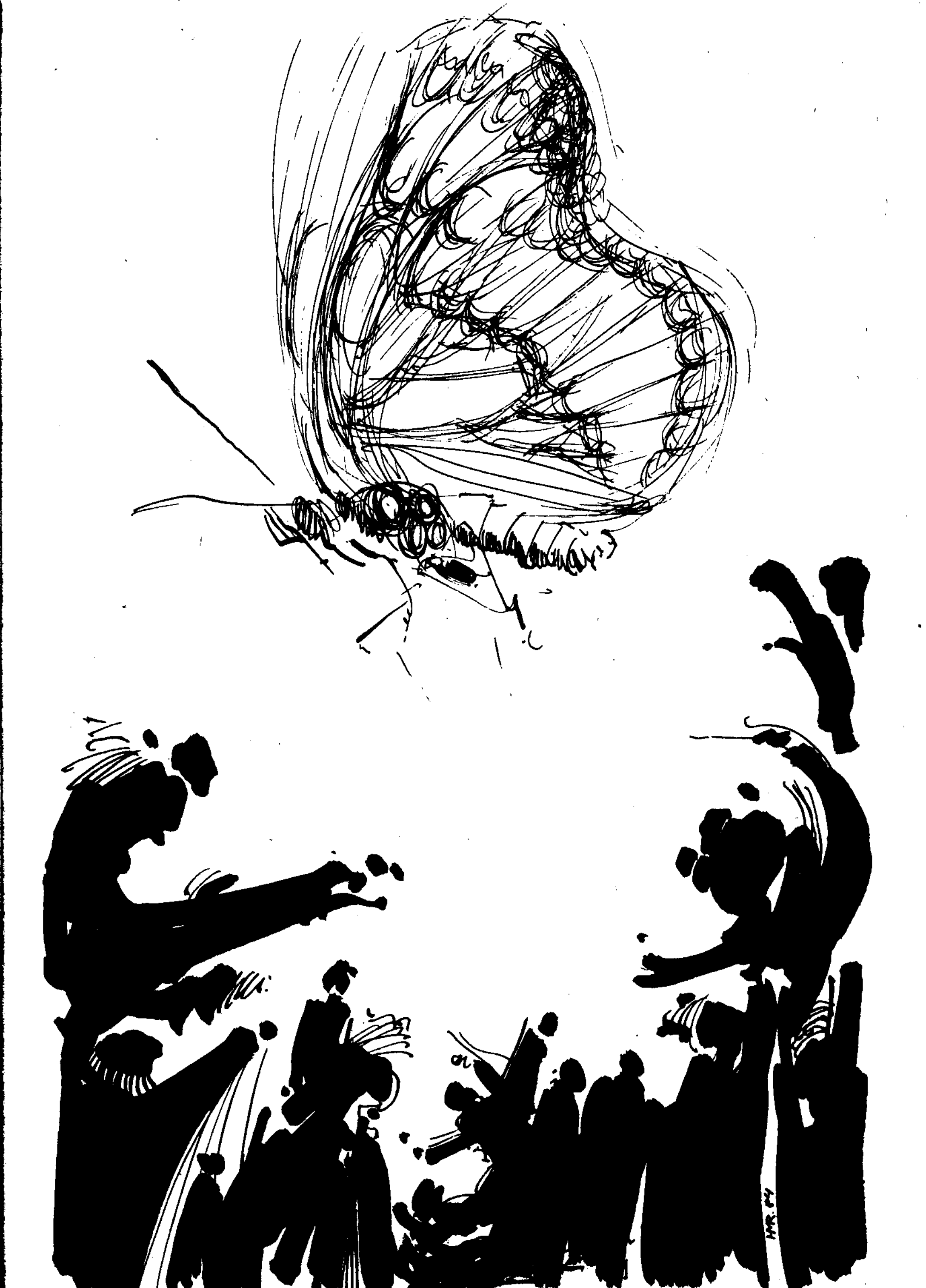
—Según el gato —se dijo, casi en alta voz— la pieza desapareció porque se puso al revés, y según el conejo, eso depende de dónde yo me sitúe. Entonces, si desapareció cuando yo salí, habrá de aparecer si entro de nuevo.

Había un problema, por supuesto: cómo entrar en una habitación cuando no se ve. Eso era nuevo para Alicia. Aunque, pensándolo bien, no lo era tanto, porque se parecía a buscar y encontrar a una persona escondida. Una persona escondida es también algo que no se ve. Para dar con ella, uno va de un lado para otro, busca aquí, busca allá y, de pronto, ¡zas!... ¡Te pillé! Alicia había jugado muchas veces este juego.

Ahora ya sabía qué hacer. Se puso de pie y cruzó el prado en una dirección, después en otra, y en otra, varias veces.

—En algún momento debo pasar por la puerta —dijo, deteniéndose un momento a descansar. Y empezó de nuevo. Pero la pieza no aparecía y Alicia estaba verdaderamente fatigada; y peor aún, con muchas ganas de llorar.

Cuando uno se siente así, lo mejor es soltar las lágrimas. Así lo hizo ella, recordando una vez más que si alguien tiene un problema y no lo ha resuelto paseándose, se debe sentar. De todas maneras, ya no podía más. Avanzó todavía unos pasos y se tendió en el césped, cerrando los ojos. Pero no alcanzó a darse cuenta que se iba quedando dormida sobre la alfombra azul, en tanto los rayos del sol caían sobre su pelo, a través de la ventana.



III

CUESTIONES ACADEMICAS
O
EL SIGNIFICADO DE LA PALABRA MARIPOSA

¡VAYA COSA DIVERTIDA! —alcanzó a exclamar Alicia, interrumpiéndose al recordar que sólo asístía como observadora a esta sesión de la academia.

—Los invitados deben guardar silencio —le advirtió el presidente, mirándola con severidad por *debajo* de una gafas enormes. Para hacerlo, hubo de levantar la cabeza y Alicia se dio cuenta que no podía haberla mirado por *encima* de las gafas, según lo hacía su abuelo, porque éstas le cubrían la mitad de la frente. "Esto también es divertido", pensó, absteniéndose de decirlo, porque el presidente la miraba aún, con la cabeza echada hacia atrás, aunque acabó por volverla a su posición vertical y ordenó proseguir la sesión.

—Señor presidente —exclamó entonces un personaje chiquito, de barriga tan redonda como su cara y que parecía contento, mirando a uno y otro lado de la mesa de sesiones—. Antes de continuar, quisiera observarle, sin por ello desautorizarle (lo cual va de suyo), observarle, digo, que usted ha pedido a esa damita (Alicia se sintió halagada) algo no bien definido en las palabras de usted.

—No lo entiendo —le dijo el presidente, con sequedad.

—Ya me entenderá usted cuando llegue mi turno para ser entendido; ahora, el problema es entenderlo a usted —contestó el otro, sin perder su aire de persona risueña y complacida. Y continuó:

—La cuestión es ésta: usted pidió "guardar silencio", queriendo decir "callar", lo cual es incorrecto, primero, porque el silencio es un antisuceso, un antifenómeno, un hecho negativo, si así pudiéramos expresarnos, y no puede guardarse: sólo se guardan las cosas, entes reales y positivos. Segundo, si nuestra damita hiciera, de ser posible, lo solicitado por usted, es decir, si de verdad *guardara* el silencio, debería ponerse a hacer ruido; entonces usted sí podría decirle (aunque no del todo correctamente) "guarde su ruido", y eso tendría, quizás, el efecto deseado.

Calló el personaje y Alicia notó, en viva simpatía con su aire festivo, que la boca seguía moviéndose, como si chupara una pastilla. Sus palabras no produjeron, al parecer, efecto alguno; el corro académico se mantuvo inmóvil y severo, como Alicia lo encontrara al llegar. Todos conservaban, además, una postura curiosamente tiesa, con sus cuerpos equidistantes entre el borde de la mesa y el respaldo de la silla, sin tocar ni uno ni otro. Hubo, sin embargo, algunos cuchicheos, más parecidos a rezongos, y todos a una dejaron de mirar a quien había hablado, fijando la vista en el presidente. Verles hacer este movimiento por parejo, sin retraso de nadie y no sin cierta majestad, fue algo sorprendente para Alicia.

—Señor Pimpilimpausha —la voz presidencial había agravado su tono—, siendo su especialidad el humor (y no digo "buen") yo no debería tomarlo en serio.

Las cabezas circundantes se volvieron al aludido, mas éste parecía hallarse fuera de lugar, a tal punto (notó Alicia) que era el único apoyado en el respaldo de su silla.

—De acuerdo con los reglamentos, debiera contestarle nuestro colega Papillón, secretario del Decoro —continuó el presidente.

Todos miraron a uno de ellos: como no se movió, era, sin duda, el secretario del Decoro, quien no alcanzó a decir palabra, porque el presidente seguía:

—Sin embargo, responderé yo, para evitar a la academia volver en el futuro a cuestiones de esta naturaleza.

Sus palabras expresaban una resolución heroica, y Alicia temió lo peor, sobre todo cuando el señor Papillón, a todas luces frustrado, alzó los brazos y dijo " ¡Válgame Dios!".

—El verbo "guardar", colega Pimpilimpausha —agregó el presi-

dente— como todas las palabras del idioma, tiene varios significados. ¿Sí o no?

—No es cuestión de "sí o no", sino de "veamos, veamos, si no, nos quemamos" —contestó el señor Pimpilimpausha, chasqueando la lengua y revolviéndose en su asiento.

—"¿Veamos, veamos?". ¡No hay nada que ver! —gruñó el presidente.

—Pues si nada hay que ver, se terminó el asunto y pasemos a otra cosa —exclamó, lleno de júbilo, el académico.

—Quiero decir —rebatió el otro— que si yo le pregunto "sí o no", la respuesta no puede ser "veamos, veamos", sino "sí" o "no".

—¿"Sí o no"?

—Sí.

—¿Cómo es eso? ¿No decía usted que la respuesta debiera ser "sí o no"? —aclaró el señor Pimpilimpausha.

—Eso dije —confirmó el presidente.

—Eso dijo primero, mas ahora sale con que debe ser "sí".

—Su enredo es del todo infantil: cuando le digo "sí", me refiero al anterior "sí o no", en su unidad disyuntiva.

La voz del presidente denotaba contenida indignación.

—¿Insiste usted, pues —retrucó el académico— en que a la pregunta "sí o no" debe contestarse "sí o no"?

El presidente lo miró como para no responderle. Sin embargo, le dijo resueltamente:

—Insisto.

—Entonces, quedamos en las mismas —se quejó Pimpilimpausha—, porque "sí o no" como respuesta es idéntico a "sí o no" como pregunta. Lo cual no es raro —se apresuró a agregar, interrumpiendo al presidente cuando comenzaba a decir algo— si consideramos que "sí o no" no es ni pregunta ni respuesta.

—¡Qué barbaridad! —exclamó una voz, asustando a los presentes por su tono de horror.

Todos miraron a un hombre flaco, de alta frente abombada como huevo, y vestido de verde. Pimpilimpausha pareció esta vez molesto.

—La única barbaridad, colega Butterfly, es decir "qué barbaridad" cuando alguien está pensando.

El interpelado dio muestras de gran confusión. Miró a unos y a

otros, con aire compungido y sacando precipitadamente un pañuelo, se puso a sollozar. Alicia sintió mucha pena.

—No era necesario hacerlo llorar, señor Pimpilimpausha —le dijo al responsable—. Al fin y al cabo, el señor Butterfly tiene derecho a expresarse.

—Que vaya a expresarse a otra parte; aquí estamos para usar la cabeza —replicó Pimpilimpausha, moviendo todavía los labios después de terminar la frase.

Alicia creyó oírle algunas palabras entre dientes, pero le parecieron sin sentido. Tampoco halló comprensible ver al señor Butterfly retirar el descomunal asiento que, como todos, ocupaba y salir apresurado de la sala, llorando todavía y diciendo: " ¡Sí, necesito expresarme, necesito expresarme!".

—No lo dejen ir —suplicó Alicia, como niña emotiva que era—. ¡Si se ha tomado las palabras del señor Pimpilimpausha en serio!

—En serio han de tomarse, niñita mía —le replicó éste—; la lengua tiene razones que el corazón no alcanza a comprender.

Alicia creyó reconocer esta frase. Se la había escuchado al señor Dodgson, pero ahora la encontraba sumamente rara.

—No es esa la idea —dijo alguien— y esta vez me corresponde *a mí* señalar el verdadero sentir de la academia.

Quien hablaba era Papillón. Se veía, por lo atropellado de sus palabras y el modo como se le habían inflado las mejillas, que tenía mucho por decir.

—La idea —continuó— es que la razón tiene corazonadas que al corazón no pueden conmover.

Varios académicos se inclinaron sobre la mesa, tomando notas presurosas, y las tomaban todavía, cuando se oyó una voz metálica, sonora, como de tenor. A Alicia le pareció un canto, más aun cuando quien hablaba se puso de pie, luciendo multicolores cordones y medallas sobre el pecho.

—No es tampoco esa la idea verdadera, y permitidme, señores, advertirlo desde el fondo de mi alma. Yo recuerdo la frase desde niño. La escuché expresada por boca de mi padre, muchas veces. Y éstas eran sus palabras: "Tienen razón los corazones, si la razón los llega a comprender".

— ¡Señor Schmetterling! ¡Por favor, querido señor Schmetterling!

¿Puedo hacerle una pregunta?

El señor Schmetterling sonrió, asintiendo con gesto ducal a un anciano de peluca blanca. Este parecía sordo. No sólo se había abombado una oreja con la mano, sino que ahora procedía a tenderse de bruces en la mesa, deslizándose sobre ella para acercarse más al interpelado.

—Sí, colega Farfalla —le dijo el otro— y ojalá sea capaz de responderle —agregó con humildad.

—Quiero preguntarle —explicó el señor Farfalla— si su papá era un hombre razonable.

El señor Schmetterling lo miró estupefacto. Con seguridad se había ofendido, pues, alzando el tórax, se empinó y dirigió su vista al techo, en señal de desdén.

—Vaya pregunta —dijo entonces—. ¡Mi padre era razonable, y en grado sumo!

—Entonces —apuntó el anciano— olvide cuanto le enseñó: los hombres razonables rara vez tienen razón, lo cual, a su vez, es muy razonable.

Mientras decía esto, se arrastró desde el centro de la mesa hasta el extremo y ocupó nuevamente su sillón, riendo entre dientes con risilla bastante diabólica.

Hubo un murmullo de desaprobación en la sala y el señor Schmetterling agradeció conmovido, inclinando la cabeza a derecha y a izquierda. Alicia notó que sólo Pimpilimpausha había sido pasado por alto, quizás por compartir las opiniones del anciano académico sobre la sinrazón de Schmetterling, el Viejo. En todo caso fue él quien impidió al hijo continuar su discurso. Este levantaba ya los brazos para hablar de nuevo cuando le arrebató la palabra:

—Colega, siéntese, se lo suplico.

Schmetterling lo miró indignado.

—Usted no es el presidente —le dijo.

—Por eso le pido sentarse. En cambio, a los presidentes les gusta ver a la gente de pie, mientras ellos están sentados. Mi deseo es hacerle una pregunta más sobre su venerable padre.

El otro se sentó bruscamente. Solo Alicia se fijó que alguien le había tirado la levita.

—¿Cuál era la opinión de su padre sobre la frase "guardar silencio"?

—¿Mi padre? ¿Sobre la frase "guardar silencio"? ¿Y yo qué sé? ¡No tenía opinión alguna!

—O quizás la guardó, dándole a usted ocasión de preguntarle "¿por qué guardas silencio, padre mío?", lo cual le habría permitido contestar: "¿Es acaso el silencio cosa de guardar, como se guarda una carta en el bolsillo?". Estoy oyendo a su padre.

Al parecer, el señor Schmetterling lo oía también, porque miraba a Pimpilimpausha con rostro arrobado. Pero éste, si se lo proponía, no pudo continuar, porque el presidente sacudió una campanilla a su alcance.

—Ese tema ya concluyó y no vamos a comenzarlo otra vez —dijo con energía.

Quizás el señor Farfalla no había escuchado bien: de otra manera no se habría tendido nuevamente sobre la mesa y deslizado como en tobogán hasta cerca de la cabecera.

—¿He comprendido bien, señor presidente? —le preguntó.

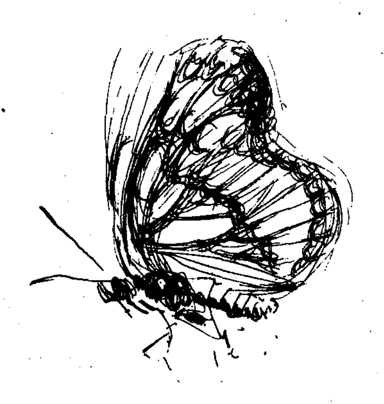
—¿Y cómo voy a saber yo si usted ha comprendido? —fue la respuesta.

—Porque sólo usted sabe qué quiso decir.

—Bueno, pues, ya lo oyó —dijo el presidente con manifiesta impaciencia.

—¿Y cómo sabe usted que lo he oído, no pudiendo saber si lo he comprendido?

Para Alicia, ello era bastante lógico y deseó con viva curiosidad ver cómo se las arreglaría el presidente para resolver el embrollo.



Por eso le molestó muchísimo que aquél, en lugar de responder, empujara al anciano por los hombros, haciéndolo retroceder al otro extremo, donde el secretario del Decoro lo ayudó a bajar y a instalarse en su asiento.

—En esta academia no se respetan las canas ni la lógica —protestó Alicia, sin poder contenerse.

Nadie la miró, como si no la hubieran escuchado o consideraran perfectamente natural oírla expresarse en esos términos. Solo el presidente no estaba en este caso, porque agitó la campanilla con violencia.

—Por once veces consecutivas el público ha interrumpido nuestros debates —dijo, echándose hacia atrás para mirar a Alicia por debajo de sus anteojos.

—No son once, sino tres —le contradijo la muchacha.

—Mira, niña —intervino el señor Papillón—, ¿sabes cuánto es dos por cinco coma cinco?

Alicia pestañeó, algo atemorizada. Por largo tiempo no se había molestado con un problema de aritmética y sintió el antiguo vértigo de la escuela. No obstante, sus labios se movieron y creyó notar que alguien hablaba por su boca.

—Once —dijo mecánicamente.

—¡Once! Ahí tienes —exclamó Papillón—. Ya vez como lo reconoces: eso mismo dijo el señor presidente.

Alicia se sintió dichosa de haber acertado y segura también de no coincidir con el presidente. Pero era inútil insistir, porque éste agitaba otra vez la campanilla, y ahora con ambas manos.

—Volvamos a la tabla —ordenó—. Esta es la última sesión dedicada al problema de "Nadie".

—¿Cómo de nadie? —preguntó Farfalla—. Yo tengo entendido que los problemas académicos son de todos.

—Nadie dice lo contrario —explicó el presidente.

—Si dice lo contrario, debe demostrarlo —insistió el señor Farfalla.

—¿Y cómo va a demostrarlo si ni siquiera sabemos quién es? —dijo el señor Papillón—. ¿Quién es Nadie? Ese es precisamente nuestro problema, desde que Carroll, ese afamado precursor nuestro, descubriera la cosa tan extraña de que si nadie ha sobrepasado a un mensajero en su carrera, Nadie llega antes que él.

—Entonces, escuchemos al señor Butterfly. El está inscrito para la sesión de hoy —instruyó el presidente.

Como el orador aún no regresaba, fue preciso salir a buscarlo. Cuando entró a la sala, traía los ojos enrojecidos por el llanto, y

enjugaba sus últimas lágrimas. Los académicos se dispusieron a escucharlo, dando señales del mayor desinterés. Así y todo, se mostró seguro de sí mismo y, extrayendo de sus bolsillos unos minúsculos papeles, los puso sobre la mesa como una colección de estampillas.

—¡Vaya! ¿Qué disertación se propone usted? Esos papeles son muy chicos —protestó el señor Schmetterling.

Butterfly respondió con entereza:

—Colega: la palabra *todo* sólo requiere cuatro letras y yo voy a hablar de *nadie,* que apenas tiene una letra más.

La razón debió ser convincente, porque no hubo insistencias y el señor Butterfly, calándose las gafas, empezó de esta manera:

—Confieso haber iniciado con mucho escepticismo la tarea requerida por ustedes. Temía que el problema sobre la personalidad de Nadie, es decir, la pregunta ¿quién es Nadie?, sólo me llevara al principio de identidad, la famosa tautología "A es A". En efecto, mis primeras averiguaciones me obligaron a concluir que "Nadie es nadie".

—Y no hay otra conclusión posible o yo no me llamo Schmetterling —interrumpió el propio señor Schmetterling, dando a sus palabras un acento de dramático desafío.

—Pues entonces no se llama usted Schmetterling —dijo el señor Butterfly con ánimo consternado.

—¿Se atreve usted? —protestó el aludido.

—Quien se atreve es usted, colega muy estimado, pues de acuerdo con mis investigaciones, *Nadie es alguien.*

Esta vez fue el presidente quien interrumpió:

—¿Nadie es alguien? —dijo—. Eso es una insolencia. *Yo* soy alguien y no es usted quién para negarlo.

Alicia se sobresaltó. La situación se tornaba delicada. Pero el señor Butterfly sonrió beatíficamente y prosiguió sin inmutarse.

—En verdad para mí mismo fue una sorpresa descubrir que, contra la opinión general, Nadie pudiera ser alguien. Y para conseguir este hallazgo, partí de una base sencilla: todo cuanto *es*, tiene una biografía.

La muchacha se dio cuenta de que empezaba a no comprender, lo cual la alarmó muchísimo, pues de continuar las cosas así, acabaría durmiéndose. Por eso intentó hacer una pregunta, pero el señor Butterfly no le dio tiempo y prosiguió de inmediato.

—Siendo así, la conclusión resulta fácil: si Nadie es, Nadie tiene una biografía.

—Y si nadie tiene una biografía, ¿qué anda usted buscando? —preguntó el académico Farfalla, tendido de bruces frente al orador.

—Pues eso —respondió éste—: la biografía de Nadie.

—¿Y la ha encontrado usted? —inquirió con sorna el otro.

—Sí, colega, aunque no tan completa como sería deseable para esta academia. Así y todo, los datos son suficientes para concluir que *Nadie existe.*

El señor Pimpilimpausha se movió en su asiento, visiblemente alterado.

—Eso vale, sin duda, para usted, que no piensa, colega Butterfly —dijo—; en cuanto a Descartes, a mí mismo y a algunos amigos míos, puede usted dar por comprobada nuestra existencia.

Lo último lo expresó en tono de suma complacencia, rematándolo con su regodeo de saliva y chasquido de lengua. El disertante pareció desfallecer. Sólo atinó a sacar una vez más su pañuelo y ponerse a sollozar desconsolado.

—Es la pena de no existir —comentó Pimpilimpausha.

—¿Por qué es usted tan malo? —le preguntó Alicia con tristeza.

El presidente agitó la campanilla.

—No soy malo, chiquita, ni tampoco soy bueno —contestó el académico—; soy sólo un intelectual. No te incomodes conmigo; a pesar de todo, tú me simpatizas.

—Está bueno de niñerías —clamó el presidente—. En esta academia, unos lloran y otros consuelan huerfanitas.

—No soy huerfanita —reclamó Alicia—. Tengo papá y mamá y también al señor Lewis Carroll, mi padre.

—¿Tres progenitores? —dijo entusiasmado el presidente—. ¡Ah!, eso nos reconforta. Tenemos derecho a una nueva palabra. Ahora podremos decir "trigénesis", y aun "poligénesis" o quizás "multigénesis".

Se puso de pie y todos lo imitaron, menos el señor Pimpilimpausha, que tosía de la manera más desconsiderada, en tanto sus colegas repetían varias veces en coro: "Trigénesis, poligénesis, quizás multigénesis". Volvieron a sentarse y el señor Butterfly, recuperada la calma, pudo continuar su disertación.

—Sin ofensas personales, afirmo que Nadie existe. Mi primer descu-

brimiento lo confirmó: se trata de alguien con título de nobleza en España. Allá, en efecto, lo reconocen como don Nadie.

—¡Que interesante! —comentó Papillón, lleno de entusiasmo.

—Dicho respeto se justifica plenamente —siguió el investigador—, pues también descubrí que Nadie ha visto a Dios y que, por lo mismo, es profeta en su tierra. Tales hallazgos me sorprendieron. ¿Cómo era posible venir a enterarse la humanidad sólo ahora de la existencia de un ser tan misterioso como extraordinario? Pero un nuevo dato vino a tranquilizarme; ya la antigüedad griega conocía a Nadie. Heráclito el Oscuro le atribuyó poder bañarse dos veces en el mismo río.

—No le veo la gracia —rezongó el señor Schmetterling.

—En cambio, Heráclito sí —contestó Butterfly—. Y no es el único, porque también Santo Tomás le dedicó la *Summa teológica.*

—¿Qué dice usted? ¿La dedicó a quién? —pregunto una voz alarmada.

—A Nadie.

—Ah, eso lo sabemos —dijo Papillón con desaliento.

—Es una razón más para considerar que la biografía va por buen camino —contestó el señor Butterfly, inclinándose profundamente, en señal de agradecimiento.

—Y a propósito de datos históricos —continuó, revolviendo sus papelitos sobre la mesa—. El *Antiguo Testamento* lo recuerda como alguien extraordinario en la Torre de Babel, donde las lenguas se habían confundido, Nadie entendía a Nadie, es decir, nuestro héroe se entendía a sí mismo.

—Y eso, ¿tiene algo de particular? —preguntó el señor Pimpilimpausha.

—¡Es algo extraordinario! —replicó casi en éxtasis el señor Butterfly—. ¿O es acaso fácil que Pimpilimpausha entienda a Pimpilimpausha?

Alicia pensó que, en efecto, no sería fácil, a juzgar por la reacción cabizbaja y silenciosa del aludido.

—Ahora debo terminar —anunció el expositor—, dando cuenta de que, según mis investigaciones y, a diferencia de nosotros los mortales, sólo Nadie sabe para quién trabaja.

—¿Es, entonces, inmortal? —dijo alguien con ansiedad.

—Sí lo es —confirmó Butterfly, recogiendo sus cuadritos de papel con alguna dificultad—, pero hay en ello algo todavía más desconcertante: Nadie es inmortal, y a la vez sabe cuándo va a morir.

Dicho esto, se sentó bruscamente, como si temiera desdecirse de cuanto había afirmado. Sin embargo, ninguno lo objetó. Quienes dormían, entre ellos el señor Farfalla, tendido sobre la mesa, despertaron sobresaltados ante el súbito silencio, y quienes estaban despiertos, cerraron los ojos y se pusieron a dormir.

Con esto, la discusión posterior se hacía imposible: unos no habrían sabido qué decir, por no haber escuchado y los demás no podrían hacerlo, por haber escuchado en demasía. Alicia comenzaba a alegrarse de ello, cuando notó una mariposa azul, de grandes alas, que revoloteaba por encima de la mesa. Era brillante, casi luminosa.

—¡Una joya que vuela! —exclamó la niña, aplaudiendo con entusiasmo.

Pero su contento no halló eco en los demás. Algunos se agitaron en sus asientos, girando la cabeza a uno y otro lado, por temor a que el insecto se posara sobre ellos. Otros, con igual aprensión, sacudían sus pañuelos en el aire.

Todo resultó inútil. La mariposa optó finalmente por detenerse sobre la mesa, cerca de Alicia, lo cual causó verdadera consternación entre los académicos. La reacción del presidente fue instantánea. Sacudiendo con energía su campanilla, ordenó:

—Señor Papillón: como secretario del Decoro, aplaste ese insecto y retírelo de la sala.

Pero el secretario, dispuesto ya a cumplir su cometido, no tuvo tiempo de obrar. Alicia se había levantado con rapidez y protegía a la alada criatura con ambas manos. Estaba furiosa:

—¡No! —gritó— ¡No la toquen! ¡Es una mariposa!

Estas palabras causaron un efecto inesperado.

—¡Mariposa! —entonaron varias voces a coro.

—¡Ha dicho "mariposa"! ¡Por fin hallamos la palabra perdida! —decía el presidente, puesto de pie y alzando los brazos como un oficiante.

Alicia estaba confusa y asustada. Entre tanto, la mariposa había escapado de sus manos y volaba otra vez por encima del cónclave. Pero ya ninguno se preocupaba de ella, reunidos de pie, junto al

presidente. Sólo el señor Pimpilimpausha parecía, chasqueando la lengua y apoltronado en su sillón, hallarse ajeno a tantas emociones.

—Sapientísima hija —habló entonces el presidente, dirigiéndose a Alicia, absorta en el vuelo del insecto.

La niña lo miró con temor.

—La academia está agradecida de ti, porque acabas de devolverle su tranquilidad. Hace tiempo perdimos la preciosa palabra MARIPOSA. No sabemos cómo la olvidamos y no la hallábamos en parte alguna.

—Situación terrible —apuntó el señor Papillón.

—Yo diría más bien amnésica —comentó desde lejos el señor Pimpilimpausha, quien al momento fue acallado por múltiples rezongos.

—Terrible, en verdad —siguió el presidente—. Disponíamos de la definición limpia, pulida, esplendorosa que dice "insecto lepidóptero con cuatro alas de escamitas imbricadas", pero como no teníamos la palabra definida, la definición carecía de objeto y era incomprensible para nosotros

—Gracias a ti, niña gentil —agregó Farfalla— ya sabemos que esa elegante definición se refiere al bello sustantivo "mariposa".

Pero Alicia no escuchaba ya. Seguía el vuelo cada vez más agitado del insecto, que se posaba aquí y allá, desplazándose en amplios giros azules. En una de sus vueltas, la inquieta criatura vino a pararse sobre la cabeza de la niña. Su descanso duró apenas unos segundos. En seguida levantó el vuelo y, evolucionando un instante por encima de Alicia, salió repentinamente a través de la puerta. Se oyó entonces una voz agitada que la hizo volverse:

—¡Corre, pequeña, te ha llamado y se te escapa; no vayas a perder tú la mariposa, al quedar nosotros con su nombre!

Era el señor Pimpilimpausha quien la alentaba de esa manera. Alicia alcanzó a divisar una llamita festiva en su mirada. Le sonrió con alegría y salió corriendo de la habitación.


HR.84

IV

EL ENIGMA DE LOS GANSOS

1. El túnel

—CON SEGURIDAD ESTUVE durmiendo, pues acabo de despertar —dijo Alicia al abrir los ojos.

Esta conclusión le pareció buena. Por lo visto, la había rendido el cansancio, mientras perseguía al conejo del reloj. Lo había visto aparecer como otras veces, muy apurado, reclamando por su tardanza, y había corrido tras él, mas en vano. Vueltas y más vueltas terminaron por confundirla, y ahora se encontraba de nuevo en el mismo lugar donde empezara a seguirlo.

El sitio era una pequeña quebrada llena de flores. Se oía correr el agua entre las piedras y ramas del fondo. Alicia se sintió contenta. Las flores le parecieron las mismas que solía coger con su hermana, no lejos de su casa.

—Quizás estoy ya en mi camino —se dijo, mirando a su alrededor.

Fue entonces cuando sucedió algo como para asustar a cualquiera, menos a Alicia, hecha para prodigios (lo cual ella no sabía: de saberlo, nada de cuanto le ocurría hubiera tenido gracia).

Detrás de ella, a alguna distancia en el repecho de la quebrada, había un agujero, enmarcado por algunas rocas, como si alguien se

hubiera preocupado de asegurar una entrada importante. Su tamaño era el de una casa de perro y, al verlo, Alicia imaginó entrar a curiosear el interior, acompañada de su gata, que se encargaría de ir espantando los ratones. Pero no tuvo tiempo de continuar el proyecto, por parecerle que el agujero avanzaba hacia ella, se hacía más grande y dejaba ver su profundidad. Avanzaba, en efecto, y muy pronto comenzó a tragarla, haciéndola pasar de la luz a la oscuridad.

Alicia se sintió incómoda con el cambio. Estaba dentro de un túnel que se deslizaba por encima y por debajo de ella, siempre sentada, aunque era evidente que no podía estarlo, porque su cuerpo se hallaba suspendido en el aire, como si flotara sin moverse.

"Esto no me gusta mucho", se dijo Alicia, pensando que ser tragada por un túnel en movimiento era peor que caerse en un hoyo. "Al menos la otra vez, cuando empezaron estos sucesos, yo hacía algo", siguió diciéndose. "Yo caía e iba a alguna parte, porque cuando una cae, cae hacia algo; ¿pero a dónde va una si lo que va es un túnel y la persona no hace nada?".*

El túnel seguía pasando, pues la entrada se veía hacia la izquierda como una ventana de luz cada vez más pequeña, mientras por encima y a su lado, poco más negras que el aire que la envolvía, soplándola ligeramente, desfilaban algunas formas, al parecer de piedras y raíces y, tal vez, de pequeños animales subterráneos. "Deben ser ratones y conejos" pensó Alicia, tratando de tranquilizarse con ello, porque también se le ocurrió que el túnel podría traer murciélagos y eso la disgustaba. "¡Que no sean murciélagos, que no sean murciélagos!" repitió en alta voz y cerró los ojos, como si así pudiera ver menos. En verdad comenzó a ver mucho más, y precisamente murciélagos, por lo cual los abrió de nuevo y acabó por tranquilizarse con las verdaderas sombras.

Otros pensamientos vinieron a inquietarla en seguida. "Y si este túnel fuera circular y diera siempre vueltas, ¿cómo voy a salir de aquí?". La idea le produjo sobresalto, pero la luz a la izquierda, visible todavía como un punto lejano, la conformó una vez más. "Ni que fuera una nena", se reprochó a sí misma. "El túnel no es un círculo,

---

* Se refiere, lógicamente a la primera caída de *Alicia en el país de las maravillas*, donde comienzan sus aventuras. (N. del E.).

pues me tragó por una boca que puedo ver todavía; si es un círculo, está incompleto y debe tener una cola".

Con ello iba a olvidarse del tema, pero se le ocurrió otra cosa. La cola podría no estar abierta; para estarlo, debería ser una cola cortada. "Las bocas tienen siempre una parte abierta", pensó, "pero las colas no; por lo general, las colas no están cortadas". Trató de recordar si ella había visto alguna vez una cola cortada, pero se dio cuenta de no haber visto ninguna. "Es preciso hacer algo", dijo en alta voz, al sentirse inconfortable. "Si el túnel sigue pasando, voy a quedar en el fondo de la cola y me va a arrastrar quién sabe a dónde".

Como era una niña inteligente, comprendió que lo único posible era pegarse a las paredes del túnel, sujetándose de alguna raíz o grieta. Pero sus intentos fueron inútiles; como flotaba en el centro, no encontró dónde apoyarse y sólo consiguió agitar las manos y las piernas, sin avanzar en ninguna dirección.

Vio entonces llegada la hora de llorar. Siempre era ése su último recurso, y le daba buenos resultados. Además, como tenía verdaderas ganas de hacerlo, no pudo contenerse. Por suerte fue innecesario seguir por largo rato. Había apenas comenzado a sollozar, después de haber estado llorando despacito, cuando sintió que un pequeño animal peludo caía sobre su falda y se acomodaba en ella, dispuesto quizás a no moverse por mucho tiempo. Alicia se dio cuenta que no era un murciélago, así que, olvidado el primer sobresalto, todavía algo llorosa, le pasó una mano por el lomo, notando un pelo largo y sedoso, agradable de tocar.

—Déjame, me haces cosquillas —le dijo la criatura. Aunque su voz era chillona, la niña se consideró feliz de tener con quien hablar y a quien preguntarle sobre la situación en que se encontraba.

—¿Quién eres y de dónde vienes? —le interrogó. Como sus ojos ya se había acostumbrado, podía distinguir su bulto en la oscuridad.

—Después de sobarme tanto el lomo, deberías haber reparado en que soy una chinchilla. Nadie tiene la piel como yo. Además, no puedo venir de otra parte, sino de mi casa en este túnel.

Tales informaciones no eran suficientes para calmar la intranquilidad de Alicia.

—¿Por qué me has caído encima y cómo vamos a salir de aquí? —fue su nueva pregunta.

La chinchilla se acomodó otro poco y le contestó.

—Por lo visto, gustas haciendo varias preguntas en una misma frase. Así confundes a cualquiera. Sólo puedo decirte que no caí encima de ti, sino que salté encima, lo cual es distinto. Y si vas a preguntar para qué salté, te diré que fue para aprovechar tu viaje. Estaba cansada de correr por las paredes del túnel y pensé en emplearte como vehículo, pues ambos llevamos la misma dirección.

—Entonces pierdes el tiempo: yo no llevo dirección alguna —le dijo Alicia—. Primero, por no conocer estos lugares y, segundo, por no estar moviéndome.

—Que conozcas o no estos lugares e ignores tu movimiento, son materias ajenas al caso —repuso la chinchilla, quien parecía bien informada. Y agregó:

—Si ves moverse el túnel hacia la izquierda, y tú estás en medio, de seguro tú vas hacia la derecha.

—Pero no estoy moviéndome —dijo Alicia, un tanto preocupada de que un error de su compañera pudiese tener malas consecuencias.

—No sé cuál sea para ti la diferencia entre moverse y no moverse —insistió ésta—; de una cosa puedes estar segura, en todo caso, y es que cada vez estamos más cerca de la otra salida del túnel.

Alicia no encontró nuevas razones para llevar la discusión adelante, pero en cuanto a si ella sabía si se movía o no, por cierto lo sabía. Le interesó, pues, muchísimo aquello de "la otra salida del túnel".

—¿Falta mucho para esa salida? —le preguntó.

—Ojalá no; ya estoy aburrida de este viaje —repuso la chinchilla—. Por suerte me llevas con rapidez suficiente para llegar a la reunión de los gansos.

La niña no sabía qué reunión sería ésa. De todas maneras, fuese cual fuese, estaba cierta de sentirse allí mucho mejor que encerrada en esta especie de culebra. Iba a hacer todavía algunas preguntas, cuando la chinchilla dio sobre ella un par de brincos y se puso a chillar de gusto.

—¡Allí está, allí está! —gritaba—. ¡Ahora vamos derecho a la salida!

Alicia pensó una vez más que la salida vendría hacia ellas y no ellas a la salida, pero no insistió, al reparar cómo un pequeño resplandor visible por la derecha, crecía lentamente. Poco después ya mostraba

ser una salida, anunciando el próximo retorno a la luz del sol. Alicia se distrajo, entre tanto, en examinar a la chinchilla, quien también la contemplaba con aire inquisitivo. Era linda la piel gris de su pequeña amiga, que parecía vestida para ir a la ópera. Sólo sus mostachos, algo tiesos y demasiado largos, desentonaban en el conjunto y sugirieron a Alicia la idea de cortárselos. No alcanzó a decirle nada, porque mientras pensaba si sería demasiado impertinente, vio venir el agujero de salida y antes de contar hasta diez (según acostumbraba a hacerlo al término de largas esperas) la puerta pasó alrededor de ellas y se encontraron afuera, a la bajada de un cerro, en un campo con árboles, a plena luz del día.

Curiosamente, ya no estaban suspendidas en el aire, sino sentadas en el césped, como si ellas mismas se hubieran acomodado allí, mientras a lo lejos la salida del túnel, que ahora era evidentemente una entrada (lo cual no dejó de llamar la atención de Alicia) se había inmovilizado, oscura y redonda, sobre la ladera del cerro.

—Sin duda me he trasladado de lugar, porque éste es otro sitio —observó Alicia, mirando en torno suyo.

—¡Es otro sitio, por supuesto, si has atravesado el túnel! —le replicó el animalito, con cara llena de risa.

—Lo crucé sin moverme —protestó la muchacha, recordando la discusión anterior con su compañera—. Lo sucedido —agregó— es que todo se deslizó hasta donde yo estaba: el túnel con este lugar. Sin duda se ha corrido la tierra.

La explicación debió parecerle a la chinchilla una ocurrencia graciosísima, pues estuvo riéndose un buen rato, sin reparar en que Alicia se había puesto colorada y se sentía ofendida.

—Eres harto complicada —le dijo, por fin, la mostachuda, con aire serio—. Para el caso da lo mismo que tú pasaras flotando por el centro del túnel o el túnel pasara estando tú en el centro: de hecho, te hallas aquí donde antes no te hallabas. No comprendo tu empeño en poner difíciles las cosas. ¿No crees más fácil pensar que tú te movías y no el túnel con todos estos lugares?

—¡No es más fácil, porque yo no me movía —exclamó Alicia, bastante picada, con ganas de poner término al argumento, aunque su compañera parecía dispuesta a seguirlo, a juzgar por su mirada maliciosa.

Y habría seguido, tal vez, si en ese momento no hubiera atraído la atención de Alicia un cartel blanco, de grandes letras negras, colgado a poca distancia entre los árboles, al modo como ella había visto en su aldea colgar saludos de bienvenida para personajes ilustres. Movida por la curiosidad se levantó de un salto (notando no hallarse cansada, lo cual –pensó– era un buen argumento contra la discutidora chinchilla) aproximándose al lugar. En el cartel decía:

¡E N I G M A!

¿Q U I S   C U S T O D I E T   C U S T O D E S?

Lo observó por un rato, tratando de sacar alguna conclusión, aunque desde el comienzo reconoció las palabras de un idioma extraño. Solo *enigma* le parecía familiar, pero aun así, la desconocía y no le ayudaba en nada.

La chinchilla se había acercado, con aires de entender lo que leía, porque farfullaba entre dientes "esta reunión va a ser buena: los gansíticos saben hacer sus cosas, sobre todo cuando se trata de decirlas". Alicia la miró extrañada.

–¿Que dice el cartel? –le preguntó.

–Tú ves tan bien como yo lo que dice –replicó la otra–. Primero dice *enigma*. ¿Tú sabes leer, no?

–Sí, sé leer –se defendió Alicia– pero no sé qué significa enigma.

–Tu problema es fácil: enigma es la cualidad de las cosas enigmáticas.

–¿Las cosas enigmáticas? ¿Y qué son cosas enigmáticas?

–Es difícil ayudarte –dijo la chinchilla, suspirando– porque para comprender las cosas enigmáticas se precisa reconocer su enigma.

–Te dije que no entiendo esa palabra.

–No necesitas entenderla si no conoces las cosas enigmáticas –contestó la chinchilla–; si la entendieras, no tendrías cosas a las cuales aplicarla.

– ¡Ah! –dijo Alicia, como si en algo se aclarara el asunto, aunque

no estaba muy segura. En todo caso, era un alivio tener esa razón para no reprocharse la ignorancia de una palabra al fin y al cabo inútil.

Sin embargo, quedaba el resto del cartel. Esto parecía latín. Recordó vagamente la frase "*¿Quo vadis, Alicia?*", que solía decirle el señor Dogson, amigo de su casa (y, sobre todo, suyo), lector de muchos libros y sabio en cosas innumerables. Se volvió a la chinchilla, no muy confiada en obtener su ayuda.

—¿Y sabes qué quiere decir "*¿Quis cus-todes cus-todiet?*" —le dijo.

—No —le contestó con sequedad— ni falta me hace; si lo supiera, ya no habría enigma. Los gansíticos saben cuanto saben y ahora les importa hacer a los gansos interesarse en el enigma. ¿Y quién pondría atención a un enigma evidente al primero que pasara por aquí?

—Nadie, con seguridad —repuso Alicia, tragando saliva.

—Bien: entonces —concluyó su amiga— olvídate del cartel y vamos donde los gansos; ya deben estar reunidos.

—Dime, al menos, de qué se trata, porque no sé quiénes son los gansíticos ni qué van a hacer los gansos en esa reunión. Tú, en cambio, pareces enterada de todo.

—Lo estoy, por cierto —contestó la criatura, con suficiencia cuya comicidad no dejó de notar la muchacha—. Vamos andando —agregó— y en el camino te explicaré algunas cosas.

2. La asamblea

El cartel marcaba la entrada de un sendero oculto entre grandes árboles, que se perdía a la vuelta de una colina. Por allí se internó Alicia, tras de su compañera, afanosa de un lado a otro en olfatear hasta las piedras y alzada a veces sobre sus patas traseras para husmear el aire, como si aspirara misteriosos perfumes. El ambiente era en verdad muy grato. No faltaban pájaros ni sobraban flores. A Alicia le pareció un lugar excelente para volver después a jugar a las escondi-

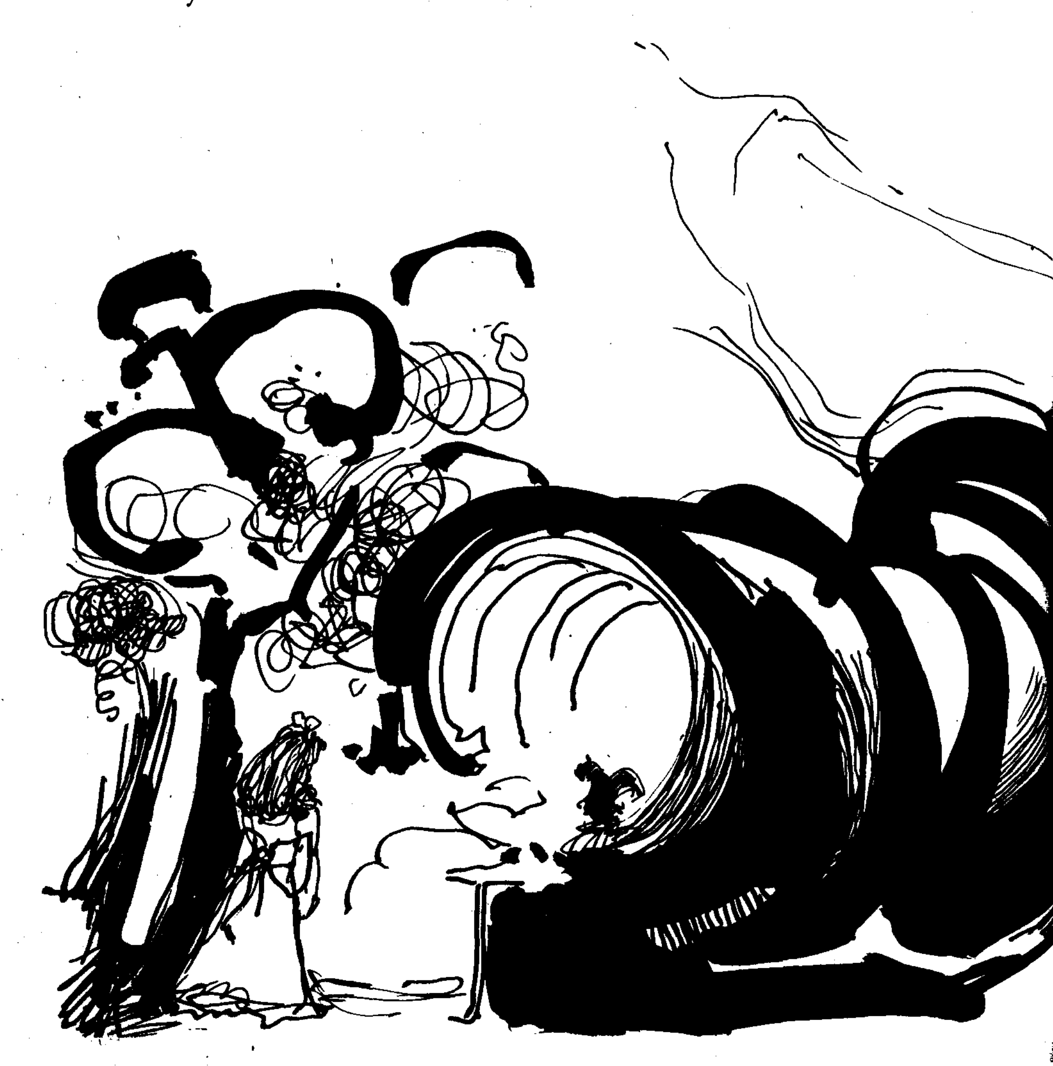
das. Ahora, sin embargo, la dominaba la curiosidad por saber algo sobre esos gansos dispuestos a celebrar una asamblea.

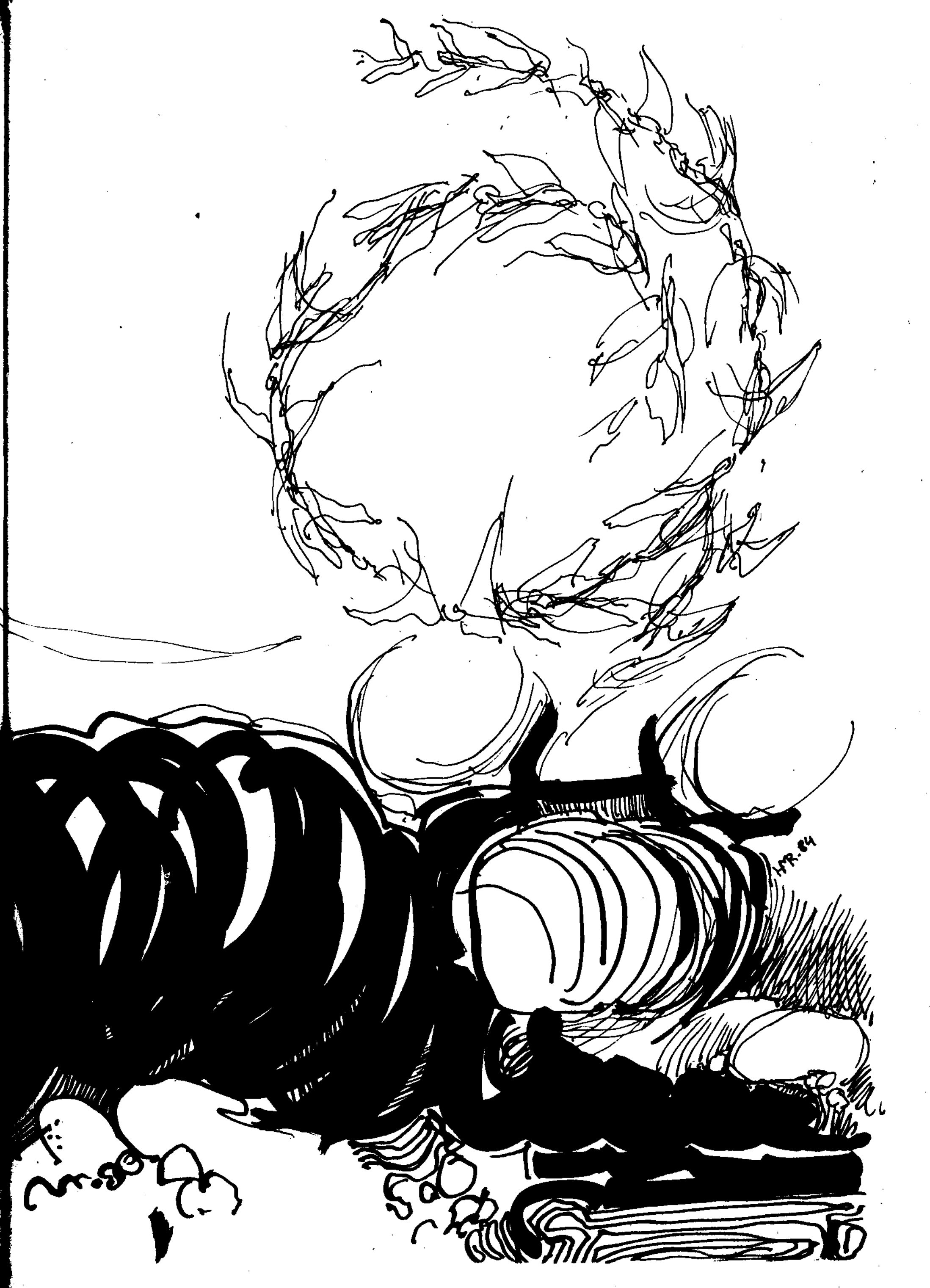
—Ya podrías ir contándome algo —le dijo a la chinchilla, al parecer olvidada del asunto.

—En realidad —repuso ésta— no podré contarte mucho. Si hablo demasiado y lo sabe algún gansar o algún amigo no-gansar de los gansares, podría acusarme de estar ayudando a los gansíticos.

Alicia se detuvo para protestar.

—Si no me explicas antes quiénes son los gansares y los gansíticos, no voy a entender nada de nada.




HR.84

—Tampoco entenderás nada después de explicártelo —le contestó la chinchilla— pero allá tú. En pocas palabras, el asunto es éste: los gansos que viven más allá de esas colinas eran hasta hace poco prudentemente felices, aunque se lo pasaban todo el tiempo discutiendo muchísimos problemas. Parece que la discusión les gustaba.

—¿Qué problemas discutían? —inquirió Alicia.

—Bueno... problemas, tú sabes... (aunque, por lo visto, eres bastante ignorante). Por ejemplo, si todos los gansos han de salir a volar juntos, formando una V o si pueden volar solos; si un ganso debe graznar cuando siente un ruido por la noche, o si puede seguir durmiendo; si una gansa puede incubar los huevos de otra gansa.

—Esas cosas son fáciles de solucionar, creo yo —comentó Alicia.

—Tú lo crees, pero los gansos no, porque también *eso* lo discutían.

—¡Oh, es demasiado! —exclamó Alicia—. Yo no sería ganso.

—Tal vez no —convino el animalito— pero los gansos sí. Además, tenían bien arregladas sus cosas. Como perdían mucho tiempo discutiendo entre todos, habían decidido crear un trabajo especial: el trabajo de solucionar los problemas de los gansos. A este trabajo lo llamaron *gansítica*. Fue así como algunos de los gansos pasaron a ser gansíticos.

—¿Y los otros? —preguntó Alicia, cada vez más interesada en la historia.

—Los otros siguieron siendo gansos.

—Pero ahora gansos sin problemas, me imagino —sugirió Alicia.

—Imaginas mal, porque antes de resolver los problemas, los gansíticos debían decidir *cómo* resolver los problemas, y para ello era preciso decidir cómo resolver el problema de cómo resolver los problemas que debían resolver.

—¡Pobres gansos! —se lamentó Alicia.

—¡Pobres gansíticos! —corrigió la chinchilla—. Los gansos, al fin y al cabo, no estaban mal: ellos sólo tenían que ver con los problemas, no con los problemas de los problemas; y, por lo demás, se entretenían muchísimo con las discusiones de los gansíticos. Pero apurémonos, que a este paso vamos a llegar mañana.

El sendero había quedado atrás y ahora avanzaban a campo traviesa por una pequeña planicie verde, que a lo lejos se cortaba abruptamente.

—¿Y qué hay de los gansares? —volvió a preguntar Alicia.

—¿Qué gansares? —replicó distraídamente el animalejo, olfateando el aire.

—¿Cómo qué gansares?—. El tono de Alicia era de impaciencia.

— ¡Ah! los gansares... Sí, claro; obviamente los gansares son enemigo de los gansíticos.

—¿Por qué?

—Pregunta sin respuesta —decidió la chinchilla—; es natural para los enemigos ser enemigos de sus enemigos. Lo que podría preguntarse, si viniera al caso, es por qué los enemigos son amigos.

—Pero no viene al caso —rezongó Alicia.

—No, no viene —convino la criatura—. Yo he pensado —agregó— que a los gansares no le gustaban las discusiones. Entonces dijeron: "¡Abajo los gansíticos! ¡Nosotros nos encargaremos de los problemas de los gansos!".

En aquel momento resonó al borde de la planicie un griterío lejano, como de gente numerosa. Alicia y la chinchilla se sobresaltaron. El griterío cesó, aunque por algunos momentos se oyó un golpeteo áspero y fuerte, como de alas que se baten.

—Ahí están los gansos —susurró la chinchilla, un tanto excitada. En verdad no se veía aún ganso alguno, pero pronto pudieron divisarlos. Habían llegado al término de la planicie, que se continuaba en un faldeo de poca inclinación, hasta alcanzar un lugar espacioso, entre árboles y cerros. Ahí estaban los gansos, con las alas medio extendidas, los cuellos en alto, pendientes de otro ganso que les hablaba desde un pequeño montículo.

—¿Ves? ¿Ves? —le dijo a Alicia la chinchilla al tiempo de bajar.

—Empezó la reunión y van a estudiar el enigma.

—¿Para qué? —preguntó Alicia.

—Para descifrarlo, porque es un enigma y porque, además, no tienen otra ocupación. Y, ya, no me preguntes más. Mejor escucha.

Habían descendido lo suficiente y pudieron acercarse al corro de las aves.

—No me cansaré de repetir la misma cosa —gritaba un orador en ese momento—: los gansíticos son perniciosos. Estoy cansado de repetirlo.

Aunque la afirmación era algo confusa, a Alicia le pareció claro que el ave no estaba cansada en absoluto.

—Los gansíticos —seguía el discurso— no saben sino hablar; por eso

tenemos tantos problemas. Pero ¿no es acaso preferible aletear? ¡Hablad!

— ¡Preferible! —clamaron los gansos, agitando las alas y levantando una nube de polvo.

—Hablar y discutir —volvió a decir el gansar—. ¿Y para qué, si toda discusión sólo se ocupa de cosas discutibles? ¡No más discusiones!

Alicia se asustó: un enérgico aletazo había rematado la frase. Pero el discurso continuaba:

—Esto no significa acabar con las discusiones: al contrario. Sólo se trata de discutir lo indiscutible. Las discusiones son buenas cuando nadie discute.

Alicia pensó discutir esa frase, precisamente porque nadie la discutía. Pero el júbilo de los gansos al oírla le hizo guardar silencio. Se inclinó, en cambio, hacia la chinchilla y le dijo al oído:

—¿Qué te parecen esas rarezas?

—No son rarezas —respondió también en voz baja el animalito—; son consejos prácticos para que, en vez de graznar, los gansos píen. Es más poético y a mí me gusta.

—No veo por qué.... —empezó a decir Alicia, pero la chinchilla la interrumpió con un gesto de impaciencia.

—Ya sé que tú no ves por qué —le dijo—. Así, pues, no hablemos más. Los gansos pueden molestarse con nosotros.

Entre tanto, el orador proseguía su discurso.

—No sé cómo —decía— hemos soportado tanto tiempo a los gansíticos. Existen desde que habitamos este paraje, y hasta ahora nadie, excepto nosotros, se había preguntado si no seríamos más gansos si ellos no existieran.

Estas reflexiones le parecieron a Alicia bastante incomprensibles, pero por algún motivo conmovieron a los gansos. Se produjo entre ellos un rumor gutural y un súbito movimiento de retroceso. Todos comenzaron a andar hacia atrás, ensanchando ampliamente los círculos que rodeaban al orador, con perfecta compostura y compás. Parecía uno de esos espectáculos de gimnastas, que tanto le gustaban a Alicia.

—¿Qué hacen? —se atrevió a preguntarle a la chinchilla.

—Ya lo ves: retroceden.

—¿Para qué? —insistió Alicia.

—Ya lo verás: avanzarán de nuevo.

—Bueno ¿y para qué?

—También lo verás: para quedar donde estaban al principio.

En efecto, los gansos se detuvieron a buena distancia y volvieron con igual solemnidad y donaire hacia la tribuna, estrechando una vez más sus círculos en torno al orador.

—Parecen estar jugando, y se ven tan serios —comentó Alicia.

—La seriedad sirve también para jugar —repuso la chinchilla.

—¿Y a qué juegan, entonces?

—A retroceder para avanzar.

Alicia iba a hacer otro comentario, cuando oyó la palabra "enigma", interesándose vivamente. La acababa de pronunciar un nuevo orador, que recién subía al montículo. Era un ave de pico estrecho, de mirada torva y gesto de tribuno. Alicia vio algo de artificial en esta traza y aventuró la idea de que acaso fuera un ganso de cartón.

—Yo voy a ocuparme del enigma —decía—; es otra invención de los gansíticos que nadie sabe quiénes la inventaron.

—Bueno, ¿en qué quedamos? —exclamó Alicia, provocando un frotamiento de plumas entre los gansos. Todos la miraron.

—Chiquilla ridícula, ¡no te metas! —le dijo la chinchilla por lo bajo.

El nuevo orador estiró el cuello, mirándola también.

—¿De dónde salió esa gansítica? —preguntó secamente. Los gansos hicieron gran ruido de aletazos, pero Alicia estaba demasiado enojada para tener miedo.

—No soy gansítica ni gansar —contestó—; ni siquiera soy gansa.

—No faltaba más —protestaron cerca de ella unas verdaderas gansas de lustrosas plumas.

—¡No se necesita ser gansítica para ser gansítica! —dijo entonces un ganso de finos modales, encaramado también en el montículo. Su voz era un tanto gélida, pero sonreía.

Los gansos avivaron entusiasmados y reiniciaron su danza del retroceso, desplegándose en amplios círculos que cerraron acompasadamente otra vez, acercándose a la tribuna.

El ganso fino parecía complacido. Miró entonces a Alicia con ternura y, aproximándose al orador, le dijo algo al oído. La chinchilla, por su parte, tiró a Alicia del vestido, la hizo inclinarse y le susurró también algunas palabras.

—Bueno, está bien —dijo Alicia con un respingo—aunque con seguridad exageras.

—Volvamos al enigma —se oyó entonces decir al disertante, recuperada ya su calma—. Todos se hallan inquietos por esta bagatela. Les han hecho creer que el enigma esconde una revelación maravillosa para los gansos. ¿Cuál es el objeto?, pregunto yo. Sólo que cavilemos y discutamos. Tal es la astucia de estos gansíticos.

—¿Qué tiene de malo cavilar y discutir? —interrumpió otra vez Alicia.

El nuevo orador hizo un gesto brusco, pero el ganso fino lo contuvo suavemente, estirando un ala y hablando en su lugar.

—Hija, hija, nadie considera malo cavilar y discutir en su esencia. Lo malo está en que cavilemos y discutamos.

—A eso me refiero —replicó Alicia.

—Yo también —le dijo el ganso—. Ya vez como estamos de acuerdo y la discusión se hace inútil.

No cabía réplica y así lo comprendió Alicia. "Es un ganso sutil" —pensó, recordando una expresión favorita del señor Dodgson. Sin embargo, el asunto le parecía cada vez más confuso. Quiso hacérselo saber a su pequeña amiga, pero la chinchilla estaba ahora a prudente distancia y, por lo visto, deseaba mantenerse allí.

El segundo orador tomó nuevamente la palabra, mirando a Alicia con bastante desconfianza.

—Ahora —dijo— para mostrarles el escaso ingenio de los gansíticos, nosotros mismos hemos resuelto el enigma.

Avanzaron entonces algunos personajes de la primera fila y desplegaron ante la asamblea un cuadro de gran superficie. Los gansos se apretujaron y estiraron los cuellos, mirando extasiados. Lo allí escrito, con caracteres de varios colores, interesó también a Alicia, que leyó de corrido, pero sin entender nada.

El nuevo orador se acercó al cartel ("o gran albarán", pensó Alicia, acordándose de una palabra recién aprendida) y miró de reojo, sin dejar de sonreír, a otro ganso, menos joven y más solemne que se había puesto a su lado, como si intentara dominar la situación. Como el primero ya había empezado a hablar, el otro se contuvo, alzando el pecho con majestuosa gravedad. Al verlo, la niña recordó la *Caza del Snark*, que iba a escribirse algunos años después:

Al Hombre de la Campana
Todos hasta las nubes ensalzaban.
¡Qué porte, qué facilidad y qué gracia!
¡Qué solemnidad también! ¡Todos podían ver cuán
sabio era, al instante de mirar su cara!

—Voy a explicarles a dónde va a parar todo esto —dijo el ganso. Su voz era segura y expresaba convicción inapelable—. Como somos prudentes y comprensivos, hemos procedido en dos etapas: una *lógica* y otra *lingüística.*

—Porque somos también espirituales —interrumpió su acompañante, cuya voz de nuncio agradó a Alicia.

—Sí, sí, lo somos —dijo el expositor, al parecer convencido, y continuó:

—La etapa lógica nos indicó que el enigma *¿Quis custodiet custodes?* consiste en averiguar qué significa *¿Quis custodiet custodes?*

Alicia creyó ver pasmarse a la concurrencia con esta primera conclusión. Le sorprendió al mismo tiempo la brevedad de la etapa lógica. Pero era más larga, porque el otro seguía:

—Ahora bien: como se trata de un invento perverso (premisa intrínsecamente evidente) supusimos que se intentaba engañarnos por medio del viejo ardid ya superado (por nosotros) de dar apariencias de verdad a lo falso y de falsedad a lo verdadero. Y así supimos desmontar el engaño en tres fases: *alfa, beta* y *gama.*

El ganso había comenzado a hablar enérgicamente, dando a Alicia la impresión de que temía carecer de razón.

—*Fase alfa* —anunció, aproximándose al gran albarán—: el enigma se presenta como una pregunta; entonces, es una afirmación. Eso nos da simplemente *Quis custodiet custodes,* sin signos interrogativos.

El auditorio aguardaba, tal vez, una revelación aún más espectacular, o la alcanzada lo sorprendió en grado sumo, porque no reaccionó, manteniéndose los gansos con los cuellos en alto, las alas medio caídas, los picos entreabiertos, como si la bella explicación los hubiera hipnotizado. El joven ganso mantuvo, por su parte, el aire severo, animado al parecer por estímulos internos más poderosos que los exteriores. Y continuó con igual fuerza.

—*Fase beta:* también trataron de engañarnos con el orden de estas

tres palabras; por consiguiente, deben leerse de atrás para adelante, lo cual nos lleva a *custodes custodiet quis. Fase gama...*

— ¡Oh, cuántas posibilidades de retorno a la esencia de nuestro ser esencial! —exclamaron a dúo, sin poder contenerse, el ganso sutil y el de la Campana.

Esta vez el intérprete dio muestras de verdadera incomodidad y miró significativamente al otro orador.

—*Fase gama* —repitió entonces—: cada una de estas tres palabras termina en cierta sílaba. El principio de la perversidad nos descubre el engaño: esas sílabas no son las últimas de tales palabras, sino las primeras de las siguientes. Por lo tanto, la verdadera expresión es *custo descusto dietquis.*

Hizo una pausa, mirando casi enojado al auditorio, que esta vez se mostraba menos cauteloso, aunque Alicia vio a algunos gansos tocarse las alas por lo bajo.

—Pero si hemos llegado a esta conclusión con tanta facilidad —siguió el expositor— no nos entusiasmemos demasiado: los gansíticos saben que somos lógicos y esperaban llevarnos a ese resultado, por lo cual debemos rechazarlo y volver al punto de partida. No han conseguido despistarnos. El verdadero enigma es el que ellos querían hacernos tomar por falso, es decir, *¿Quis custodiet custodes?*

Los gansos, a una señal, aclamaron la conclusión con gran bullicio, graznando y batiendo las alas. Alicia dijo algo en alta voz, pero nadie pudo oírla. En medio de la albarabía, se había iniciado otra vez la danza de retroceso que, sin embargo, se detuvo. El ganso hermeneuta continuaba su exposición:

—No hemos terminado —decía—. Más incuestionable aún es la segunda etapa, la lingüística—. Esta palabra atrajo la atención de los gansos, que se reagruparon frente al cartel.

— ¡Ah! ¡La etimología!... —alcanzó a exclamar con inspiración el acompañante, pero fue rebasado por la locuacidad del ganso sutil al ocupar la tribuna, de donde se había retirado a descansar el orador segundo.

— ¡Sí, la etimología! —dijo y siguió con inusitada rapidez—. ¡Entramos ahora en la etapa más espiritual de nuestra búsqueda, no conociendo nosotros más recursos de verificación que los del espíritu!

La asamblea bajó las cabezas, reverente.

El nuevo intérprete continuó, después de un profundo suspiro:

—Así, pues, debemos partir de *¿Quis custodies custodes?* Habíamos decidido volver a aplicar el principio de la perversidad, cuando ocurrió un hecho inesperado: encontramos un libro.

Los gansos se estremecieron. Alicia estuvo a punto de decir algo, pero observando a la chinchilla hacerle unas señas misteriosas desde lejos, prefirió seguir la explicación del fino ganso, quien continuaba:

—Según dicho libro, en otro tiempo en vez de "quien", se decía *quis*, y en vez de "cuidadores" o "guardianes", se decía *custodes.*

Los gansos cuchichearon asombrados.

— ¡Eso se llama casualidad! —comentó la chinchilla, alborozada. Alicia aplaudió.

— ¡Silencio! —tronó el orador inicial, hasta ese momento absorto en las explicaciones.



La chinchilla se escondió entre los pies de Alicia.

—Entonces notamos —siguió diciendo el ganso— que la palabra "cuidadores" tiene una sílaba muy extraña: *cui.*

—¿Qué? —preguntó Alicia, llena de curiosidad.

—*Cui* —le contestó sin inmutarse el nuevo hermeneuta y continuó inmediatamente a gran velocidad:

—Era la clave, la clave tan buscada, nuestra clave. Porque si quitamos *cui* de *cuidadores,* resta *dadores,* indicando que debe quitarse *des* de *custodes,* pues *des* y *dadores* vienen ambos de *dar.* Por lo tanto, *custo* y *cui* son equivalentes, y como *custo* aparece dos veces en el enigma, debemos poner (y señaló el albarán) *custo custo = cui cui.*

Se había producido un gran suspenso en torno al disertante, que paseando su mirada jubilosa de derecha a izquierda, dijo:

—El enigma queda así resuelto, y es:

"¿QUIEN DA CUICUI A LOS DADORES?"

Observó a la asamblea con aire triunfante, e iba a continuar, pero se detuvo cuando el ganso solemne, que había estado muy compuesto escuchando a su lado, avanzó al primer plano y comenzó a cantar, con sonora voz de barítono y con la música de *Si Adelita se fuera con otro:*

Quien da cuicui a los dadores
da quién a los dores da cuicui;
cuida quienda a los cuidores
cuidada a quien los dorescuí.

El ganso sutil y el segundo orador parecieron por primera vez desconcertados. Miraron al orador primero en busca de apoyo, pero éste se había puesto también a cantar y, tomado el ala con el otro ganso, hacía con él grandes gestos de ópera.

Alicia estaba alborozada, aunque comenzaba a asustarse un poco por la rapidez del contagio. El coro era ya ruidoso. Todos los gansos cantaban, mientras, con la misma solemnidad de la primera ocasión, bailaban la danza del retroceso, ahora al compás de *Si Adelita se*

fuera con otro. Iban y venían, marchando hacia atrás y replegándose hacia adelante, una y otra vez.

En medio del general jolgorio, sólo los hermeneutas no cantaban. Se habían puesto a sollozar, apoyados en el gran albarán. "Los gansíticos, los gansíticos", le pareció a Alicia que decían. Pero la fiesta se extendía y los versos se renovaban constantemente. Alicia comenzó a cantarlos con la chinchilla, aunque los gansos las ignoraron por completo:

Los dada cui, quien cui adores
cuidada a quien los dorescuí.

Se formó una verdadera competencia en la asamblea. Un orador entonaba:

Quien da a los adores, da cuicui.

y el coro le seguía

A cui daquién, los da cuidores.

El coro preguntaba

¿Quién da dorescui a los dacui?

y el ganso solemne contestaba

Doresda a cui, quien los cuidores da.

Alicia estaba radiante, danzando como en fiesta propia. Aprovechando una pausa, hizo un solo, con una voz muy linda, que entusiasmó a la chinchilla:

Cui quien cui a los dadores da,
da cui, da cui a los quiendores;
cui, dacui los da quien a
¿QUIEN CUIDA A LOS CUIDADORES?

Pero el cuarteto produjo un efecto terrible. Cesaron el baile y el canto. Los gansos se miraron asustados. Alguien chilló: "¡El enigma!". Los oradores estiraron el cuello y batieron las alas, como para alzar el vuelo.

—¡Era una trampa! —gritaron—. ¡Son gansíticos!

—La perversidad en acción —gimió el ganso sutil, agitando un ala acusadora, mientras con la otra enjugaba sus lágrimas.

El ganso ceremonioso había recuperado su elegante compostura, mientras decía gravemente:

—Es un insulto a nuestras tradiciones.

—¡Acaben con ellos! —clamaron unas voces, al tiempo que algunos gansos, evidentemente cansados por tanta agitación, avanzaban, moviéndose con dificultad hacia Alicia y su compañera. La chinchilla dio un brinco.

—¡Corramos, Alicia! ¡Al túnel! ¡Mira, ahí viene!

Alicia corrió también y vio cómo la boca del túnel había aparecido otra vez y progresaba hacia ellas. Unos pocos gansos habían comenzado ya a levantar el vuelo, haciendo gran ruido de alas y graznidos; pero les costaba mantenerse en el aire y chocaban unos con otros. Poco a poco fueron quedando atrás y cuando Alicia se sintió flotar de nuevo al ser rodeada por el túnel (o entrar ella en él, cosa todavía incierta), vio a la distancia cómo se habían tranquilizado y reagrupado, jugando a su danza del retroceso.

—No son malos gansos, después de todo; son más bien habladores y cantores —le dijo a la chinchilla, que se las había arreglado para sentarse otra vez en su falda, mientras el túnel pasaba o pasaban ellas por el túnel.

—No sé qué sean gansos buenos para ti —le replicó el animalito— pero a mí me pareció que de palabra en palabra y de canto en canto, llegaban con facilidad a los picotazos.

Alicia comenzó a sentirse somnolienta. Dio un bostezo.

—Qué lástima no haber visto a los gansíticos —dijo—. ¿Cómo serán?

La chinchilla se agitó bruscamente, riendo de buena gana. Aunque Alicia ya no la veía, la sintió pararse en actitud de burla.

—¡Qué simpática tontita eres! ¡Cómo no haberte dado cuenta que todos, hasta los gansares, eran gansíticos!

La muchacha se enfadó con esta observación. Una vez más le mo-

lestaba el tono sobrado de la chinchilla. Iba a protestar, cuando ésta dio un salto, diciendo:

— ¡Adiós! ¡Adiós! No le veo mucha gracia a seguir paseando contigo. Pero me gustó tu canto. ¡Buen viaje!

Y desapareció. Tal vez se había colgado de algunas de las raíces del túnel.

—Presuntuosa y mal educada —se dijo Alicia, desarrollando este pensamiento en tanto se dormía.

HS.85

V

CUANTO PESA UN SAPO ALADO
(Fragmento)

(El manuscrito se inicia con este relato, al que, por supuesto, falta la primera página).

. . . .

ALICIA MIRO AL ENGENDRO con más curiosidad que susto, lo cual desagradó al sapo volátil, porque evidentemente había querido aparecer terrible. Así, pues, plegó sus alas y se acomodó en la piedra, mirando fijamente a Alicia.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó la niña con cara risueña. En verdad no esperaba una respuesta, al menos por ahora. Pero el sapo se empinó al momento, como para pronunciar un discurso, aunque sólo replicó:

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —dijo Alicia—. Porque deseo conocer tu nombre, naturalmente.

—¿Para qué? —insistió el sapo.

—¿Para qué deseo conocer tu nombre? —insistió a su vez Alicia.

—¿Y cómo voy a saberlo yo? Es una pregunta que debieras hacerte a ti misma.

—No te pregunto eso —contestó Alicia, impacientada.

El sapo hizo una pirueta para cazar una mosca al vuelo y se la arrellanó de nuevo, diciendo:

—Me lo has preguntado, pues dijiste "¿para qué deseo conocer tu nombre?".

— ¡Qué tontería! —exclamó Alicia—. Me limité a repetir tu propia pregunta.

— ¡Esa sí es una verdadera tontería! —gruñó el animalito, que ya no parecía dirigirse a Alicia—. ¡Repetir mi pregunta en lugar de contestarla!

"Sapo taimado", pensó ella, pero no se atrevió a decírselo, por temor de confundir más las cosas con una nueva discusión. Como su curiosidad había crecido, decidió ser paciente, para saber con quién trataba. ¡Un sapo con alas! Debía tener un nombre divertido. Iba a responder, pero había olvidado la última pregunta del sapo. Este la miraba con insistencia y Alicia pensó que se habría quedado dormido con los ojos abiertos.

—¿Qué me preguntaste la última vez? —le dijo, alzando la voz, como para despertarlo.

—En verdad, yo no te he preguntado: tú me preguntaste para qué querías saber mi nombre.

— ¡Ah, sí! —dijo Alicia, dispuesta a ser condescendiente—. Quiero saber tu nombre, porque todas las criaturas tienen uno.

—Y eso, ¿qué tiene que ver? —contrapreguntó el sapo.

—Bueno; eres una criatura, ¿no?

—Al fin me preguntas algo claro, aunque perfectamente inútil —condescendió a su vez el batracio—. Por supuesto, yo *podría* ser una criatura si estuviéramos de acuerdo en qué significa "criatura".

Alicia pestañeó un tanto confundida. (Realmente no podría contestar qué era una criatura, aunque a su madre le había oído decir algunas veces "criatura insoportable". Pensó averiguarlo al volver a casa, lo cual era urgente, porque acababa de comprender que, estimulado por ella misma, el feo sapo admitía ser también de algún modo una criatura).

—Bueno, si eres una criatura, debes tener un nombre —le dijo.

—Así parece, pero eso no explica que te empeñes en saber el mío.

— ¡Sí lo explica! —contestó Alicia, golpeando el suelo con un pie.

—Entonces, explícamelo —replicó el animalejo, que mostraba verdadero interés.

—¡Explícamelo! ¡Explícamelo! —remedó Alicia, imitando la voz ronca de su interlocutor.

—Yo no puedo explicártelo: eres tú quien dice poder hacerlo.

—¿HacerQUE?—gritó Alicia.

—Explicar lo que dijiste que se explicaba, por supuesto —respondió el sapo con sequedad.



Alicia decidió tener paciencia una vez más, aunque ya le preocupaba la caída de la tarde.

—Quiero saber tu nombre para llamarte —le dijo.

— ¡Vaya ocurrencia de niña! —exclamó el alado espantajo—. ¡Llamarme cuando estoy frente a ti!

—Ahora no —respondió Alicia— pero sí cuando estés lejos.

—Pero entonces no necesitarás llamarme, porque no podré escucharte.

La muchacha sintió que esto era ya el colmo.

—¿Te das cuenta del enredo que has armado? —le dijo, fingiendo calma.

—No, no me doy cuenta.

— ¡Sé que te das cuenta! —alegó Alicia.

—Entonces, si lo sabes, me has hecho otra pregunta ociosa —fue la réplica del sapo.

Alicia estaba cansada. "Es un animalejo tonto", pensó, y volviéndose bruscamente, quiso alejarse del lugar. Pero la criatura la alcanzó de un vuelo.

—No permitiré que te vayas así y digas después que no he querido ayudarte. Y pues que deseas conocer mi peso, te lo diré.

Alicia lo miró sin comprender.

—Yo no te pregunté el peso —le dijo.

—Ni yo he dicho que me lo hayas preguntado.

—Entonces, ¿por qué vuelves a decírmelo? —protestó Alicia.

—Bueno, porque no te lo había dicho antes.

Alicia vio que las cosas empezaban de nuevo y que el terco animalucho iba a hacerle perder toda la tarde. Le dijo entonces con tono autoritario, de persona tímida:

—Dímelo, pues, de una vez; ya quiero irme.

—Poco a poco, *mademoiselle*[1], poco a poco. Es justo considerar el sabio principio de una solidaridad bien entendida: "Ayúdate, que yo te ayudaré".

—Y eso ¿qué relación tiene? —. El tono de Alicia era francamente hostil.

—¿Qué relación tiene con qué? —le replicó el volátil, extrañado.

— ¡Con tu peso, por supuesto! —le gritó ella, casi fuera de sí. Era su segundo exabrupto, pero el sapo no se inmutó, y aproximándose de un brinquito, le habló en tono paternal.

—Con mi peso no tiene nada que ver, chiquita mía, pero con tu deseo de saberlo sí, y mucho, pues el afán de conocer sólo se satisface trabajando lo que ya se sabe, es decir, apoyándose en los datos. De dato en dato, por fin se llega al pato, y no me preguntes qué pato: no te lo contestaré —concluyó diciéndole amenazadoramente.

Alicia se sintió mareada, viendo confundírsele todas las cosas. En verdad hubiera querido saber qué pato era ése, pero sólo atinó a tartamudear una frase incomprensible ante la advertencia del sapo. Pero éste pareció recordar un compromiso importante, porque se empinó como para irse y habló con rapidez:

—Si no me hubieras interrumpido, ya sabrías mi peso. Este es el dato: *yo peso un cuarto de kilo más medio sapo.*

Alicia, ya bastante aburrida, se animó de pronto con cierta curiosidad. En la escuela jugaba a menudo a los acertijos, y tenía habilidad y gusto para cosas como "si en un árbol hay diez pajaritos y un niño malo abate uno con una honda, ¿cuántos quedan en el árbol?". Pero cierto instinto le decía que este enredo del medio sapo era algo más difícil. Quizás si el sapo entero le daría algunas luces.

—¿Podrías repetírmelo? —le pidió melosamente.

---

1 En francés en el original.

—Yo digo las cosas sólo una vez, y si no has oído que peso un cuarto de kilo más medio sapo, te quedas sin saberlo—. Y al decirle esto, la miró con aire de triunfo. Parecía gozar con la perplejidad de Alicia.

—¿Te das por vencida? —le dijo al cabo de unos momentos.

Alicia notó que el batracio ardía en deseos de descifrarle el intríngulis, como si fuera nuevo para él y se luciera haciendo algo que ella no podía. Por eso mismo decidió no darle en el gusto. Además, el asunto ya le parecía claro: el sapo mismo decía que pesaba un cuarto de kilo: el medio sapo era aparte de ese cuarto, y el mencionarlo sólo servía para distraer. Así que se dio el gusto de adoptar ella también un airecillo de superioridad.

—¿Darme por vencida? —le replicó—. No hay razón para hacerlo; tú pesas un cuarto de kilo. Y eso es mucho para un sapo que trata de volar.

—Malo, malo —le contestó el animalejo, moviendo la cabeza. Se ve que no sabes manejar datos. Yo peso no sólo un cuarto de kilo, sino medio sapo más. Piensa otro poco, chiquita. Y en cuanto a si vuelo o no vuelo, vuelo.

Dicho esto, desplegó una especie de mantilla verde que le envolvía medio cuerpo y pasando sobre Alicia, se alejó por donde había venido, al tiempo que decía:

—Vuelvo mañana y hablaremos de mi peso. Ayúdate, que yo te ayudaré.

Alicia no tuvo tiempo de reaccionar y lo dejó desaparecer, bastante furiosa.

—Un cuarto de kilo más medio sapo... ¡Bah!... Y cree que yo voy a ocuparme de esa tontería.

Hizo un respingo y se puso a caminar hacia la salida del bosque, mientras iba sacando cuentas con los dedos[1].

---

1 El manuscrito tiene al pie de página la siguiente anotación fuera de texto: "Especial para Alicia Liddell, mi querida amiguita. Tú, como verdadera Alicia, no necesitas quebrarte la cabeza. El sapo pesa medio kilo. ¿Puedes explicar por qué?". (N. del T.)



VI

LA CASA DE LOS SIETE COLORES

ESTO LE SUCEDIO A Alicia el mismo día de su discusión con el sapo volador. El enrevesado animalejo la había fatigado y deseaba encontrarse con una criatura de mente más directa para averiguar el camino de su casa. "Ojalá no sea el gato de Cheshire", se dijo. "Es peor que el sapo". Esta reflexión la entretuvo por algún tiempo y la había abandonado, cuando a la vuelta del sendero vio desde lejos, tendido en tierra, un hombrecillo con aspecto de payaso. Al acercarse, pudo reconocer un pelele, con las piernas y los brazos abiertos, de espaldas al suelo como si estuviera clavado. El muñeco no hizo movimiento alguno, pero le dirigió una mirada tristísima, que parecía suplicar ayuda. La niña se inclinó sobre él, con ademán de levantarlo.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó.

—No me toques, me estoy secando al sol —le contestó con voz sobresaltada y agudo timbre de pito.

—Ya lo veo —consintió Alicia, al observar una tenue niebla de vaho en torno al cuerpo del muñeco—. ¿Cómo te mojaste?

—Traté de ahogarme en la laguna y no pude; quedé flotando.

— ¡Qué torpeza! —le reprochó severamente Alicia.

—La próxima vez lo haré mejor —se excusó el pelele—; voy a ponerme unas botas de plomo. ¡Por favor, no me retes!

—No me refiero a eso, sino al intento de ahogarte.

—Fue por falta de valor para prenderme fuego —replicó el suicida.

Alicia se impacientó.

—Tampoco es eso —le dijo—. Te reprocho el intento de quitarte la vida. ¡A quién se le ocurre!

El muñeco cerró los ojos. Hizo un esfuerzo para sentarse, dando señales de hallarse avergonzado. Alicia lo ayudó a pararse del todo, aunque, por lo húmedo, le flaqueaban la cintura y las piernas, y debió sostenerlo por un rato.

—Ahora veamos tu historia —le pidió, notando ya en él algunas indicaciones de firmeza.

El pelele suspiró y agitó los brazos.

—Mis problemas comenzaron hace tiempo, cuando me casé. Sólo entonces vine a saber que mi mujer era astróloga.

—¿Y qué es eso? —le preguntó Alicia.

—Es una persona que le hace caso a las estrellas.

Alicia se rio de buenas ganas. ("¡Qué ocurrencias tiene este muñeco!", pensó).

—¿Y cómo entiende a las estrellas, si no hablan? —le preguntó, en tono de chanza.

—Sí hablan, aunque despacito, y mi mujer las oye —contestó el pelele, suspirando de nuevo.

—Eso es una tontería —protestó Alicia, poniéndose seria.

—De todas maneras, mi mujer se las arregla, adivinándoles el pensamiento.

—No hay nada que adivinar —insistió Alicia, en tono vehemente.

Siempre se impacientaba cuando alguien no veía las cosas con la claridad de ella. Y agregó:

—Las estrellas no piensan. Sólo son bolas de fuego, que echan llamas y chispas. (Iba a agregar "y humo", pero tuvo algunas dudas. ¿Echarían humo las estrellas?).

—Yo también lo he leído —aclaró el pelele—. Esas son las estrellas más lejanas: están situadas al otro lado del cielo, y no se pueden ver. En cambio, las que nosotros contemplamos son ideas luminosas y luciérnagas pensantes.

Por lo visto, el pelele era de largo aliento. Alicia estimó conveniente no darle cuerda y dejarlo seguir su historia.

—Mejor sigue contándome —le dijo—. ¿Qué pasó con tu mujer?

El muñeco tembló y le vibraron las tablillas de las manos y los pies.

—Me ha echado de la casa y no puedo volver hasta después de cortarme una pierna o un brazo, totalmente de raíz —le explicó compungido, señalándose un hombro y una de las caderas.

La seriedad de Alicia se transformó bruscamente y, entre risillas y risas, lo reprendió por tomar las bromas de esa manera.

—No, no es broma, es una orden. Mi mujer es una muñeca muy seria.

—¿Y por qué desea cortarte un brazo o una pierna?

—Porque entre ella y yo hacemos ocho extremidades, y deben ser siete o múltiplo de siete.

Alicia pestañeó, tratando de comprender, algo contagiada ya por la desesperación del muñeco.

—Explícame más —le dijo—. Tu historia no es clara.

—Sí, te explicaré. Múltiplo de siete es todo número que dividido por siete da un resultado entero.

—¡Eso lo sé, por supuesto! —reclamó la pequeña, realmente ofendida.

—Entonces, ¿qué debo explicarte?

—Lo de las siete extremidades.

—Ahí es donde yo me pierdo —gimoteó el pelele—. Sólo sé por mi mujer que, según las estrellas, para ser feliz debemos buscar siempre el siete, porque la semana tiene siete días y en los buenos tiempos había sólo siete sabios.

("Qué buenos tiempos", pensó Alicia. "Con sólo siete sabios y siete teorías para aprender en la escuela").

—Sin embargo —repuso en alta voz— muchas cosas no son siete; por ejemplo, nadie tiene siete dientes.

—Mi mujer y yo tenemos siete —arguyó él, y como demostración abrió la boca, feamente desdentada.

—Y los dos ojos; ¿no son dos tus ojos? No me dirás que tu mujer tiene siete.

Alicia dijo esto con aire triunfal, no porque estuviera realmente interesada en la discusión, sino porque deseaba ayudar al pobrecito cabeza de palo, que sufría por creer y no querer creer en esos misterios. El intento fue vano, porque el pelele repuso, descorazonado:

—Los dos ojos son sólo dos de las siete ventanas de la cabeza, que

se completan con la boca, los oídos y las aberturas de la nariz. También me lo enseñó mi mujer.

Alicia se sintió incómoda. Hasta entonces no se había fijado en las siete ventanas de su cabeza. En todo caso, había otros problemas: el año tiene doce meses; lo mismo la docena con sus doce cosas, y no siete ni catorce. ("¿Porqué tendrá doce cosas la docena?"). Los apóstoles tampoco eran siete. Un suspiro del pelele la sacó de sus cavilaciones.

— ¡Ay! —decía—, ¿qué voy a hacer ahora?

La muchacha consideró que la situación no era quizás tan desesperada. Lo mejor sería ir a la casa de su amigo a ver las cosas por sí misma. Al fin y al cabo, ella nunca había encontrado grandes dificultades en manejar a sus muñecas, y tal vez ésta no sería con ella demasiado testaruda. Pero el marido fue de otra opinión, retrocediendo asustado ante la idea de volver con sus piernas y brazos intactos.

—Va a ser peor —le dijo entre lágrimas—; al llegar tú, en vez de ocho, vamos a tener doce extremidades, y entonces no sobrará una, sino cinco.

—Es cierto —aprobó Alicia— pero si no vamos, tu mujer no podrá completar las cuatro de ella y saldrá a buscarte.

El argumento resultó eficaz, y en un instante se pusieron en camino.

La casa no estaba lejos. Cuando al cabo de unos minutos apareció en un recodo, Alicia observó que era poco más alta que ella, cosa digna de tomarse en cuenta como augurio de una aventura realmente seria y no de un simple juego de muñecas.

— ¡Oh, la linda casita! —exclamó, batiendo palmas—. ¡Tiene varios colores!

—Son los siete colores del arcoiris —le explicó el muñeco, entristecido.

La niña los contó. Estaban alternados en franjas verticales, como en los caramelos. Le fue fácil reconocerlos, y eso la alegró, porque nunca lo había conseguido mirando al arcoiris mismo. Más notable le pareció todavía ver una casa con tantas puertas y ventanas. Dando vueltas en torno, contó también siete de cada una, aunque sólo una puerta y una ventana estaban abiertas.

—Es la puerta de hoy miércoles —le dijo el pelele, cada vez más

acongojado—. Mañana estará cerrada —agregó, casi llorando— y se abrirá la del jueves. Lo mismo sucede con las ventanas.

También llamó la atención de Alicia el ver pintada con gruesas letras sobre el dintel de cada puerta, una palabra incomprensible. Sobre la puerta de turno se leía:

RECTIFICANDO

—Y eso, ¿qué significa? —preguntó.

—Son siete palabras antiguas —contestó el monigote, casi mecánicamente, como si estuviera en un examen— y deben leerse a partir de la puerta del domingo.

Alicia caminó en torno a la casa y pudo leer, en efecto:

VISITA INTERIORE TERRAE
RECTIFICANDO INVENIES
OCCULTUM LAPIDEM.

—Sí, son siete palabras y parecen antiguas —comentó—; me gustaría saber qué dicen.

—Es el secreto de cierta piedra, cuyo nombre siempre se me olvida.

En ese momento asomó por la ventana abierta en el segundo piso una muñeca carirredonda, de pestañas largas y mejillas con colorete. Alicia le hizo una graciosa reverencia, segura de conquistarla. Pero la criatura dio un respingo y gritó con enojo:

—¡Rectificando!

Un instante después había desaparecido de la ventana. Alicia se sintió turbada y miró a su amigo, esperando alguna explicación de su parte. En verdad, ésta fue bastante oscura.

—Hoy es miércoles, y si uno se equivoca en sus actos, mi mujer grita "¡Rectificando!", lo cual tiene un efecto paralizante. Tal vez tú no debías haberle hecho esa reverencia.

—Ojalá en su casa sea más cortés —se dijo Alicia para reconfortarse.

Pero su esperanza duró poco, porque la dueña de casa ni siquiera tuvo la gentileza de bajar a recibirla, lo cual le permitió distraerse, mirando a su alrededor. Estaba en una sala que no podía sino pertenecer a una casa de muñecas, aunque tenía algunas rarezas.

Fuera de las siete puertas por donde se entraba, había siete más, todas de distinto color.

—¿Para qué tantas? —le preguntó al muñeco, en voz baja.

—También deben ser siete —le contestó aquél, en voz más baja todavía, como quien revela un secreto horrible—. Pero son sólo puertas —le agregó—: no llevan a ninguna habitación.

Alicia le iba a hacer otras preguntas, cuando observó la escalera que debería conducir al segundo piso: estaba cortada y sólo alcanzaba hasta la mitad de su recorrido en espiral. Sobre su último peldaño colgaba una soga con varios nudos, que bajaba del piso superior a través de una abertura del techo.

—¿Qué le pasó a la escalera? —inquirió Alicia.

—Es así —le contestó el pepele—. Tiene siete peldaños justos.

—Entonces no sirve para subir —le objetó Alicia.

—¡Ay!, si no sirviera sería mucho mejor; así yo no tendría que subirla siete veces al día.

—¿Y cómo subes?

—Por los peldaños hasta el cordel y por el cordel con sus siete nudos, hasta el segundo piso.

Alicia se rio, esta vez con ganas.

—¡Eso sí debe ser entretenido! —exclamó.

Pero la voz de la muñeca la hizo ponerse seria.

—¡Rectificando! —gritó desde arriba, y comenzó a bajar por el cordel, tal como Alicia lo había visto en los circos. Agil como una mona, se posó en el último peldaño y, cambiando bruscamente de maneras, descendió los restantes con solemnidad de reina.

La muchachita estuvo a punto de reírse una vez más, pero se contuvo.

—¡Rectificando! —volvió a exclamar la muñeca, mirando duramente a Alicia, la cual estimó haber soportado ya bastantes impertinencias de esa fantoche de madera y trapos, y le dijo:

—Explícame ahora qué quieres decir, porque no te entiendo.

La muñeca la observó con desdén.

—Por lo visto, ignoras la fórmula de la piedra filosofal.

Alicia no supo si debía sentirse avergonzada, porque no sólo desconocía la fórmula, sino tampoco recordaba la piedra. ¿Qué piedra sería ésa? Tal vez era una de las piedras preciosas, aunque ella sólo se

acordaba de los diamantes, los rubíes, las aguas marinas, el ónix y las turquesas.

La dueña de casa interrumpió este examen de conciencia con una segunda acusación:

—Tampoco sabes que esa fórmula contiene un nombre prodigioso.

Alicia comenzó a interesarse.

—¿Prodigioso? ¡Dígamelo, señora!

La astróloga pestañeó con un ligero "clic" metálico. Sin duda le había gustado eso de "señora", porque miró a Alicia más amablemente y le contestó como de maestra a discípula:

—Vitriol.

La muchachita quedó desencantada: en verdad, esa palabra no parecía prodigiosa. De todas maneras, disimuló su decepción.

—¿Y quién es vitriol, señora?

El nuevo halago también surtió efecto en la anfitriona, ayudándola a contener su molestia. ¿Cómo era posible preguntar *quién* es vitriol y no *qué* es vitriol? Además, era mucha ignorancia desconocer en el vitriol una de esas cosas que se nombran, pero no se necesita saber qué son ni cómo son, porque la gracia está en el nombre y no en la cosa. Esta pobre niña debería recibir alguna instrucción. Por eso le dijo:

—El secreto del vitriol rodea esta casa y lo tuviste bajo tus ojos cuanto te acercaste a curiosear.

La muñeca dijo esta frase con los ojos cerrados y en voz baja. Alicia no atinó a hablar, pensando que su anfitriona se iba a quedar dormida, y ya se disponía a sostenerla en sus brazos, cuando, con un nuevo "clic" metálico, levantó los párpados, mirándola interrogativamente.

—¿Qué me dices? —le preguntó.

—Que al aproximarme a esta casa no descubrí ningún secreto.

La muñeca pareció acordarse de algo y se volvió hacia el pelele, parado tímidamente junto a la puerta abierta.

—¿Qué haces ahí? —le gritó—. ¡Cómo quisieras saber el secreto!, ¿no? ¡Fuera! ¡Y no vuelvas sin haberte sacado un brazo! —. El muñeco obedeció, mirando a Alicia compungido.

—Ahora, niña, fíjate bien —dijo la muñeca—. La fórmula dice "rectificando", palabra que está sobre la puerta de los miércoles,

aunque en la principal, por ser metamágica y aplicarse al manejo de la propia fórmula que la contiene. ¿Has entendido?

Alicia no se atrevió a confesar la verdad.

—Sí —le dijo— y me gustaría saber más.

La anfitriona la observó misteriosamente, y dio paso a una exclamación de júbilo.

—¡Ah, te envían las estrellas para ser mi discípula! Escucha bien: el secreto verdadero está en "rectificando", que ennoblece el significado profano de "obrar rectamente". Y, para obrar así, has de tomar la primera letra de cada una de las siete palabras y aparece el vitriol.

—¡Oh!

Alicia no se atrevió a decir otra cosa. La muñeca miró hacia la puerta con desconfianza y, acercándose a la niña, le susurró al oído:

—Y en seguida practicas las instrucciones que dicen: "Visita el interior de la tierra y obrando rectamente descubrirás la piedra oculta".

—¿Pero cómo? —inquirió Alicia, otra vez llena de interés.

—Ya lo sabes: ¡rectificando! —dijo la muñeca y salió.

Era indudable que con ello acababa la lección y no podía preguntarse más. Pero Alicia no tuvo tiempo de considerar esta situación, que la dejaba en ayunas, porque casi inmediatamente oyó chillar al pelele y la voz de su mujer, que le gritaba:

—¡Yo misma voy a sacarte el brazo!

Y había comenzado a hacerlo, en efecto, cuando aparecieron ambos en la puerta. El muñeco se sujetaba un poco de paja que salía por una rotura del hombro.

—¡Mira, mira! —le dijo a Alicia, como si agonizara.

La muchacha sintió mucha pena y enojo, pero ni sus protestas ni sus ruegos consiguieron nada. La muñeca se aferraba al brazo de su marido, intentando zafárselo, y él lo sujetaba con la otra mano, tirando para su lado.

—¡Rectificando! —gritó de pronto Alicia, en el colmo de su indignación.

La muñeca soltó su presa y miró a Alicia bastante asustada.

—No debieras haber dicho eso —le reprochó—. Lo has echado todo a perder. Ahora este holgazán no va a querer sacarse el brazo.

—Tonterías —respondió Alicia, aún bastante amoscada.

—No son tonterías: la palabra es más que mágica, es metamágica.

—Me refiero a la idea de sacarle el brazo a tu marido; es una ocurrencia ridícula —replicó Alicia.

—En esta casa no puede haber más de siete extremidades o habremos de soportar siete calamidades y, por lo visto, tú eres la primera —dijo la muñeca.

—La única calamidad es el número siete —refutó la muchacha. Indudablemente se sentía ahora con cierta fortaleza después de haber paralogizado a la astróloga. Pero ésta se hallaba furiosa.

— ¡Mereces las siete plagas de Egipto —le gritó— y caerán sobre ti como los Siete sobre Tebas!

Alicia comenzó a asustarse. Sospechaba que el número siete podría ser verdaderamente terrible. Por fortuna, en ese momento recordó a su padre cuando decía que contra siete vicios había siete virtudes. Quizás valía la pena estudiarlo un poco. Como la muñeca parecía haberse calmado, se atrevió a preguntarle:

—¿Qué de especial tiene el número siete?

La respuesta fue displicente:

— ¡Vaya pregunta boba! Todos los números son tributarios de siete!

—No lo son —se atrevió a protestar la indócil discípula.

—¿No, ah? A ver, propónme un número cualquiera.

—Uno —dijo Alicia.

—Agrégale seis y tienes siete —le demostró la muñeca.

—Pero eso no puede ser de otra manera —refutó Alicia.

—Por supuesto, no puede ser de otra manera. ¡Afortunadamente lo has comprendido! ¡Dame otro número!

—Un millón —dijo Alicia, un tanto desafiante.

—Quítale novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y cuatro y tienes siete —contestó la astróloga[1].

Alicia no se dio por vencida.

---

1 Así dice el manuscrito. Es indudable que Carroll sacó mal sus cuentas o incurrió en un *lapsus*. Una operación aritmética simple demuestra que 1.000.000 menos 999.994 = 6. Si el argumento de la muñeca ha de tener validez —y vaya si lo tiene— debe restarse 999.993. Este sustraendo posee, además, otra formidable propiedad demostrativa, en la cual el autor parece no haber reparado: la suma de los tres últimos dígitos da veintiuno, múltiplo de siete. A lo cual puede agregarse, dando mayor fuerza a las razones de la muñeca, que un millón es también una cifra con siete dígitos. Alicia misma no habría dejado de admirar la misteriosa unidad de las relaciones así generadas: a un número de siete dígitos se le resta otro cuyos tres dígitos finales suman un múltiplo de siete, y el resultado que se obtiene es precisamente siete. Un verdadero prodigio (N. del T.).

—Eso no tiene gracia —alegó—. Lo mismo pasa con todos los números.

—¿De dónde sacas ese disparate? —le espetó la muñeca.

—Te lo puedo demostrar —amenazó Alicia—. Ahora tú propones un número.

—Veinte —le respondió la otra.

—Quítale quince y quedan cinco.

—... ¿Cinco... y qué hay con eso? —reclamó la muñeca.

—Demuestra que todos los números llevan al número que uno se proponga y no solamente al siete —arguyó Alicia.

—Pero esos otros números no son el siete, que es lo maravilloso —exclamó su contendora.

Alicia tuvo la sensación de haber sido encerrada en una jaula y hasta creyó que iba a agitar los brazos como para aletear, a la manera de los pájaros cuando caen en la trampa. No sabía qué decir, sabiendo, sin embargo, que se podía decir mucho frente al intríngulis a donde la había conducido su anfitriona. En ello comenzaba a pensar, cuando ésta le salió con un nuevo argumento.

—¿Y acaso no sabes —le dijo— que la multiplicación sucesiva de los diez primeros números (fíjate bien: los números comprendidos desde el fundamental uno hasta el no menos fundamental 10) da un múltiplo de siete, que tiene siete cifras, cuya suma, a su vez, termina en siete?

La pequeña no lo sabía, por supuesto, y se sintió abrumada[1]. Se dio cuenta, además, que la muñeca le había ganado la discusión, sin tener por qué, pues no había demostrado ninguna maravilla del número siete. Sin embargo, a juzgar por la conclusión, se trataba de

1 Es de suponer —aunque Carroll no lo advierte— que Alicia ignoraba también otra maravilla. Es sorprendente que el *admirable* de 10 (o lo que los matemáticos llaman insípidamente el "factorial" de 10, es decir: 10! = 1 x 2 x 3 x 4 x 5 x 6 x 7 x 8 x 9 x 10) sea 3.628.800, múltiplo de 7, con 7 dígitos, cuya suma termina en 7. Pero no lo es menos que el *supradmirable* de 7 (para el cual los matemáticos, por no haberlo estudiado, carecen de nombre), es decir, el producto sucesivo de los siete enteros a partir del 7 en la dirección ascendente de la escala natural, sea también un número de siete cifras que es múltiplo de 7. En efecto, 7!! = 7 x 8 x 9 x 10 x 11 x 12 x 13 da 8.648.640. Y, claro, tan sorprendente como ello, es que la suma de estas cifras *no* termine en siete.
Llama la atención de Lewis Carroll, instructor de matemáticas en el Christ Church College at Oxford, y autor de numerosos estudios de esta ciencia, no enriqueciera el formidable alegato de su personaje con estas razones. Tal vez lo hizo para no presumir ante sus lectores (N. del T.).

un número estupendo. ¿Qué pasaba entonces? Con seguridad había sido burlada, y esto se le hacía intolerable. Su amor propio igualaba su amor por lo verdadero. Ya era terrible su exclusión recíproca, como sucedía cuando ella se daba cuenta de sus errores. Pero era aún peor que ambos salieran tan mal parados, sin compensación del sacrificio de uno por el triunfo del otro. Se hacía pues, indispensable poner término a esta embarazosa situación. Por suerte, la dueña de casa tomó la iniciativa.

—Ahora vete —le ordenó—. No pienso ofrecerte una taza de té.

Alicia no lo esperaba ni lo deseaba, y, al contrario, fue un alivio no verse obligada a tomar ella la decisión de una despedida descortés. Así y todo, era intolerable que la hubiera tomado la muñeca. Ya iba a reprochárselo, cuando ésta se le adelantó, gritándole "¡Rectificando!". Por primera vez Alicia notó que esta palabra tenía también efecto mágico sobre ella. No sólo la oyó: la vio también surgir ante sus ojos sin cuerpo visible, sin forma de palabra, como algo denso, misterioso y necesario. Esta no era para ella una experiencia del todo nueva. Recordaba otras palabras de efecto parecido. Por ejemplo, "concupiscencia" y "magnificencia", raros términos que le escuchaba a menudo al pastor de su iglesia. Pero ahora experimentaba un efecto paralizante, una especie de sopor, y se dio cuenta que, sin hacerlo ella misma, salía de la casa y se alejaba rápidamente, como si la empujara el aire inmóvil.

El efecto pasó a los pocos momentos, cuando estaba ya a alguna distancia, desde la que apenas se divisaba la casa de los siete colores. Por allí apareció otra vez el pelele, como si la estuviera esperando.

—Quiero irme contigo —le dijo, suplicante.

Sin embargo, Alicia no se conmovió, estimando que la idea no era buena. Desde luego, la muñeca podría venir tras ellos. Además, ¿cómo iba a arreglárselas con un muñeco tan desvalido? Sería el hazmerreír de sus amigas, cuyos muñecos y muñecas eran estupendos, todos de loza y firme personalidad. En cambio, se le ocurrió una idea mejor, que comunicó a su amigo con palabras y gestos de gran intención persuasiva.

—Es bueno —le explicó— que tu mujer se acueste a las siete, pues así nos servirá la última luz del día.

El pelele la miró con atención, aunque demostraba no entender el

asunto. Alicia reparó entonces que había comenzado su explicación con la frase donde debía terminarla. "Curioso", se dijo: "el pensamiento nace como centella en la cabeza de uno, pero se mueve como tortuga al transmitirse a otra cabeza. Con razón me cuesta tanto aprender en la escuela las ideas de los grandes hombres, y a menudo me sirven mucho más las mías".

El muñeco movió la vista en tanto ella cavilaba, como si se hubieran hecho visibles las volteretas de tanta ocurrencia confusa.

—Vamos a ver —le dijo, por fin, Alicia—; pensemos las cosas de esta manera. Tú y tu mujer sois esclavos del número siete. Así, pues, voy a ayudaros a libertarse.

—¿Y para qué? —inquirió el pelele.

Esta pregunta fue una sorpresa. Ella esperaba las preguntas "¿cuándo?" o "¿de qué manera?". Eso iba a explicarle, precisamente, pero ¿cómo respondería a la pregunta "para qué"?

—No sé —le dijo—; y no se necesita saberlo.

—Entonces no hagas nada —fue la respuesta.

Por un instante, Alicia halló razón al fantoche, pero se acordó de los canarios a quienes ella había abierto la jaula cuantas veces pudo. Ninguno le había preguntado "para qué": simplemente habían salido volando. Ellos seguramente podrían explicarle las cosas al muñeco. A riesgo de hacer la situación más complicada, prefirió no decírselo y optó por seguir adelante.

—Mira —le sugirió— podríamos jugar a lavar tu casa por fuera.

—¿Para qué? —le preguntó otra vez el pelele, cuyo sentido práctico parecía haberse agudizado.

Con igual sentido práctico, Alicia estimó que ahora sí se justificaba la pregunta, pues ella tenía una respuesta.

—Por jugar —le contestó.

—Juguemos entonces —decidió el muñeco con entusiasmo y corrió en busca de agua.

La idea era sencilla: lavarían las murallas de siete colores y las siete palabras sobre los dinteles. "Eso", pensó ella, "será como sacar el enrejado de una jaula". Las franjas de siete colores y el círculo heptalégico le sugerían la idea de una reja que aprisionaba la casa.

El muñeco venía ciertamente dispuesto a jugar cuando regresó con el agua.

— ¡Abajo el siete! —le dijo Alicia.
— ¡Abajo! —coreó el monigote.

Y partieron hacia la casa, mientras decían, cantando cada vez más despacito:

Alicia: A lavar, a lavar
que el mar ya se va a secar
Pelele: A barrer, a barrer
que el cielo se va a caer.
Alicia: A pulir, a pulir
que el sol se va a consumir.
Pelele: Como ya no queda amor
está de sobra el color.
Alicia: Y terminando con ur
digamos ¡abur!, ¡abur!

Al llegar a la casa, se dispusieron a la tarea, menos alegremente el muñeco que la muchacha, pero con igual denuedo.

—Tú hacia allá y yo por acá —ordenó la niña—. Nos encontraremos al otro lado. Pero no borres la fórmula mágica. Quiero aprenderla de memoria.

A los pocos momentos se habían separado. Las barras de color iban desapareciendo y Alicia oía al muñeco cantar bajito, en tanto pasaba y repasaba su esponja mojada:

Como ya no queda amor,
está de sobra el color.

Cuando volvieron a verse al otro lado, el pelele avanzaba con rapidez y, al llegar a medio camino, lavando una última franja, se detuvo y esperó a Alicia, que hubo de borrar todavía otras dos. Y acabando la tarea, cantaron a dúo:

Y terminando con ur
digamos ¡abur!, ¡abur!

Ahora la casa se veía extraña. Los colores habían desaparecido y,

en su lugar, se extendía, parejo sobre los muros, un tinte opaco, inerte, más bien pensado que percibido por el ojo. Alicia, dando vuelta en torno, notó algo de gaseoso adherido a las paredes. Solo conservaban su antiguo aspecto las letras pintadas encima de las puertas. Al fijarse en la leyenda una vez más, vio cuánta dificultad habría en la tarea de aprenderla.

—De todas maneras se me va a olvidar —dijo en voz alta—. Y lo que uno va a olvidar, es mejor no aprenderlo, para no cargar el olvido con cosas innecesarias.

—¿Por qué ibas a aprender eso? —le preguntó el pelele.

—Son palabras mágicas para buscar una piedra oculta, muy bonita, y hacer una sustancia llamada vitriol. Entonces, uno puede visitar el interior de la tierra.

El muñeco la miró alelado.

—¿Tú también eres astróloga? —le dijo.

Alicia se sintió avergonzada y su reacción fue de protesta.

—No, no soy. Esto no tiene relación con las estrellas, sino con las palabras.

—Yo prefiero las estrellas —dijo el muñeco.

—Las estrellas están muy lejos y, además, no las hacemos nosotros, como a las palabras —arguyó la niña.

—Por eso mismo son mejores las estrellas —insistió el otro.

A Alicia no le pareció bien recibir estas lecciones de un simple monigote, pero éste no le dio tiempo de poner las cosas en su lugar.

—¡Mira! —exclamó—. ¡La casa no tiene puertas ni ventanas: todas han desaparecido!

En efecto, la casa parecía un simple cubo, un cubo gris, aunque no de piedra, sino de humo compacto.

—Sí —dijo ella— se ve muy rara pero las puertas y ventanas deben estar donde estaban. Ahora no se notan, porque todo tiene el mismo color. Es como en la noche, cuando las cosas no se ven, porque todas se ponen negras.

—Entonces, a pintar de nuevo —sugirió el muñeco.

—No —respondió tercamente Alicia—. Si son ventanas y puertas, se verán cuando las abran. Además, no tenemos tiempo. Ayúdame a subir un poco para borrar la leyenda. Y trepó sobre los hombros

del pelele, que no se dobló, como ella lo temía, al pisarle sus hombros blanduchos.

— ¡Qué gracioso! —comentó Alicia, apenas empezó a lavar la primera palabra—. ¡Estas letras no son sólidas! ¡Están pintadas en el aire! ¡Son de humo!

En efecto, las letras bailoteaban, se mezclaban entre sí y se hacían brumosas, hasta disiparse por completo apenas las tocaba. Así llegaron a la última palabra. Alicia la miró con curiosidad.

—"Rectificando" —leyó en voz alta.

Por supuesto, el efecto fue inmediato, aunque ella no lo esperaba. Los vagos contornos de la casa se esfumaron, confundiéndose con las sombras crepusculares, que habían comenzado a espesar. Ella misma se sintió flotar en el aire y descender suavemente, como un globo al desinflarse poco a poco. El suceso fue tan tranquilo como inesperado. Sin siquiera darse cuenta de algún posible cambio de situación, se halló sentada en una piedra del camino, con el pelele a su lado, que le decía:

—Así acabó mi sueño, porque cuando tú dijiste "rectificando", desperté y me encontré contigo y me asusté mucho, porque eras la misma con quien yo estaba soñando.

Alicia lo miró desconcertada, pero se repuso.

—Supongo que no vamos a ponernos a jugar ahora, cuando debemos pintar tu casa de nuevo —le dijo.

Esta vez fue el pelele el asombrado.

—El sueño ya se terminó —suspiró, con aire de experimentar un gran alivio.

—¿Qué sueño? —preguntó Alicia—. No hemos dormido en todo el día, desde que te presté ayuda a la salida de la laguna.

—Eso es lo que yo acababa de soñar cuando apareciste. He estado contándotelo todo este tiempo.

—¿Cuándo fue eso? —inquirió ella, comenzando a sentirse confusa.

—Cuando me despertaste, aquí mismo, no hace mucho rato. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque te has vuelto loco —le reprochó la niña—. Cuando te encontré, tú no dormías y sólo me contaste que querías morir, porque tu mujer iba a arrancarte un brazo...

—¿No ves? —la interrumpió el pelele—: así empezó el sueño que acabo de contarte.

—Pero me contaste sólo eso y fuimos después juntos a tu casa y hablé con tu mujer y lavé después las paredes contigo.

—Claro —dijo el muñeco con aire de triunfo—. Eso lo soñé y te lo narré hasta el final. Nosotros no fuimos a ninguna parte, porque hemos estado todo el tiempo aquí, escuchando tú y hablando yo.

Alicia pensó que el bellaco mantenía el ánimo juguetón de hacía unos momentos, pero no estaba dispuesta a seguirlo. Siempre la habían aburrido las bromas prolongadas mucho tiempo. Además, ella misma comenzaba a tomar la situación en serio, dudando de sus propios recuerdos, cosa alarmante.

—No me gusta tu broma —le dijo severamente— sobre todo porque desapareció tu mujer y puede estar en peligro.

El muñeco la miró también con aire grave que asustó a la muchacha, precisamente por tratarse de un muñeco.

—Yo también podría quejarme de tu broma —le dijo éste—. Te repito, no hay muñeca ni casa que buscar. La casa de los siete colores estaba en el sueño y desapareció en el sueño. Para ir a buscarla, sería necesario soñar de nuevo. Si insistes, trataré de hacerlo, pero si no la encontramos, va a ser un sueño perdido. Además, tengo miedo de volver a soñar con esa muñeca horrible.

Alicia decidió poner las cosas en orden con un poco de paciencia.

—Algo te ha sucedido y debes reflexionar —le dijo maternalmente—. Fíjate bien: tú dices haber soñado el encuentro conmigo y todo cuanto sucedió en tu casa.

—Sí —contestó el pelele, pareciendo sincero.

—¿Y cómo puedes haber soñado conmigo si no nos conocíamos antes de dormirte?

—No me lo explico —respondió el pelele.

—Menos podrás explicarte la coincidencia de haber aparecido yo justo cuando terminabas de soñar conmigo, como si hubiera saltado fuera de tu sueño.

La cara del muñeco se iluminó.

—Esa es la explicación —dijo—. Tú saliste del sueño y ahora se te ha olvidado. Por eso me escuchaste toda la historia.

—¡Cabeza de muñeco! —le gritó Alicia, agotada su paciencia—. ¿Cómo puedes creer algo tan complicado?

—Es más complicado creer que mi sueño sucedió en realidad —se defendió el pelele, con naturalidad un tanto ofensiva para la inteligencia de la muchacha.

—¡No! —replicó ésta, todavía sulfurada—. Esas cosas eran reales, como tú y yo en este momento.

—¿No ves que eso es más complicado? Si pasaron esas cosas y no suceden ahora, ¿de dónde sacas que eran como nosotros en este momento?

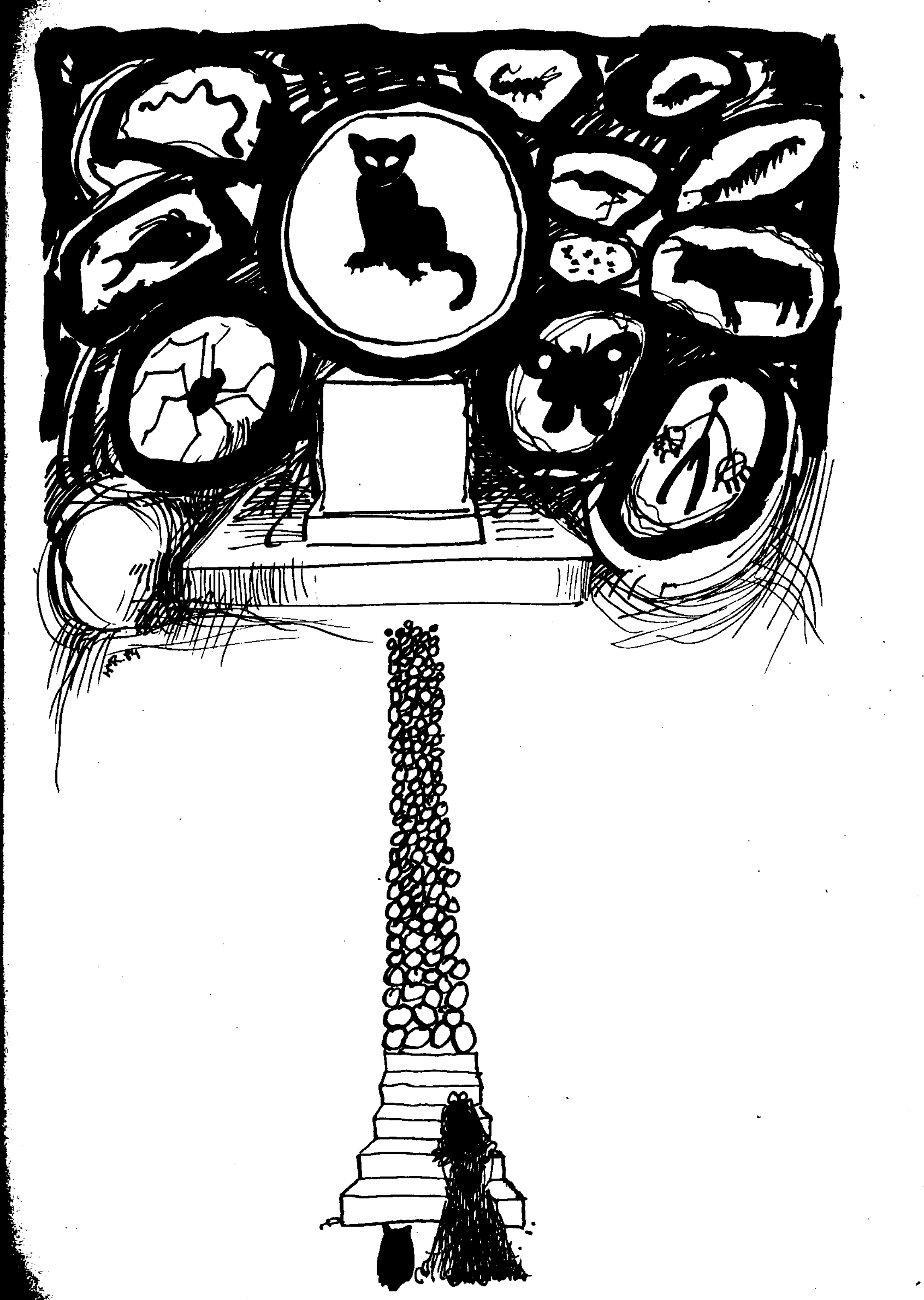
Alicia desfallecía. Todo eso era absurdo. Ella se acordaba muy bien de cada cosa, pero el pelele había logrado turbarla en la discusión, al punto de hacerla admitir la posibilidad de que pudiera tener razón. Ella misma, por su parte, no hallaba nuevas razones en su favor, amén de la molestia de callar ante un muñeco y comprobar que era un desagradecido. Estaba a punto de llorar, mas no fue necesario.

Repentinamente se puso a llover y el muñeco la tomó de la mano, diciéndole: "¡Corramos, refugiémonos en esa casa!". Alicia lo siguió sin ver refugio alguno, pero casi al momento se encontraron ante la casa de siete colores, que brillaba como el arcoiris. Se abrió la puerta y apareció la muñeca, quien, con cara risueña les dijo:

—Pasen, los estaba esperando. Acabo de encender el fuego.

Alicia miró asustada en torno suyo. En la chimenea ardían siete grandes carbones. El pelele se volvió hacia ella y guiñándole un ojo, le susurró:

—¿Ves como yo tenía razón? Otra vez me he puesto a soñar contigo.



VII

ANIMAL DE PRECISION

SIEMPRE RECORDARIA ALICIA la conferencia que no entendió, pero gracias a la cual tuvo un atisbo en ciertas formas de la sabiduría, hasta entonces desconocidas para ella.

Todo se originó en su encuentro con el viejo búho.

Aquella tarde había conseguido ponerse por algunas horas fuera del alcance de la Reina de Corazones y su cortejo de naipes, y pensaba por qué los Reyes de Baraja eran siempre feos. Hasta se había puesto a imaginar unas cartas con donceles, guerreros helenos y tímidas princesas. Pero el búho la sacó abruptamente de sus cavilaciones y, por contraste, la nueva baraja le pareció aburrida.

El animalejo había aleteado fuertemente, como para llamar la atención, yendo a posarse, sin más ruido e inmóvil, en una rama cerca de ella. La miraba con fuerza y fijeza y Alicia creyó oírle decir cosas terribles, que no se escuchaban. Ella lo miró también, imitando su inmovilidad y silencio, sólo para verificar que era inútil, pues cuanto podría decirle sería mejor dicho con palabras. No obstante, permaneció en esa actitud por algún rato. Bien pudiera tratarse de un pajarraco sin sesos, ante el cual ella podía ser igualmente testaruda. Pero el ave no se inmutó y Alicia llegó a suponer que ya no estaba viva y había muerto allí, parada en una rama y con los ojos abiertos. Tam-

bién se dio cuenta, aunque más a disgusto, que había perdido el desafío y debería hablarle ella primero.

—¿Por qué me miras tanto? —le preguntó.

El búho hundió imperceptiblemente la cabeza en su collar de plumas y Alicia casi vio girar en torno a sus ojos los círculos amarillos que los rodeaban.

—¿De dónde sacas que estoy mirándote? —le dijo con voz displicente, al cabo de unos segundos.

—Porque te estoy viendo —replicó Alicia, sorprendida de tan ociosa pregunta.

—Entonces tú me estás mirando a mí y yo podría preguntarte lo mismo —gruñó el pájaro.

A Alicia no le impresionó esta salida de persona testaruda, e iba a decírselo, pero el ave no le dio lugar.

—Así, pues, hazte tú la pregunta, y la respuesta valdrá para la que me haces a mí.

—Pero si fueras un pájaro cortés —dijo la niña— evitarías todo enredo y me contestarías directamente.

—El enredo es tuyo y no mío —replicó el búho—. Primero, yo no soy cortés y, segundo, no veo necesidad de preguntarme por qué te estoy mirando. Si tú te lo preguntas, es cosa tuya. No abrumes al prójimo con tus problemas personales.

La admonición final fue para Alicia realmente insoportable, sobre todo porque el búho pretendía ser su prójimo. Ante ello, temió lo peor, pues nada era imposible en esta tierra de maravillas por donde andaba. Se tocó la cara con disimulo y se miró el vestido. Pero no, no estaba cubierta de plumas y, por tanto, no se había convertido en lechuza. Era un alivio, sin duda, pero el avechucho aún la incomodaba con su mirada fija y su aire taciturno.

Alicia recordó que era el pájaro de la sabiduría, compañero de Palas Atenea. "Vaya gustos de la diosa", pensó. "El señor Dodgson sabrá explicarme por qué a esa dama le gustaba una criatura tan rara, que sale a cazar de noche. ¿Puede ser tan terrible y nocturnal la sabiduría? Y si es así, ¿por qué en la escuela se empeñan en que yo sea sabia?".

Pero el búho interrumpió sus pensamientos.

—¡Uh, uh! —dijo, casi sin emitir sonido alguno.

—¿Qué? —preguntó Alicia, segura de no haber oído bien.

—¡Uh, uh! —repitió el búho.

—Y eso, ¿qué quiere decir? —insistió la muchacha.

—Lo mismo que cualquier otra cosa; por ejemplo, que no te diviertes.

—Es difícil divertirse contigo —le reprochó ella.

—No lo intentes, entonces, pero sígueme y verás. Voy a escuchar una conferencia sobre la precisión. La entrada es libre y acudirán todos los animales de la comarca.

—Pero yo no quiero saber nada de la precisión —se defendió Alicia.

—Nunca quiere uno saber lo que dicen en las conferencias —explicó el búho con tono pedante—, pero va a ellas para que no deje de haberlas.

—¿Y qué importa si no las hay?

—¡Uh, uh! —volvió a repetir el ave.

—¿No sabes decir otra cosa?

—Digo sólo lo necesario. Y ahora, vamos.

Por primera vez desde su instalación en aquella rama, mostró verdadera actividad de cosa viva: estiró la cabeza y levantó el vuelo, un vuelo silencioso, como de sombra. Alicia se sintió embrujada y marchó prácticamente arrastrada por el ave, aunque a poco de seguirla fue consolándose con la idea de que no sería malo dejarse guiar por el ave de la sabiduría.

La conferencia había empezado cuando ingresaron en la sala. Era un aposento semicircular, formado entre rocas, a la entrada de una antigua osera. Aprovechando graderías naturales, el auditorio estaba distribuido del suelo al techo. Lo formaba un conjunto abigarrado de animales, que movían los ojos acá y allá, examinándose unos a otros y fijándolos sólo por casualidad en el disertante.

—¡Precisión, precisión antes que nada! —clamaba éste, cuando Alicia logró acomodarse en una piedra, entre un pequeño chimpancé y el búho, vuelto a su postura de pájaro embalsamado.

—¡Precisión, precisión antes que nada! —repitió el profesor, mirando fijamente a la recién llegada, como para hacerla aprovechar de la instrucción.

En verdad, Alicia había oído desde la primera vez, pero ni siquiera en la segunda se dio cuenta de la enseñanza. En cambio, cogió el

ritmo de la frase y por algunos segundos estuvo diciéndose "pre-ci-sión, pre-ci-sionantesquena-da", llevando el compás con los dedos. "Es un endecasílabo", pensó. "No muy bueno, pero tal vez pueda servir para mis clases de métrica".

El conferenciante hizo una pausa y Alicia reparó en él. Era un hermoso gato negro, manchado de blanco. Sus ojos parecían luminosos y a Alicia le gustaron.

—El lenguaje de todos los días —continuaba el gato— debe adquirir precisión, lo cual supera a la propia claridad.

—¿Entonces, la claridad no es precisa, profesor? —interrumpió una voz—. Todos dieron vuelta la cabeza, la voz venía del techo y Alicia no supo quién había hablado.

—Muy buena pregunta —comentó el gato— aunque irrelevante. Ahora sólo nos interesa lo preciso de la precisión misma. Y es mucho: ¡todo en ella es precisión!

"Tiene razón", pensó Alicia, sospechando, sin embargo, la inutilidad de tenerla.

—Si, por ejemplo —agregó el animal— ustedes dicen "los trenes transportan carga y pasajeros", son imprecisos, porque los trenes pueden llevar carga sin pasajeros y llevar pasajeros sin carga. Y si dicen "los trenes transportan pasajeros o carga", también inducen a confusión, porque los trenes pueden llevar carga y pasajeros. Por eso debemos decir "los trenes transportan carga y/o pasajeros".

El búho se movió un poco junto a Alicia y exclamó " ¡uh, uh!".

—¿Qué dice usted? —le preguntó el profesor, algo irritado. Pero el pájaro había vuelto a su inmovilidad y no se dignó contestar.

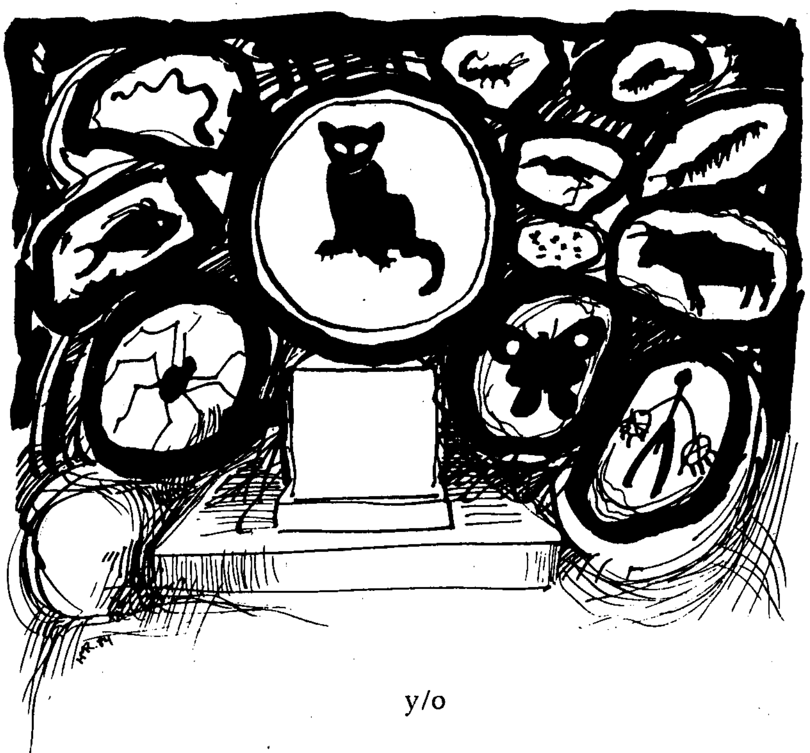
El gato siguió:

—Difícil sería encontrar mejor ejemplo de lo que puede llegar a ser la matemática del lenguaje cotidiano: "y/o" es un semantema perfecto, pues expresa con rigor cuanto se quiere decir, ni más ni menos.

Se volvió al pizarrón que tenía detrás y escribió:

y/o = "y" o "o"

—Hay aquí —explicó, escribiendo de nuevo— tres significados en uno: *y*, *o* y (*y o o*). Vean ustedes cómo toda esta complejidad del habla se reduce sólo a un preciso y sobrio signo:



y/o

—¿Hermoso, verdad? —agregó, después de poner enérgicamente un punto a y/o.

—Yo lo encuentro feo —dijo Alicia, causando espectación general.

—¿Y ésa? —exclamó un zorro juvenil, afanado hasta ese momento en su cuaderno de notas.

—¡Vaya, vaya! —dijo por su parte el conferenciante—. He aquí una de esas personas escépticas que, siendo inteligentes son, cuando no ignorantes, confusas y, a menudo, tanto lo uno como lo otro. Sin considerar que son, además, pedantes o mal educadas, y aun ambas cosas a la vez.

—¡Profesor! —lo interrumpió una voz muy ronca.

—¡Sí, cómo no! —contestó el gato, inclinándose hacia una tortuga que hablaba desde el suelo.

—¿No sería más propio decir "personas inteligentes y escépticas e ignorantes y/o confusas y pedantes y/o mal educadas?".

El gato pestañeó, se lamió la pata con que aun sostenía la tiza, pero reaccionó entusiasmado.

—¡Exacto, exacto! —exclamó, tragando un poco de saliva. Y dirigiéndose a Alicia:

—Ahí tiene usted otro magnífico ejemplo de precisión y de elegante simplicidad en el uso de los signos. Pero eso es para usted muy feo, ¿no es así?

—Es detestable —replicó Alicia con aplomo, aunque pensando siempre cuán bellos eran los ojos del gato.

—Si hemos de ser precisos, el adjetivo "detestable" está sobredimensionado —arguyó el profesor.

—¡Sobredimensionado! ¡Sobredimensionado! —corearon varias voces en la sala.

Pero Alicia no se inmutó.

—La precisión es ridícula —dijo— cuando no hace falta y es sólo... sólo...

—¡Uh, uh! —sopló nuevamente el búho.

—...pedantería —concluyó Alicia, no sin alivio por haberse acordado de esta última palabra, tan frecuente en las pláticas del señor Dodgson. Le preocupó, sin embargo, ignorar si la había empleado correctamente, lo cual no podrá averiguarse ahora, porque el disertante continuaba el debate.

—¡Niña, cómo te confundes! —le decía—. La pedantería es pedante, por supuesto, pero la precisión es precisa: cuestión de simple lógica. Siempre ha de evitarse la trasmutación de los géneros.

Estas palabras quedaron resonando en la sala, en medio de un impresionante silencio. Alicia misma se sintió embargada de temor ante la transmutación de los géneros, pensando que podría ser peligrosa, después de todo. Además, se dio cuenta que muchos concurrentes la miraban con gesto de desaprobación no menos temible.

Por suerte el profesor retomaba ya el hilo de sus explicaciones:

—A menudo nos conformamos con expresiones tan imprecisas como inelegantes —advirtió—. Ustedes mismos pueden hacer la prueba, dirigiendo esta pregunta a un buen número de personas: "¿Dónde adquiere usted el pan todas las mañanas?" Sin temor a equivocarme, puedo anticipar, con margen de incertidumbre $i = 0$, que la respuesta será "en la panadería".

—¿Dónde debe adquirirse, entonces? —interrumpió con ansiedad una garduña, sentada no lejos de Alicia.

—No me refiero a eso —respondió el conferenciante—. El lugar mismo carece de importancia, no así la manera de señalarlo por medio del lenguaje. "En la panadería" es una expresión imprecisa, amén de vulgar. Introduce un coeficiente de indeterminación en la noticia solicitada. ¿Dónde adquirimos realmente el pan?

El gato hizo una pausa, dirigiendo a los oyentes una mirada misteriosa. Alicia notó gran expectación en el ambiente.

—No *en* la panadería —continuó el profesor—. "En la panadería" no alude a todas las situaciones posibles: ¿lo adquirimos *dentro* de la panadería?; ¿*a la puerta* de la panadería?; ¿*encima* o *debajo* de la panadería?; ¿y si lo entregan *detrás* de ella? Esta incertidumbre sólo se evita expresándonos con propiedad. En verdad, el pan se adquiere "a nivel de panadería".

Una sensación de alivio pareció descargar la tensión del auditorio. Se oyeron algunas exclamaciones de aprobación. Alguien dijo: "por suerte lo hemos sabido a tiempo".

—¡Bravo! —chilló un cuervo y se cambió de lugar, aleteando por encima de los concurrentes.

El conferenciante le hizo un gesto amistoso con la pata y continuó:

—No hay razón alguna para no dar a nuestros diarios pensamientos la exactitud de las ciencias. En otros tiempos podíamos conformarnos con vaguedades y pensábamos, por ejemplo, que nuestros niños iban a la escuela a aprender y los maestros a enseñarles.

Nuevamente subió de punto la atención del auditorio. Alicia se inclinó para no perder palabra: le interesaba, después de todo, saber qué hacían con ella en la escuela.

—Eso está superado, gracias a la precisión de las ciencias pedagógicas —continuó el profesor—. ¡Qué alegría poder decir ahora que los niños van a la escuela a participar en el proceso de enseñanza-aprendizaje!

Alicia volvió desencantada a su posición de descanso. No le pareció ver más claro en el asunto de la escuela y, al contrario, acordándose de la señorita Mc. Guire, su maestra tan dulce y alegre, pensó que ella tendría miedo de verse metida en un proceso de enseñanza-aprendizaje.

El profesor, en cambio, sonreía. Dio algunos pasos en torno a la mesa levantando ambas patas delanteras, como si intentara abrazarlos a todos, los quedó mirando en actitud arrobadora. El auditorio anticipó una nueva revelación. Y así era, en efecto.

—Llegará el día —dijo— en que sólo diremos cosas necesarias y exactas, reguladas del modo más estricto por las ciencias de la comunicación. Nuestro discurso será a la vez simple y complejo: simple, porque se compondrá de pocas palabras, y complejo, porque esas palabras se ordenarán en rigurosas estructuras. Podremos entonces comunicarnos como lo hacen ya los lógicos cuando hablan, por ejemplo, de los conjuntos infinitos y dicen "todo conjunto formado por la reunión de los conjuntos enumerables de conjuntos enumerables, es enumerable"[1]. ¡Qué belleza!

El auditorio escuchaba como si se hubiera petrificado. Alicia se distrajo para observarlo, y pensó cuán difícil sería decir si se hallaba extasiado o aturdido. Sólo el búho se atrevió a interrumpir, aunque despacito.

— ¡Uh, uh! —se le oyó sugerir.

— ¡Basta ya de comentarios sin sentido! —protestó el conferenciante—. Debemos empezar a prepararnos ahora mismo para los bellos días en que sólo enunciaremos proposiciones claras y distintas. Todo cuanto entonces digamos, será verdadero, porque nuestro lenguaje se someterá a la lógica. La lógica sólo contiene proposiciones verdaderas.

Alicia iba a decir algo, pero habló primero un joven cangurú.

—En eso no estoy de acuerdo —dijo—. Algunas cuestiones lógicas han de ser falsas para que la lógica muestre que lo son y pruebe así que ella misma es verdadera, pues si no, jamás sabríamos cómo es ella y habría que decir, simplemente, "la lógica es verdadera y/o falsa", lo cual es raro.

—Raro o no raro, es absurdo, mi amigo, porque sobra la "y". Basta decir "la lógica es verdadera o falsa", verdad a su vez verdadera por sí misma, como todas las verdaderas irrefutables.

---

1 Esta referencia es un anacronismo y da qué pensar. O Lewis Carroll, como buen matemático, se anticipó al desarrollo de su ciencia y nadie reparó hasta ahora en ello, o este pasaje fue insertado ulteriormente por mano extraña en el manuscrito. El teorema formulado por el gato deriva de los estudios de Cantor y parece corresponder al enunciado propuesto por Frecht recién en 1934, en *L'arithmetique de l'infini.* Yo me inclino por la tesis de una simple alteración del manuscrito (N. del T.).

—¿Y no se compone la lógica sólo de verdades irrefutables? —preguntó nuevamente el cangurú.

—¡Por cierto! —replicó el disertante, casi ofendido.

—Entonces, ella es verdadera —razonó el cangurú.

—¡Naturalmente! Eso ya lo he demostrado —recalcó el gato.

—En consecuencia, no es exacto que la lógica sea verdadera o falsa y, por lo tanto, la lógica misma que lo admite resulta ser falsa con toda precisión.

Alicia no entendía ya nada del asunto. "¿Por qué me dejaría yo traer a esta conferencia?", se preguntó, mirando al búho de reojo.

La conclusión del cangurú pareció gustarle al maestro, a pesar de todo. Lo miró con simpatía, pero nada le dijo de momento. Cerró los ojos y dio la impresión de extasiarse repentinamente en un mundo interior. Nadie supo qué maravilloso espectáculo contemplaba, pero se le oyó decir casi cantando:

Todo es bien redondo
todo bien cortado;
no hay nada tan hondo
que no esté delineado.
Nada es ilusorio
ni hay realidades:
todo es una x
con dos modalidades.
Sólo hay estructuras
de perfil preciso
que un nuevo lenguaje
de expresiones duras
ha de revelarnos
exacto y conciso.

No hay mucho en el mundo
ni hay pensamiento;
sólo en el lenguaje
se detiene el viento.
Las palabras dicen
pío, pío, pío,

no por tener hambre
ni por tener frío
sino porque buscan
su propio sentido.

La lógica misma
sucumbe al hechizo
y en exactas leyes
logra demostrarnos
que hasta sus axiomas
son juego sencillo.

Nadie diga "existo"
diga "un x tal que
con signo previsto
en discurso neto
se ha cuantificado
para ser sujeto".

Todo es bien redondo
todo bien cortado:
no queda misterio
para ser narrado.

El éxtasis duró lo que el canto. Acabado éste, el gato abrió los ojos y volvió a mirar al cangurú, como si no hubiera interrumpido la comunicación con él.

—¡Bravo! —le dijo—. Si la lógica es precisa, bien se puede hacer el harakiri. Ya ven ustedes cómo la precisión nos permite alcanzar resultados imponentes. ¿No sienten irrumpir en ustedes la alegría de los grandes descubrimientos?

Estas palabras tuvieron un efecto un tanto ilógico. Los auditores las saludaron con una aclamación y se pusieron a gritar y a brincar alborozados. Algunos se descolgaron del techo, otros rodaron por el suelo, haciéndose cosquillas. Alicia, bastante asustada, los vio correr de un lado para otro, empujándose, abrazándose y, en algunos casos,

tirándose de las colas. A duras penas se libró del chimpancé, que había saltado sobre ella, despeinándola, y fue acercándose a la salida, en medio del remolino.

—Bailemos y/o cantemos —oyó decir al gato en ese momento.

Al llegar a la puerta, se había logrado un poco de calma y alcanzó a ver cómo se iniciaba el baile, en grupos y en parejas.

Afuera encontró al búho, quien, al verla, sacudió la cabeza. Alicia se alejó corriendo y le pareció oír "uh, uh" a sus espaldas. Tuvo dudas, pero no quiso volverse a averiguarlo.



VIII

EL ESCUDO DE AQUILES Y LA TORTUGA

EL GUERRERO ANTIGUO estaba llorando.

Eso iba a recordarlo Alicia toda su vida. Más aún: sería casi lo único que retendría algunos años después —aparte de la tortuga, por supuesto— al evocar esta historia, cuyos detalles acabaron por salir de sus recuerdos.

Lloraba el guerrero, sentado en una piedra a orillas del camino. Llevaba coraza, pero su casco, lanza y escudo descansaban junto a él y parecían compartir la tristeza del dueño.

Alicia lo contempló unos instantes. De pronto, su memoria se pobló de imágenes reconocibles y sintió latirle fuertemente el corazón.

"Es Aquiles", musitó, como si revelara a alguien un secreto. "El talón le sangra y por eso llora, como lloró en otro tiempo junto al mar. Pobrecito, la herida debe dolerle. Necesita ayuda". Iba a ofrecérsela, pero se contuvo. Podría no ser Aquiles y la equivocación haría difícil conquistar su confianza. A un guerrero antiguo le ofendería la confusión histórica.

Pero ahí estaba el escudo. Sigilosamente se acercó a observarlo. Sí, era el mismo descrito por Homero, en esa larga divagación que su padre le hiciera leer completa, al descubrir que la había saltado, buscando páginas más animadas de *La ilíada.*

Recordó entonces que Hefesto, el ilustre Cojo de ambos pies,

cediendo a la súplica de Tetis, había consentido en fundir y labrar, en tanto la diosa esperaba, un escudo prodigioso para armar a Aquiles, el de los pies ligeros.

Alicia vio a la diosa pasearse junto a la fragua, llena de impaciencia, quizás mordiéndose las uñas. Vio también al herrero divino colocar al fuego duro bronce, estaño, oro precioso y plata; disponer un yunque sobre ancho tronco y tomar con una mano el pesado martillo, y las tenazas con la otra, y darse a fabricar su maravilla[1]. Lo vio también exhibirla con orgullo ante la madre de Aquiles: era un escudo grande y resistente, adornado con triple brillante cenefa y abrazadera de plata. Tenía cinco capas, y en la exterior, el dios grabó multitud de imágenes dispuestas con suma inteligencia. Allí se representaba la Tierra, el Cielo y el Mar, el Sol infatigable, la Luna llena y las estrellas que el cielo coronan: las Pléyades, las Híades, el fuerte Orión (de estrecha cintura) y la Osa, también llamada el Carro, que gira siempre en el mismo sitio, mirando a Orión, y es la única que no se precipita en las aguas del océano.

Un sollozo de Aquiles sacó a Alicia de sus evocaciones. El héroe la conmovió una vez más, pero nuevamente la fascinación del escudo retuvo el impulso de prestarle ayuda.

Y se puso a contemplar el espectáculo de las dos ciudades humanas, una en paz y la otra en guerra. Y vio cómo en la primera se celebraban bodas y festines y las novias salían de las cámaras nupciales y eran conducidas por la ciudad a la luz de antorchas, mientras de todos lados ascendían al cielo cantos de himeneo, y jóvenes danzaban en corro, en tanto resonaban flautas y cítaras, y las matronas lo admiraban todo desde los pórticos de las casas.

Una alegría intensa se apoderó de Alicia a la vista del espectáculo. Se olvidó del sufriente Aquiles, y entonces vio y oyó cómo las novias la llamaban desde lejos:

—¡Alicia! ¡Alicia! ¡Ven con nosotras!

Esto lo decían cantando, mientras avanzaban hacia ella entre músi-

1 Aunque el manuscrito de Lewis Carroll no lo indica, su texto contiene, dispersos acá y allá a lo largo de esta excesiva descripción y de otros pasajes del relato, versos completos de Homero, tomados principalmente del Canto XVIII de *La ilíada.* Sin duda, Alicia, hija de un helenista como Liddell, los sabe de memoria y va evocándolos. Quizás si los recita a media voz. Yo los he identificado para reproducirlos, en parte, de la versión de Monserrat Casamada y, en parte, de la de Segalá, a veces mejor que aquélla (N. del T.).

cos y danzarines. La niña no vaciló y entró al escudo, traspasando la poderosa corriente del río Océano, que Hefesto labrara en su contorno de un modo admirable, y apartando al Sol infatigable, a la Luna y a los demás astros, con las Pléyades, las Híades y hasta el fuerte Orión (de estrecha cintura).

Las novias salieron a su encuentro y, saludándola con cánticos y alabanzas, la engalanaron de flores hermosísimas, llevándola consigo.

—¿Quiénes sois? —les preguntó, y, para sorpresa suya, notó que ella también cantaba.

—Somos las novias de otros tiempos —le dijeron—. Vamos a divertirnos con la evocación de tiempos aún más remotos. Se reproducirá la danza que una vez concertara Dédalo en la vasta Cnoso en obsequio de Ariadna, la de lindas trenzas.

Eso dijeron las novias, en tanto que un anciano, de larga barba florida, que entre ellas venía, la levantaba con raro vigor, sentándola sobre sus hombros.

—¡Qué abuelito tan lindo! —exclamó Alicia, llena de júbilo, acariciándole sus canas.

—No me llames abuelito —le advirtió el anciano—. Soy Homero, el señor de este mundo. Vamos a pasear por mis dominios.

La procesión, con el anciano y Alicia a la cabeza, se dirigió hacia el extenso valle que se divisaba a la distancia. Pasaron junto a un campo de altas espigas que iban cortando los segadores con afiladas hoces. Alicia observó cómo los manojos quedaban detrás a lo largo del surco, y con ellos formaban las gavillas tres hombres que los recibían de manos de niños que se las entregaban sin parar. Vio también que, silencioso, con el cetro en la mano y alegre el corazón, se hallaba el rey de pie, en medio de los surcos. Más lejos, bajo una encina, unos heraldos preparaban para el festín un corpulento buey que habían matado, mientras las mujeres guisaban la comida de los trabajadores, espolvoréandola en abundancia con blanca harina.

Así llegaron al valle donde se evocaba el obsequio de Dédalo. Allí pacían blancas ovejas y se veían establos, apriscos y cubiertas chozas. Alicia, que había venido recordando el laberinto oscuro y al temible Minotauro, quedó subyugada por el contraste. Mancebos y vírgenes más valiosas que muchos ganados, danzaban alegres, cogidos de la mano y mientras las muchachas vestían lino sutil, ellos llevaban túni-

cas finamente tejidas y brillantes como el aceite. Se adornaban las vírgenes con hermosas coronas y ostentaban los varones espadas de oro pendientes de argénteos tahalíes. Con gran rapidez danzaban en corro, como la rueda que el alfarero siente correr bajo su mano cuando trabaja al torno. Al girar, se enlazaban de diversos modos, mientras la multitud se apiñaba llena de admiración, rodeando a los que danzaban. Un aeda divino, acompañándose de la lira, animábalos con sus cantos. Al divisar a Alicia, avanzaron dando muestras de regocijo dos ágiles acróbatas, que le dedicaron sus piruetas y saltos en medio del corro.

La niña aplaudió como lo hacía en el circo, que tanto le gustaba.

—¡Cuidado, niña! —le dijo Homero—. No te agites de ese modo; mis hombros son débiles y nos podemos caer.

—Descansa, entonces, anciano, y déjame correr a mí también en medio de la danza.

Y se internó Alicia entre los círculos de muchachos y muchachas, aclamada por la multitud y poseída de un impulso de fiesta y movimiento que jamás hasta ahora había sentido.

—Yo también soy de los pies ligeros —se decía, al tiempo que se desplazaba en amplios círculos, girando y cantando, como la Osa en el firmamento.

La rueda de la danza la fue llevando lejos, hasta hacer casi imperceptibles las voces del corro que intentaban retenerla.

—¡Alicia, no! ¡Hacia allá, no! ¡Vuelve con nosotros: estás traspasando nuestro cercado de alegría!

De pronto se encontró sola, no lejos de una ciudad, cuyos muros divisaba iluminados por el resplandor de innúmeros fuegos circundantes.

Al aproximarse, vio dos ejércitos de guerreros cubiertos de centellante bronce. Debatían entre ellos si daban o no a escoger a la ciudad sitiada, entre destruir la población o repartirse la mitad de cuanto contenía. Pero los habitantes no estaban dispuestos a una ni otra cosa, y se armaban en secreto preparando una emboscada, mientras mujeres, niños y ancianos velaban en las murallas. Los demás hombres eran conducidos por Ares y Palas Atenea, ambos esculpidos y vestidos de oro, hermosos y altos bajo sus armas, como convenía a deidades, siendo los humanos de menor estatura. Llegados al lugar

elegido para la emboscada, a orillas de un río donde abrevaban los rebaños, se sentaban a aguardar. Dos centinelas debían advertirles, desde sus puestos de avanzada, el arribo de las ovejas y de los bueyes de retorcidos cuernos. Pronto se trababa a orillas del río una batalla en que se herían unos a otros con lanzas de broncíneas puntas. Allí se agitaban la Discordia, el Tumulto y la funesta Parca. Esta última cogía a un tiempo a un guerrero vivo y recién herido y a otro ileso, y arrancaba por el campo de batalla, asiéndolo de los pies, a un tercero que ya había muerto. La vestidura que cubría sus espaldas estaba teñida por la sangre humana. Y participaba en la lucha como los mortales vivientes, peleando y retirando sus muertos.

Alicia sintió pesar y miró hacia otro lado.

Dos guerreros de cascos refulgentes se habían divisado y corrían a enfrentarse. Sus espadas se levantaban como serpientes. Al aproximarse, ellos mismos eran dos tigres en acecho.

Alicia se estremeció.

—¡Hombres malos! ¡Hombres tontos! —les gritó.

Los guerreros interrumpieron bruscamente su acción, bajaron las espadas y la miraron.

—¡Esa es nuestra enemiga común! —exclamó uno.

—¡Que abandone estas tierras heroicas! —voceó el otro.

Avanzaron hacia ella a grandes zancadas, levantando mucho polvo y haciendo resonar el suelo bajo sus pies. Alicia los vio venir aterrada y, volviéndose, corrió como rueda veloz hacia la ciudad de las novias y el trabajo.

No alcanzó a llegar, sin embargo. Otro guerrero de relucientes armas interceptó su camino. Era bella su apostura y portaba el escudo fabricado por Hefesto, el mismo a donde ella entrara y en donde todavía se encontraba.

—Es seguramente una imitación —pensó Alicia— y éste debe ser un falso Aquiles.

El guerrero adivinó su reflexión y le dijo:

—Yo soy Aquiles, oh, pequeña Alicia, hija de Liddell, y este es el escudo que Hefesto hiciera, por encargo de la divina Tetis, mi madre, para mi combate con Héctor, frente a los muros de la infausta Troya.

La objeción que podía hacer Alicia era bastante obvia, como para

que el héroe necesitara adivinarle otra vez el pensamiento. Por eso le agregó en seguida, casi hablando consigo mismo:

—Yo vivo aquí, en el reino de Homero y aquí soy inmortal, como él mismo. Pero morí una vez para siempre entre los aqueos y mi alma descendió al Hades, oscuro y frío. Ahora regresó al mundo de los vivos, y está allá afuera para salvar mi honra, amenazada por una tortuga.

—¿Entonces tu alma no está contigo? —le preguntó Alicia, sorprendida.

—Aquí no nos hace falta el alma —replicó el héroe—. Homero se encarga de todo. Pero no nos puede faltar el honor y yo estoy a punto de perder el mío—. La miró intensamente y Alicia tembló. Los ojos del guerrero expresaban tristeza e ira al mismo tiempo, haciendo casi indefinido su color.

—Necesito que me ayudes. Vuelve a donde está mi alma, que llora junto al escudo, derrotada ya antes de la carrera por la tortuga discípula de Zenón.

—No sé cómo podría ayudarte: ni siquiera entiendo lo que me cuentas.

—La tortuga, inducida por su pérfido maestro, urdidor de razones, se ha jactado de mantenerse siempre delante de mí, persiguiéndola yo en una carrera. Y son muchos los mortales que apenan mi corazón y el de Homero Melesígenes, proclamando que como en sueños, el que persigue no puede alcanzar al perseguido; así yo, el de los pies ligeros, en vano me empeñaría en alcanzar a la tortuga.

Por primera vez el pesar y la apostura del héroe sacaron de su tímida adoración a Alicia, que se puso a reír como si estuviera entre sus amigas.

—No es para reírse, niña, ínfima simiente de mortal. ¡Indómita! ¿No temes, acaso, mi cólera famosa?

—No, si tú le temes a una tortuga —le respondió Alicia, por entero dueña de sí.

—No le temo: sólo me ha desconcertado y su jactancia empequeñece mis antiguas hazañas.

La voz de Aquiles parecía de colegial en vísperas de examen.

—Tiemblas por nada —le reprochó la niña—. Lo que debes hacer es correr tras ella, pasarla y dejarla en ridículo.

El héroe iba a respoder, pero ella continuó:

—No, no la pases: mejor la alcanzas y le pones un pie encima. Sin hacerle daño, por supuesto —agregó.

Aquiles movió la cabeza.

—No sirve —le dijo—. ¿Crees que no se me había ocurrido? Pero el Hado me impide retornar en todo mi esplendor al mundo de los mortales, en donde alguna vez me vieran alcanzar a los veloces troyanos y lanzar en medio de ellos mi jabalina, que ningún Zenón podía inmovilizar en el aire.

—¿Cómo es eso? Tú ya estás afuera, llorando como el día en que el rey de hombres, el poderoso Agamenón Atrida, sacó de tu tienda a Briseida, de hermosas mejillas.

—Sí, allí está mi alma, enviada en mi auxilio desde el profundo Hades, pero mi cuerpo, con su pujanza y mis pies ligeros, están aquí. Allí está mi símil, para enfrentar razones, y acá mi vigor para las grandes hazañas. De eso se aprovecha la maligna tortuga entre la nueva casta de hombres, tan diferente a la de los antiguos.

—Que venga entonces la tortuga a este reino y se mida aquí contigo —propuso entonces Alicia, jubilosa de haber dado con idea verdaderamente práctica.

El pélida la rechazó de plano, y había profundo desdén en sus palabras.

—Mala es tu idea —le dijo—. Yo ni siquiera podría oír el desafío de una criatura semejante; de esa ofensa sólo podría purificarme traspasándola con mi lanza. Sus embrollos no tienen aquí sentido.

—¿Insistes entonces en que yo te ayude? —preguntó Alicia.

A todo esto, Homero se había aproximado y acariciando los cabellos de la niña, tomó la palabra en lugar de Aquiles:

—Solo tú puedes hacerlo, Alicia, pastora de abejas. Conoces los ardides y las sutilezas de los nuevos tiempos y algo podrás inventar que salve la fama de los argivos de hermosas grebas y haga volver al Hades el alma del deiforme hijo de Peleo.

Dijo, y lloraba. Como fuente profunda, que vierte sus aguas sombrías por escarpada roca, así caían sobre el venerable rostro las ardientes lágrimas. Alicia lo contempló con respeto, sin dejar de pensar que tanto llanto era excesivo. Por menos lágrimas que ésas, solían decirle a ella "déjate de lloriqueos".

Prometió, sin embargo, hacer cuanto pudiera para vencer a la tor-

tuga de rugosa dermis, permitiendo así que el alma de Aquiles retornara al Hades, de anchas puertas.

Se alejó entonces de la ciudad en donde aún se escuchaba el cántico de doncellas y mancebos y, apartando una vez más todos los astros y saltando sobre el río Océano, salió del escudo.

Junto a él lloraba todavía Aquiles. Al aproximársele, levantó el héroe los ojos, pareció consolarse y lanzando un suspiro, le dijo:

—Alicia, la del vuelo de abeja, sé que has venido a ayudarme para que, mereciendo vivir eternamente a la luz de mi fama, pueda yo retornar al Hades todo oscuro.

La niña lo miró sorprendida. Era el mismo héroe que la despidiera en el escudo: tan apuesto como él e igualmente locuaz. Una cosa diferente, casi imperceptible, pudo no obstante observar en este otro: había en él algo de brumoso, que le recordó la aparición de Héctor, el troyano, a quien precisamente Aquiles no pudo abrazar, porque al intentarlo, se dispersó como el humo. Era evidente que de ser así, este emigrante del Hades no podría ganar carrera alguna, así fuera con la menos diestra de las tortugas.

—No vuelvas a llorar —le dijo entonces la niña—. Ya sé que el talón herido no te duele. Dime, sin más, cuáles son las condiciones del desafío.

—Las fijó Zenón de Elea, astuto forjador de inmovilidades. Debo correr yo, el más veloz de los guerreros, tratando de alcanzar a la tortuga, el más lento de los caminantes. Ella parte al mismo tiempo, con alguna ventaja.

—Muy bien, Aquiles: inténtalo y ganarás la carrera —le aseguró Alicia, con seriedad de persona entendida.

El guerrero la miró tristemente.

—Ignoras lo principal —le dijo—. La prueba está perdida de antemano. Si yo alcanzo o paso al animalejo, pierdo la apuesta.

—¡Qué cómico! —exclamó Alicia, verdaderamente regocijada—. ¿Y si no la pasas?

—Gana él.

—Entonces te tienen enredado con una broma —le dijo Alicia, siempre divertida y segura de poder tranquilizarlo.

—No, no. Zenón armó muy bien las cosas. Yo nunca pensé que pudieran arreglarse así. Y parecen bien arregladas. Cuando perseguí

a Héctor, tres veces dio la vuelta volando por la llanura en torno a la gran ciudad de Príamo. Como el perro va en el monte por valles y cuestas tras el cervatillo que levantó de la cama y, si éste se esconde, azorado, debajo de los arbustos, corre aquél rastreando hasta que nuevamente lo descubre. De la misma manera no perdía yo de vista a Héctor, sin poder alcanzarlo; hasta que él, engañado por la diosa, vino a enfrentarse conmigo y yo lo hice descender al Hades.

—¿Y nadie reparó que te había derrotado en la carrera, y siguieron llamándote el de los pies ligeros? —le preguntó Alicia.

Aquiles suspiró adolorido.

—Nadie hasta ahora, excepto yo, que nunca me expliqué el misterio y oculté mi cuita. Zenón de Elea me da por fin la clave. Para alcanzar a quien va delante de mí, debería moverme; pero si me moviera, no lo alcanzaría. Esto es absurdo, por lo cual, creyendo moverme, en realidad no me he movido. Así, pues, habré perdido aun en la victoria.

Alicia, risueña hasta ese momento, se puso seria y frunció el ceño, como cuando en la escuela la hacían razonar con problemas aritméticos. Así la hacía ponerse también el señor Dodgson, con los acertijos a que era tan aficionado. Su entrenamiento le sirvió en este caso. Unos instantes de reflexión le bastaron para entender la preocupación del pélida, aunque no completamente.

—¿Por qué si te movieras no alcanzarías al perseguido? —le preguntó—. A mí me parece lo contrario.

—Piensa en la aviesa tortuga —le respondió Aquiles, haciendo un gesto desesperado con los brazos—. Mientras yo llego al punto en donde ella estaba al iniciarse la carrera, ella ha avanzado con su despreciable velocidad a un punto más adelante; llego yo a ese punto, y ella habrá alcanzado otro; llego yo a ése, y otra vez se me habrá adelantado; y así, cada vez menos, pero siempre un poco. Yo tras ella, y ella delante de mí, por toda la eternidad. Sin embrargo, yo soy más veloz que ella, lo que crea una contradicción.

Alicia lo escrutó, sin comprender.

—¿Una contradicción? —le dijo—. ¿Y eso qué importa si se trata de correr?

—¡Ah!, muchacha de la abejil cabellera, así habría pensado yo cuando, armado de este escudo y mi fornida lanza, asombraba a los

aqueos e infundía pavor a los troyanos, domadores de caballos. Pero quiso el Hado enviarme poco después al Hades, herido en el talón por la saeta del divino Apolo. Y allí, en las sombras de la triste morada, leí el libro de Parménides y aprendí que el pensamiento no se deja engañar por los trucos de la realidad. El tiene ardides superiores. El de la contradicción es el más formidable de todos. Nada ni nadie escapa a su hechizo paralizante, después de haberse enterado uno que *el Ser es* y el *No-Ser no es.*

Estas palabras sonaron muy bien a los oídos de Alicia, aunque no les encontró sentido alguno.

—Bello Aquiles —dijo entonces—. Tú no puedes dejarte engatuzar por una tortuga. Si no corres tú, voy a correr yo.

El héroe pareció turbarse con esta expectativa.

—Eso no —protestó—. Ni la espesa oscuridad del Hades, donde se arremolinan pensando en la luz y la belleza de la tierra las almas de aquéllos a quienes la muerte envolvió como una oscura nube, podría ocultar mi vergüenza. Sin embargo, ¿cómo voy a participar en una carrera sin poder moverme ?



—Yo veré que te muevas —le dijo resueltamente Alicia, que había terminado por abominar de la tortuga antes de conocerla.

Aquiles la miró anhelante.

—¿Crees que podrás?

—Tú podrás, y yo te animaré.

Y partieron juntos.

No dejó de extrañar a Alicia que el aqueo avanzara tan rápidamente, dirigiendo el camino hasta el sitio del torneo.

—¿Ves como avanzas? —le dijo.

—La carrera es otra cosa —alegó él—. Zenón definió hace tiempo las condiciones y la tortuga las conoce perfectamente.

Caminaron todavía un buen trecho y al llegar a una colina en cuyas laderas se había juntado gran número de gente, el paisaje había cambiado. Pasaban entre olivos, higueras y fresnos. A la distancia divisábanse los pinos de alta copa y no lejos, cerca de un grupo de encinas, se extendía un campo de amapolas. Las personas mismas tenían otro aspecto: vestían togas y mantos, muchos de ellos de vívidos colores, calzaban sandalias o andaban descalzos, y sus rostros y gestos, aun los más alegres y expansivos, revelaban nobleza y compostura.

—Todo esto me parece un recuerdo —pensó Alicia—. Casi oigo la voz de mi padre hablándome de Grecia.

Evidentemente, no era un mero recuerdo, porque en ese momento llegó trotando un centauro de lustrosas ancas que se detuvo ante ellos y les dijo:

—Llegáis a tiempo. Los ciudadanos comenzaban a impacientarse y la tortuga se halla fuera de sí. Venid conmigo.

Caminaron hasta donde se hallaba congregada la gente, que era una muchedumbre de mujeres, hombres y niños. Como el céfiro mueve con violento soplo un crecido trigal y se cierne sobre las espigas, de igual manera se movió toda el ágora. Al parecer, sus miembros se hallaban divididos entre los dos contendores. Los más numerosos aclamaron la llegada de Aquiles con gran bulla, pero los menos la repudiaron con gritos hostiles y feos ademanes.

La tortuga, un ejemplar pequeño para su especie, ocupaba ya su posición en la carrera. Estirado al máximo el cuello fuera de la concha, movía a un lado y otro su cabeza de boca agriada y ojillos malignos. Estaba de verdad furiosa, reclamando por la hora su derecho a recibir el trípode ofrecido al vencedor.

Aquiles observó la caparazón del reptil, labrada al modo de su propio escudo y manchada de negro y amarillo en los bordes.

"Vieja es la pérfida", pensó. "Eso debiera darme una ventaja más en la carrera. Pero tengo miedo: siento ya clavarse mis pies en la tierra".

Un ciudadano pidió silencio, repitió el desafío de la tortuga, ordenó a Aquiles ocupar su puesto detrás del otro contenedor, a 99

metros de distancia, y anunció que el héroe correría cien veces más ligero.

—¿Qué hago, dorada Alicia? —le preguntó Aquiles a su amiga.

Alicia no le contestó, pero dirigiéndose a la asamblea, dijo:

—¡Aguardad un momento! Mi campeón y yo necesitamos aclarar ciertas cosas. Debo interrogar a la tortuga.

Se escuchó entonces la voz grave y plácida de un anciano que avanzó arreglando su manto con elegancia:

—Apoyo la petición de esta niña gentil —dijo— y la amplío en mi propio favor, pues yo también, como lo hiciera Zenón con la tortuga, debo ocuparme de mi protegido.

Un rumor de aprobación recorrió el ágora.

El anciano vino hasta Alicia y tomándola de una mano, se paseo por algunos instantes con ella.

—Excelente juego —le dijo, sonriente, al separarse—. Lo mío es más serio y debe saberlo nuestro campeón.

Y, en tanto él se dirigía hacia el héroe y mantenía con él un misterioso coloquio, Alicia habló de viva voz a la tortuga.

—¿Tu anuncio es que siempre irás tú un centésimo adelante de la distancia recorrida por Aquiles en el minuto anterior?

—Sí —respondió secamente el animalito.

—¿Y crees lograrlo?

—Por supuesto.

—Naturalmente, al partir ¿recorrerás primero cincuenta centímetros del primer metro?

—Yo no hago trampas —respondió dignamente la tortuga.

—Y antes de completar los cincuenta centímetros, ¿harás veinticinco?

—¿Qué te propones con tales preguntas? —reclamó la tortuga—. Pasaré por todos los puntos del recorrido.

—¡Ah! Entonces pasarás también por el punto de los doce centímetros y medio, y antes de eso, por los seis centímetros y cuarto, y antes, por los tres...

—¿Vas a seguir, insensata hija de humanos? Recorreré todas las distancias intermedias habidas y por haber, sin saltarme ninguna.

—¿Te lo había advertido ya Zenón? —le preguntó Alicia.

—Claro que no: mi maestro sólo me ha instruido en las reglas pro-

fundas de esta carrera, no en esas banalidades que las comprende cualquiera.

Alicia anunció entonces hallarse satisfecha con las respuestas de la tortuga. El anciano, por su parte, sonreía y, alejándose de Aquiles, quien por primera vez sonreía también, elevó los brazos al cielo y habló una vez más, para invocar a las musas:

— ¡Musas de Pieiría, que glorificáis con vuestros cantos:
venid e invocad con himnos a vuestro padre Zeus,
por quien todos los hombres son insignificantes o célebres,
famosos o desconocidos.
"Zeus que truena desde las alturas
y mora en sus altísimos palacios.
" ¡Oh, tú, escucha, mira, oye y falla con la justicia!
Yo también quiero decirle a Zenón ciertas verdades"[1] .

Se interrumpió por unos instantes en que sólo se escucharon las protestas de la tortuga, y continuó:

—Os anuncio que contra las leyes del espacio, en esta carrera prevalecerán las del tiempo, representadas por Aquiles, el de los pies ligeros. Si la tortuga no se mueve, el llegará al cabo de 0.99 minutos al punto exacto en que ella se encuentra, porque el sí se habrá movido. Y si la tortuga avanza, Aquiles la alcanzará al cabo de un minuto. Todo lo cual será contradictorio sólo en las sombras de la razón lingüística, no a la luz de la sabiduría.

Alicia escuchó todo esto con la misma concentrada atención de los ciudadanos y de varios jóvenes centauros, encargados de llevar apuestas de un lado a otro. Pero no entendió nada.

—Ojalá no tenga que explicar yo estas cosas —se dijo.

Los jueces y varios espectadores acomodaron sus relojes de arena a las duraciones de 0.99 minutos y de un minuto.

La carrera fue rápida. Para su propia sorpresa, Aquiles se desplazó como lanzado por un arco. Al anunciarse el transcurso de los 0.99 minutos, clavó su lanza junto a la tortuga, que pataleaba sin desplazamiento alguno.

---

1 Esta invocación, tomada de Hesíodo, me parece innecesaria en el relato. La eliminé primero, pero la reintroduje después, para conservar el texto íntegro de Lewis Carroll. En todo caso, no seguí su traducción inglesa y adopté la española de Fotios Malleros (N. del T.).

—No he podido moverme —dijo— porque entre este lugar y el más próximo, hay infinitos lugares, que tampoco he empezado a recorrer. Necesito más tiempo.

Esta explicación la expuso con ira y, volviéndose a Aquiles agregó:

—Tú no debes estar aquí, porque tú tampoco has podido abandonar tu punto de partida. He ganado la apuesta, de todas maneras.

Entonces se oyó una vez más la voz del anciano:

—Vanidosa criatura —le dijo—. Tu mente es tan lerda como tu cuerpo. Aquiles te dio alcance con sus pies ligeros, porque aprendió de mí lo que no te enseñó Zenón: el tiempo y el espacio son una sola cosa y ambos fluyen como un río. Aquiles se lanzó a la corriente que empujó sus pies como el agua a la rueda del molino, pero tú te entretuviste sacando cuentas en el espacio imaginario de tus números, en tanto la corriente del espacio y del tiempo reales pasaban a tu vera.

Se escucharon aclamaciones por varias partes, aunque también algunas protestas Una voz, entre otras, se destacó mejor, por su timbre y firmeza.

—No careces de razón, Heráclito venerable y oscuro, pero cuídate de inundarnos con tu río, que, moviéndose tanto, se parece a la flecha de Zenón, empeñada en no moverse.

Alguien protestó.

—Aún no ha llegado tu tiempo, equilibrado Aristóteles. Calla y aguarda sin impaciencia en el futuro.

Este diálogo no produjo gran impresión, tal vez porque en ese momento pudo imponerse el llamado más dramático de la tortuga.

— ¡Pido la revancha! —grito en medio del silencio—. Me propongo avanzar el primer metro. Ya verá Aquiles.

Alicia se junto al coro de la multitud, avivando la expectativa de una nueva carrera.

—Perderás nuevamente —le advirtió Heráclito—. Y esta vez te enredaremos en tu propio espacio numérico.

Aquiles y la tortuga fueron llevados una vez más a sus respectivos puntos de partida, en tanto los jóvenes centauros se afanaban llevando de un lado a otro las nuevas apuestas.

Se produjo un silencio de abismo. La carrera del héroe duró exactamente un minuto y remató en el punto que afanosamente había alcanzado la tortuga, después de recorrer un metro. Ya era

inútil avanzar el siguiente centímetro que le correspondía según las cuentas de su maestro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó furiosa—. ¡Tú no debes estar aquí!

Aquiles quiso decir algo, pero sólo le salieron palabras confusas, que se perdieron entre los vivas del demos jubiloso.

—¡Yo lo sé! —intervino entonces Alicia—. Se trata de que 99 + 1 suman 100.

—Aunque sumen 500 —protestó la tortuga.

—Basta con que sumen 100 —interrumpió Heráclito, el Oscuro—. Siendo uno y mismo el minuto en que ambos corristeis, hacíais una sola carrera en un mismo espacio, tenso para ti como un resorte comprimido, por tu lento paso, expandido para Aquiles, como un resorte libre, por sus pies ligeros. Ambos avanzásteis lo mismo: 100 metros el pélida de áureo escudo, un metro tú, o al revés, porque en el tiempo el movimiento contrae y expande uno solo y mismo espacio. No existe razón alguna para que no quedarais ambos parados en el lugar en que os halláis ahora.

"Ojalá pudiera yo aprenderme esas razones", pensó Alicia, "y consultarlas con el señor Dodgson. Deben ser buenas, puesto que Aquiles alcanzó al petulante quelonio. Y de eso me alegro". En verdad no se dio cuenta de que se alegraba de poder correr ella misma en el futuro, sin remordimientos de su inteligencia.

La tortuga, por el contrario, no pareció sentirse igualmente animada y su pena debía ser muy grande, porque desapareció dentro de su coraza. Alicia era compasiva y se acercó a consolarla, pero había sucedido una cosa que la maravilló aún más en aquella mañana de maravillas: la tortuga se había convertido en una pesada y bella piedra de vetas amarillas, que brillaban al sol.

Sólo ella pudo admirar el prodigio, porque en torno suyo todo había desaparecido (la muchedumbre y el estadio) y restaba únicamente el paisaje de olivos, acantos y lejanas colinas cubiertas de amapolas. A alguna distancia, apuesto y arrogante, como si acabara de vencer a cien troyanos domadores de caballos, se erguía aún Aquiles, armado de su lanza y escudo.

Alicia corrió hacia él, alegre de que se hubiera quedado a acompañarla.

—Ahora vamos a pasear —le dijo—. Quiero oír de ti mismo el relato

de tus hazañas y conocer algunas cosas más que Homero dejó oscuras y otras que no contó.

El héroe le sonrió afablemente, pero había en su mirada una vislumbre de tristeza, que no correspondía a su estampa de guerrero. Algo iba a decir, cuando otra voz se impuso, que venía del escudo. La niña contempló una vez más el vocinglero tumulto de las novias y mancebos. Entre ellas estaba el propio Aquiles, armado como el de afuera, aunque resplandeciente y fiero. Era el anciano Homero quien hablaba, situado en medio de la escena, como suele aparecer el director de una obra al término de la función, en el centro del proscenio y rodeado por todos los actores.

—Pequeña entrometida de abejil zumbido —le dijo con voz de airado abuelo—. Todo en mi relato es claro y no hay misterio que disipar ni nuevas hazañas que relatar. Lo digno de ser cantado, fue cantado, y lo demás, por silenciado, no sucedió. Así, pues, no turbes el alma del pélida de broncínea lanza y regresa a tu mundo de historiadores y pequeñas realidades. El, por su parte, dejando de este lado el bello cuerpo de vigorosos músculos, se ha de volver al Hades. Su fama se yergue una vez más, como el pino de elevada copa. Y eso es suficiente.

Alicia se sorprendió con la perorata y la estimó descortés y mal agradecida. No alcanzó a replicar cosa alguna, sin embargo, porque justo cuando iba a decirle al envanecido poeta que ella se aburría muchísimo con algunos de sus cantos, el interior del escudo se hizo borroso, como cuando el cielo es de pronto invadido de presurosas nubes.

Por suerte, Aquiles estaba todavía allí y su mirada había profundizado la tristeza de un comienzo.

—Olvida al impertinente viejo —le dijo Alicia— y vamos a coger algunos higos. En verdad, quiero oír tu propio relato.

—Debo marcharme, pequeña —le replicó—, abandonando ahora mismo este paraje y dejándote a ti. Nada podría yo contarte ahora; mis recuerdos murieron conmigo y son sombras dentro de la sombra que soy yo mismo. Vete tú también, haciendo más fácil mi retorno al Hades. Es impropio de un alma en pena enredarse con nuevos afectos, como me está pasando contigo. No quiero ser un extraño

entre los muertos, volviendo a ellos como un resucitado que muere por segunda vez. La muerte y la vida se hacen tolerables sólo si sabemos separarlas. Su mezcolanza es funesta.

Alicia no tuvo tiempo de replicar a esta intrincada conseja. Iba a decir "no, Aquiles, quédate a jugar conmigo. Vamos a buscar higos y a cortar algunas amapolas. Además, mi padre y el señor Dodgson estarán felices si te llevo a casa". Apenas alcanzó a pronunciar las primeras palabras, porque, intentando retener a su amigo con un abrazo, éste comenzó a disiparse como el humo.

La niña no tuvo miedo. Sólo sintió mucha pena al encontrarse abandonada en medio de un paraje del cual también se habían desvanecido las colinas, olivos y amapolas. Algunas lágrimas nublaron sus ojos.

—¿Qué estará pasando? —se dijo—. No he soñado y, sin embargo, estoy como si acabara de despertar. Una vez más me sucede que he de dormir para estar despierta de verdad.

Y acurrucándose al pie de un árbol, cerró los ojos y se durmió profundamente.



IX

UN INVENTOR PORTENTOSO

ALICIA ESTABA CIERTA de no haber confundido esta vez las instrucciones. "Debes tomar el sendero de la izquierda", le había dicho el gato de Cheshire en un momento de ternura, "hasta alcanzar la vertiente; allí enfilarás hacia el norte, donde está tu casa. Si te pierdes, regresa a este lugar y vete derecho a casa. Si te extravías nuevamente, abandona el intento y haz que vengan a buscarte. Es lo mejor para los niños torpes que no se pierden inteligentemente". Ella no se había perdido inteligentemente, pues se había perdido. Ni siquiera sabía cómo irse derecho a casa.

Por suerte apareció uno con quien entenderse. Era un animal algo esbelto para ser un oso, pero bastante diferente de todos los otros animales, para no serlo. Al pasar, la miró distraído y le dijo:

—Perdona que no te salude; así no olvidaré en un momento más que ya te había saludado. No me gusta olvidar las cosas.

Alicia no supo qué decirle. Pero como el otro cargaba con dificultad un saco enorme, le pareció correcto ofrecerle ayuda. El semi-oso la rechazó sin agradecimiento alguno.

—Una cosa es que no te salude y otra distinta que te permita meter las narices en mi saco.

Dijo esto y descargó con esfuerzo el bulto que combaba sus espaldas. Se enderezó un poco, bostezó y sentándose en una piedra, pare-

ció no oír las protestas de la muchacha, quien aseguraba no tener intención de intrusear el saco.

—Cualquiera diría que no estás interesada en conocer mis inventos —retrucó el animal.

—Tal vez no lo diría cualquiera, pero yo sí lo digo —replicó ella.

—Esa sinceridad me gusta, porque como te conozco, sé que quieres decir todo lo contrario y ardes en deseos de que te muestre mis maravillas.

Alicia se molestó de veras. ¿De dónde sacaba este personaje la idea de conocerla?

—Muy casi-oso serás —le dijo—, pero no veo por qué dices que me conoces.

— ¡Oh!... es una larga historia que no te contaré, porque se me olvidó completamente. Sin embargo, de seguro te conocí ya antes; si no, no se me habría olvidado.

Alicia consideró si era posible procurar tanta seguridad al olvido como a la memoria. Su experiencia en la escuela le decía lo contrario; aunque, por otra parte, a veces ella misma se sentía segura de que algo se le había olvidado. "Lo sé, pero no me acuerdo", decía entonces. "No digas tonterías, niñita", la reprendía la señorita Mc. Guire. "Si uno no se acuerda, no sabe". "Vaya si sabe", había exclamado el señor Dodgson, al enterarse de estas discusiones. "Sólo podemos olvidar lo que sabemos; olvidar no es ignorar. Al contrario: es una prueba del saber, y a veces de la verdadera sabiduría".

Así, pues, el semi-oso no era, al fin de cuentas, una persona disparatada, o, al menos, sólo lo era tanto como el señor Dodgson, amigo de ella entretenido y afectuoso. Tal vez este nuevo conocido recordaría después la historia olvidada y le contaría cómo y dónde fue el primer encuentro. Esto sería curioso e inquietante, porque eso la forzaría a reconocer un increíble olvido de ella misma.

—Veo que cavilas avergonzada —la interrumpió el plantígrado— y no te atreves a insistir en conocer mis secretos.

—Ya te dije que tu saco no me interesa y para demostrártelo, voy a seguir mi camino —dijo la muchacha e hizo ademán de alejarse.

El animal se puso entonces de pie y le cerró el paso, saltando frente a ella, alborozado.

— ¡Ahora sí, ahora sí, muchacha, como que me llamo Stradivarius,

veo que tu curiosidad es inmensa y voy a satisfacerla!

Danzaba de una manera muy graciosa, y Alicia, medio aburrida ya con la tozudez del personaje, se sintió atraída por su comicidad, al recordar escenas de osos bailarines en el circo. Además, era cierto. De tanto repetir el oso que tenía razón, sin haberla tenido antes, la tenía ahora: a ella le gustaría examinar el saco misterioso. Pero se hizo la desentendida.

—¿Tú te llamas Stradivarius? —le preguntó.

El oso se había sentado otra vez, resoplando su cansancio.

—Me llamo y me llaman, porque es mi nombre —contestó gravemente.

—Entonces, ¿eres pariente de Stradivarius?

—Bastante común tu chiste —replicó el otro—. Hasta un chico de escuela se divierte preguntándole a alquien si es pariente de su padre o si lo es de sí mismo.

Alicia se sintió humillada por la injusticia. Ella no veía chiste alguno en su pregunta.

—Yo soy chica de escuela, pero no me refería a tu padre, sino al fabricante de violines.

—¡Ah, conoces a un fabricante de violines! Eso es bueno. El podría interesarse en un invento mío para tocar dos violines al mismo tiempo —le dijo el inventor.

—¿Cómo puede inventar algo un ignorante como tú? —replicó ella—. ¡No saber que Stradivarius murió hace tanto tiempo!

La noticia pareció no interesar al semi-oso, o tal vez la olvidó inmediatamente. Se limitó a refunfuñar algo así como "haberlo dicho", y comenzó a trajinar el saco. Muchas cosas diversas debe haber habido en él, a juzgar por el ruido de latones, maderas y papeles que produjo el registro. Después de escarbar unos momentos, extrajo un artilugio llamativo. Era una botella múltiple con un solo cuerpo, pero con varios golletes dispuestos como pétalos en torno al cuello central. Cada uno era de un color diferente y Alicia contó cinco o seis. En varios lugares de la botella había unas clavijas parecidas a las de guitarra.

—Sólo esta belleza pienso mostrarle y no te permitiré manosearla —le dijo Stradivarius.

—Tranquilízate —se defendió Alicia—. Seré cuidadosa.

Eso no me interesa. Lo importante es que no la examines ni la aprendas de memoria.

La niña no comprendió la razón de esos temores. Bien puede uno esforzarse en aprender sus lecciones de memoria, pero ponerse también a memorizar las cosas, le pareció una exageración. Además, ¿por qué habría de intentarlo con esa botella, ignorando para qué servía? Todo ello sin considerar que los compradores iban a tenerla en sus manos de todas maneras y por cuanto tiempo quisieran.

—¿Qué compradores? —gruñó el oso.

—Los de esas botellas, por supuesto —dijo Alicia.

—No son botellas, niña torpe, ni son varias: es una sola maravilla.

—¿Y qué es, entonces?

—El licuomezclador musical, único en el mundo —replicó Stradivarius.

Alicia lo miró embobada. Y él continuó:

—Es un aparato de precisión, para crear nuevos sabores a partir de los más conocidos. Las clavijas están graduadas y dan paso a cantidades precisas de los diferentes líquidos. Al escurrir, se mezclan aquí, ¿ves?, en este depósito. Te daré a probar.

El inventor manipuló sus clavijas. En el fondo del botellón comenzaron a mezclarse varios líquidos coloreados, originando una bebida verdinegra, nada grata de mirar. Las buenas maneras y la curiosidad animaron a Alicia, que probó la rara pócima, chupando una especie de pistilo central..

— ¡Qué malo! —dijo, estremeciéndose entera.

—Ese sabor es una casualidad como cualquiera otra —le explicó Stradivarius—, pero es el punto de partida. Ahora se busca el sabor que a uno le gusta, agregando chorritos de los líquidos componentes por medio del clavijero.

—No quiero probar más —adujo Alicia.

—Eres una muchacha tosca, negada para la música —le reprochó Stradivarius.

—Esto no tiene que ver con la música —protestó ella. Y lo hizo con vehemencia, pues amaba la música y era la mejor alumna en la clase de piano.

El oso la miró desdeñosamente.

—Este es un instrumento melódico, y exige a tu boca y garganta

mayores delicadezas que el canto. La música no es sólo arte del oído. Hay también tonos, semitonos, ritmos y arpegios de los sabores. Te lo voy a demostrar.

Asió entonces firmemente el aparato y, como si fuera una gaita, comenzó a chupar los golletes laterales. Saltaba de uno a otro deteniéndose a veces para acentuar algún sabor especial. Era notable su pericia, haciendo girar la botella entre ambas manos, ya a derecha, ya a izquierda. Había cerrado los ojos y Alicia tuvo la impresión de que Stradivarius ejecutaba en efecto un instrumento bucal. Y alguna música debían percibir sus papillas gustativas, porque poco a poco comenzó a balancearse y a desplazarse en pequeños brincos y vueltas, cada vez más complicados, mientras su hociquillo saltaba de chupador en chupador, como si tocara una zampoña. Se inclinaba y se erguía, se sostenía a ratos en una pata y hasta ensayaba algunas carreras de vals.

Alicia no pudo contenerse y aplaudió entusiasmada. El espectáculo era divertido. Los movimientos del semi-oso resultaban torpes, pero no se salían de compás. El animal ponía tanta concentración en ellos, con sus ojos cerrados, que parecía entregarse a una danza sagrada. "Puede estar borracho", pensaba Alicia en medio de sus carcajadas, "si lo que mezcla musicalmente en su garganta son, después de todo, licores".

Mas no lo eran, pues el bailarín dejó de moverse, con buen dominio del equilibrio, abrió los ojos, hizo a la chica una profunda reverencia y fue a sentarse, dando muestras de sobriedad, aunque resoplaba de fatiga.

—Ahora mirarás mi invento con respeto, supongo —gruñó al cabo de unos momentos.

—Me gustaría escuchar esa música —le dijo la niña.

—La música de los sabores no se escucha: se paladea —sentenció él, pedagógicamente.

En ese momento llegó corriendo un gnomo de cara risueña. Su figura era bastante estrafalaria. Por debajo de una especie de chambergo mosquetero, sobresalía su pelo rojizo, tocándole los hombros. Llevaba capa raída, verde de vieja y de verde. A diferencia de sus congéneres, era lampiño. "Gnomo joven", pensó la muchachita.

– ¡Ah, mi calculista! –exclamó el inventor–. Supongo que traes los planos.

–Aún no, maestro –se excusó el personaje–. He estado pensando en un nuevo problema.

–Tus problemas no son prácticos. No me interesan. Sólo necesitamos planos.

–Pero este problema podría tener grandes aplicaciones, maestro, quizás algún invento. Mire usted: "Si tres obreros levantan una muralla en dos días, ¿cuántos obreros se necesitan para levantarla instantáneamente?".

– ¡Mil obreros! –apuntó Alicia.

–No, pequeña –le contestó el joven matemático. Mil obreros demorarían exactamente 1,44 minutos. Eso es mucho tiempo. Se trata de una empresa instantánea, hecha en el límite de la duración que tiende a cero.

– ¿Cuántos obreros, entonces?

Alicia hizo esta pregunta llena de curiosidad. El gnomo había iniciado un paseo de auténtico pensador, con sus manos en la espalda. Se detuvo y le dijo paternalmente:

–Por lo visto, te has acostumbrado a la aritmética saca-cuentas. Esto es más serio. ¿No comprendes que el tiempo cero nos remonta a un mundo donde es difícil encontrar obreros?

No, claro, ella no comprendía ese desenlace. Sin embargo, había entendido perfectamente la pregunta del problema original. Stradivarius también, porque al momento se sintió motivado.

–Inventaré un aparato –dijo–. Ponte ahora mismo a hacer los planos.

– ¿Y los otros, maestro? –inquirió el ayudante.

–Olvídalos. Estos son más urgentes. Debemos construir esa muralla instantánea.

Alicia era imaginativa, pero la situación le pareció inconsistente, o en todo caso nueva. ¿Cómo pueden hacerse los planos antes de idear el invento?

–Se gana tiempo –le replicaron en coro los dos asociados–. Es un sistema que acaba con un prejuicio retardatario. Tú y todo el mundo siguen la rutina de empezar las cosas por el principio. Pero si las empezaran donde terminan, llegarían a ellas de inmediato. Cuan-

do tienes hambre, ¿te comes la torta o pides harina para prepararla?

Esto último lo dijo el oso levantando severamente el dedo, mientras el gnomo sonreía.

Alicia prefirió no responder. Lo de la torta era cierto. Sin embargo, el argumento general sonaba extraño y no la convencía. No pudo reflexionar más, porque Stradivarius se había levantado, con su saco al hombro y ordenaba al gnomo seguirlo a casa.

—Tú también puedes venir —le dijo a la muchacha—. Vas a aprender cosas interesantes, como si nunca hubieras pisado una escuela.

Y se pusieron en camino.

El recorrido fue breve, pero tardaron buen tiempo en la entrada, mientras el semi-oso operaba un sistema de poleas y pesas que impedían abrir la puerta en ausencia del morador. En verdad se trataba de dos puertas: la primera se habría hacia arriba, girando en torno a su canto superior, levantada por un juego de cuerdas desde la base. La segunda, oculta detrás de la primera, se abría en seguida, aunque en sentido inverso: caía hacia atrás, girando en torno al borde inferior, sostenida desde arriba por un sistema de tirantes. Parecía un pequeño puente levadizo. Y lo era, porque permitía atravesar un foso protector que uno hallaba *en el interior,* apenas traspasado el umbral*.

Alicia contemplaba todo esto con admiración, olvidada ya de buscar el camino a su propia casa. Su interés fue aún mayor al pasear la mirada por el más raro conjunto de objetos que nunca hubiera visto. Era imposible imaginar de qué se trataba. De no haber supuesto que eran inventos, se habría asustado. Sobre todo con una suerte de murciélago de grandes alas negras, hechas de tela y alambres, suspendido sobre una mecedora provista de atril y portavasos.

—Es mi lugar de lectura —se dignó explicar Stradivarius con sequedad—. Al mecerme, se baten las alas y me refrescan. Y no me hagas más preguntas. Tú, en cambio, contéstame: ¿eres zurda?

—Sí, pero no tengo problemas —replicó Alicia.

—Entonces no me equivoqué al observarte antes de ayer por la mañana —apuntó el inventor.

---

* Entre este párrafo y el siguiente, Millas anotó en forma manuscrita la palabra "Falta", refiriéndose sin duda a un texto que nunca alcanzó a completar (N. del E.).

El gnomo se había instalado en la mecedora. Alicia sintió llegar hasta ella un leve soplo rítmico, acariciando sus cabellos. Pero esto no logró distraerla de la observación del maestro.

—¿Antes de ayer por la mañana? Te equivocas: apenas acabamos de conocernos.

—Para el caso da lo mismo —dijo el oso—. Lo importante es que eres zurda. Ahora, ven aquí. Deseo probar contigo mi dextrodesplazador.

Alicia no atendió al raro nombre, por mirar el enrejado de varillas, cuerdas y poleas ante el cual su anfitrión la había colocado. Aún estaba absorta en el examen del aparato, cuando el otro le había aprisionado su muñeca izquierda con un brazalete suspendido del techo y hacía lo mismo con la mano, por medio de anillos encajados en cada uno de sus dedos. Como no le doliera, lo dejó hacer. Al poco rato, su mano derecha estaba igualmente enjaezada y pudo notar cómo, al moverla, se accionaba un mecanismo de varillas y cuerdas que, a su vez, le movían la mano izquierda.

—Haces mal las cosas —le reprochó entonces Stradivarius—. Tu mano izquierda debe educar a tu diestra, no al revés. Para ello concéntrate. Piensa en que tu derecha va haciendo por sí misma cada movimiento recibido de tu izquierda.

La pequeña comenzó a encontrar el experimento realmente divertido. De concentrarse, ni siquiera lo intentaba, pero gozaba viendo, a impulsos de una mano, moverse a la otra torpemente, como si fuera una araña de juguete.

—Ahora viene la prueba importante —le advirtió luego el oso—. Tomarás en cada mano un lápiz y, escribiendo con la izquierda, dejarás concentradamente seguir a tu derecha los mismos movimientos. Ensaya varias veces, hasta obtener la dextroconversión.

—Lo agradecerás toda tu vida —comentó el gnomo, que había dejado de columpiarse y se disponía a salir.

Alicia se puso a la tarea y con bastante dificultad trató de escribir "papá". Pero su mano izquierda, siempre tan ágil, trabada ahora por anillos y tirantes, le obedecía apenas, y menos aún la derecha, de la que sólo consiguió unos palotes retorcidos.

En eso estaba, cuando oyó a sus espaldas la voz del maestro que se despedía.

—Sigue practicando, niña —le agregó—. Volveremos a vernos esta noche.

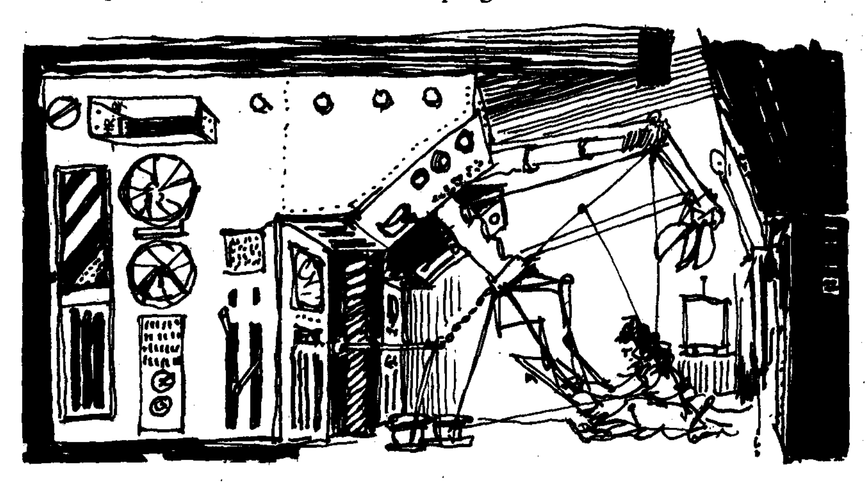
Alicia tembló. Le pareció horrible la expectativa de quedarse encerrada en medio de esos artilugios. Y como al volverse viera al oso traspasar el puente levadizo, se asustó de veras y corrió a su alcance, arrastrando consigo la estructura del dextrodesplazador. Antes que el puente comenzara a elevarse, ya estaba ella afuera, seguida por una telaraña de cuerdas, varillas y poleas, pendientes de sus manos. Quiso desembarazarse de ella, pero la gritería de Stradivarius y el gesto de írsele encima, le advirtieron el verdadero peligro. Echó a correr, y lo hizo tan bien, que al poco tiempo no escuchaba ni los ayes ni las maldiciones del inventor.

Acabó por liberar sus manos de las últimas piezas del artefacto y se sentó a recuperar el aliento. Pero no estuvo sola mucho rato. Como por arte de magia, y sin que ella lo sintiera venir, surgió a su lado el gnomo.

—Vengo solo —le dijo para tranquilizarla—. El maestro se quedó llorando en su cabaña. Pero debemos irnos, porque va a construir un detector para encontrarte.

Esto no pareció inquietar a Alicia, convencida ahora más de la diversión que de la utilidad de los inventos. En cambio, le preocupó que el gnomo intentara seguirla en su camino.

—¿Quieres irte tú también? —le preguntó.



—Sí, para librarme del espíritu práctico de mi maestro. No me deja pensar en los problemas que descubro.

—Yo tampoco puedo ayudarte —se defendió Alicia, alarmada ante la idea de llegar a su casa con semejante gnomo—. Nunca he sido buena para las matemáticas.

—Nadie es bueno ni malo para esa abismante ciencia. Sólo se trata de aplicar diestramente dos reglas sencillas: primera, a partir de unas pocas palabras que no se refieran a cosa alguna en particular, pero sí a las relaciones de una cosa cualquiera con cualquiera otra dentro de un orden de cosas cualesquiera, vas hilando delgado, bien delgado. Segunda regla: el hilo no debe enredarse ni cortarse.

—Es inútil, gnomo, no te entiendo —dijo Alicia—. Y déjame ya, que voy a casa.

—En verdad, pequeña testaruda, no me interesa que me entiendas. Sólo llévame ante el señor Lewis Carroll.

Alicia quedó perpleja.

—¿Cómo supiste que yo conozco al señor Carroll?

—Sé muchas cosas, nena; recuerda que soy gnomo. El señor Carroll es el mismo que finge llamarse Charles Ludwige Dodgson, para que le permitan enseñar en Trinity Christ, de Oxford.

Esto le pareció a Alicia la peor insolencia del personaje..

—El señor Dodgson —le replicó— no finge llamarse Dodgson llamándose Carroll, porque se llama Dodgson y es en cuanto Dodgson que se hace llamar Carroll, lo cual no significa que simule no llamarse así, porque todos sabemos que se llama Dodgson y él deja que lo sepamos.

Aquí se le acabó a Alicia el aliento. El gnomo conservaba, en cambio, toda su frescura.

—Mira —le dijo— no enredes las cosas. Para entendernos, voy a decir Dodgson-Carroll. Ahora, escúchame. Dodgson-Carroll me necesita. El anda preocupado con el siguiente problema: un mono suspendido en una polea y equilibrado por un peso equivalente al suyo, intenta subir por la cuerda de suspensión. ¿Qué sucede?

La miró desafiante y Alicia tuvo la impresión de que el problema iba dirigido a ella.

—¡Pobre mono! —exclamó entonces—. Sólo atinará a chillar y patalear! Eso es lo que sucede.

El gnomo dio muestras de abatimiento.

—No tiene gracia —dijo por fin— que lo hayas solucionado tú; el problema es para Dodgson-Carroll. A él lo van a enredar las matemáticas.

La última frase la pronunció con un suspiro que sonaba a consuelo.

—A él le gustan estas cosas —agregó inmediatamente— y yo le tengo otra muy buena. Mira y pon atención.

—Me aburren los problemas —se defendió Alicia—. Además, se me hace tarde y necesito hallar mi camino.

—El problema no es para ti, pero quiero ensayarlo contigo antes de que me lleves donde él.

El gnomo era, por lo visto, obstinado y se hallaba dispuesto a seguirla. "Debo hacer algo", pensó Alicia.

El otro había buscado una varilla y trazó magisterialmente un círculo en el suelo.

—Este es un mapa —dijo— y representa nuestro planeta. Supongamos ahora que desde aquí hacemos pasar un tubo hueco por el centro de la tierra hasta las antípodas. El tubo no contendrá aire. Va a estar completamente vacío.

Alicia se había dispuesto a no escuchar, pero la palabra "antípodas" le produjo una agradable sensación de cosa comprensible. Siempre, al oírla, se representaba unos animalitos que andaban sin caerse al otro lado de la tierra, justo en el lado opuesto a donde ella se encontraba.

—Supongamos también —agregó el gnomo— que el centro de la tierra está frío. Ahora dejamos caer esta bolita de metal por el tubo. Me interesa saber si pasa hasta el otro lado y si puede regresar después.

El gnomo ya no dibujaba. Realmente dejaba caer una brillante y pulida esfera en la boca de un tubo que, sin saber Alicia cómo, había aparecido asomando a los pies de su compañero. El pequeño objeto desapareció sin ruido alguno, mientras el gnomo, lanzando su chambergo al aire, daba brincos de júbilo.

—La condenada bola cae y acelera su velocidad —gritaba—. ¿Qué irá a suceder en el centro de equilibrio de todos los pesos?

Se inclinó sobre la boca del tubo y puso su oído en el hueco.

—¡Ven, muchacha! Se oye el zumbido del movimiento absoluto.

No hay fricción ni motor humano, como entre los astros. ¡Que se pare la tierra y hemos descubierto el motor inmóvil!

Alicia se asustó de veras, no tanto por el zumbido del motor inmóvil, que hasta le pareció agradable, sino por el arrebato del gnomo. De pronto, éste dio un salto y se metió en el tubo. Suspendido todavía de los bordes, gritó:

—Esto hay que verlo. Voy tras del proyectil, pero tú me esperas: eres mi único testigo. El invento va a gustarle a Stradivarius. Dile, entre tanto, que después le haré los planos.

Y desapareció por el agujero. Pero quien escuchó estas últimas palabras, fue el propio Stradivarius.

—¿Dónde está esa pequeña badulaque? —había llegado gritando.

Nadie pudo responderle. Alicia también había desaparecido.


HMR. 84

X

EN EL REINO DE LAS BRASAS

AQUELLA ERA PARA Alicia una tarde de mal humor. El médico había venido por la mañana, llamado por su madre al sentirla toser varias veces. Ella, claro, no se atrevió a explicar bien las cosas. Su tos no tenía nada que hacer con resfríos ni pulmonías, sino con un tubito de papel de diarios encendido y chupado a escondidas, después de oír a su padre que debían prohibir el cigarrillo por sus estragos en la juventud. Ella misma se había asustado, es cierto, de haber tosido tanto, pero no estaba enferma y lo sabía. Sin embargo, ésa no fue la opinión del médico y, como la encontrara débil, le prohibió salir en esa tarde de lluvia, precisamente cuando el señor Dodgson iba a llevarla al museo, donde exhibían una nueva momia egipcia. Ni siquiera le habían permitido ver a su afectuoso amigo, para que no lo convenciera de interceder en su favor.

Y allí estaba ahora, envuelta en mantas, como una perrilla mojada, frente a la chimenea, aburriéndose toda la tarde en esa habitación con sillones tan altos, las ventanas tapadas con varias cortinas y esas fotografías de gente enojada que la miraba desde los muros a través de marcos enormes. Al principio pudo entretenerse en observar los carbones ardientes, fascinada por el modo cómo se formaban las grandes brasas, apilándose unas sobre otras hasta derrumbarse, a veces silenciosamente, otras con estrépito. Siempre le maravillaban

esas misteriosas cavernas hechas en el fuego y cuyas paredes titilaban como si un enanito las soplara todo el tiempo para mantenerlas encendidas. En verdad, varias veces había *visto* pasar por allí unos hombrecillos minúsculos, corriendo de una caverna a otra, afanados, sin duda, en sus labores, aunque también solían perseguirse, jugando a sacarse chispas y llamitas. A menudo se había imaginado ser tan pequeña como ellos y entretenerse en correr por esos pasadizos rojos y contemplar de cerca aquellos muros ardientes, que quizás fueran enormes. Sobre todo le habría gustado explorar el interior de las cavernas, extendidas hacia el fondo, donde se prolongaban en misteriosos túneles. De allí salían a veces algunos de los enanitos, alegres como si volvieran de un lugar de fiestas. En más de una ocasión le pareció escuchar a lo lejos una musiquilla de violines y tambores, aunque de esto nunca pudo estar realmente segura.

"Algo debe haber más allá de las brasas", se había dicho a sí misma varias veces, "porque si no, ¿de dónde viene el fuego siempre renovado?".

Y sería, posiblemente, algo maravilloso; de otra manera no estaría tan protegido por ese calor terrible que no dejaba acercarse a nadie, aunque con seguridad no haría calor adentro, por la tranquilidad habitual de tanto enanito, amén de esas llamas azules que, al contrario, parecían tiritar de frío.

Una vez más había pensado en estas cosas, pero ya no le interesaban y ahora estaba no sólo de mal humor, sino realmente aburrida mientras contemplaba el techo. No sabía por qué, pero cuando se aburría encontraba agradables los pasatiempos aburridores y, en cambio, la aburrían las cosas entretenidas.

De pronto sintió un leve zumbido y un soplo cálido que salieron del fuego. De reojo, alcanzó a ver algo muy blanco, con destellos dorados, que saltaba de la chimenea y caía sobre su falda. No tuvo tiempo de asustarse: era una esquela impresa en letras de oro, como las tarjetas de bautizo. En una esquina tenía un escudo de armas, con la figura de una corona en llamas al centro, unos copos de nieve alrededor y, por debajo, un lema que decía: "Fuego, frío; frío, fuego: no hay tiempo ni caso de sosiego".

Era una elegante invitación, originada en el Palacio del Rey. Alicia la leyó extasiada:

SU MAJESTAD EL REY OS INVITA A VISITARLE
EN EL PALACIO DE LAS BRASAS, HOY JUEVES, A LA HORA
DEL TE. HABRA TAMBIEN REFRESCOS.
LA ESCOLTA REAL VENDRA A BUSCAROS
A LAS CINCO EN PUNTO.

La leyó por segunda vez, para estar segura de no haberse equivocado y ver si venían algunas otras instrucciones. Pero decía sólo eso, lo que la preocupó muchísimo, porque aparentemente Su Majestad no había considerado su tamaño y la escolta no sería capaz de conducirla a palacio.

Un pensamiento aun más inquietante ayudó a disipar su primera alegría. Recordó haber leído hacia tiempo el cuento de una niñita como ella, dormida frente a una chimenea, que recibía en sueños la invitación de un Rey parecido a éste, aunque el otro, si no recordaba mal, era el Rey del Carbón[1]. A Alicia le disgustó la idea de estar también soñando, sin ir de verdad al Reino de las Brasas. Pero luego desechó esta preocupación, al recordar una frase misteriosa del señor Dodgson, que ahora parecía servirle: "La diferencia entre soñar y estar despierto es que a nadie en el sueño se le ocurre rechazar el sueño como sueño; a la inversa" (así decía el señor Dodgson, "a la inversa"), "a todos se nos ocurre, estando despiertos, que podríamos estar dormidos".

Pero, en verdad, si Alicia abandonó sus temores, no fue en virtud de esta idea incomprensible, sino de otro recuerdo que vino a reemplazarla: la invitación a aquella niñita era la burla de un rey mal educado. Pero tampoco recordaba en qué consistía la burla. Leyó una vez más la linda esquela y se tranquilizó de nuevo: la invitación no podía ser más formal ni más de veras. Solo un rey serio y cortés podía enviar una invitación así y decirle "irá a *buscarlos*".

En ese momento sonaron las cinco y el corazón de Alicia latió fuertemente. Miró hacia el fondo de la chimenea, donde nada extraordinario parecía suceder todavía. Y ya comenzaba a caer otra vez en sus dudas, cuando las brasas se agitaron y desde la caverna mayor y

---

1 Lewis Carroll parece evocar aquí un cuento de su infancia que, tal vez, no recuerda bien. No he podido encontrar la posible fuente. Quizás no se trata de un relato clásico. En todo caso, él le saca al vago tema un partido realmente extraordinario (N. del T.).

más profunda se levantó un ruidoso chisporroteo que se desplegó hacia afuera en abanico, abrazando a Alicia por los pies. Apenas tuvo tiempo de dar un pequeño brinco, temerosa de quemarse, pero el remolino de chispas la envolvió sin tocarla y la levantó por el aire, como si fuera una pluma. Alicia sintió que giraba deliciosamente en el centro de una espiral luminosa, moviéndose hacia las brasas.

"Esta ha de ser la escolta", pensó mientras descendía.

En verdad podría haber pensado muchas otras cosas, pues el descenso duró un tiempo larguísimo. Pero, estando tan dichosa, no se le ocurrió nada más y se limitó a esperar con paciencia el término del viaje. De vez en cuando se vio obligada a cerrar los ojos, aun a tapárselos con las manos para protegerlos del resplandor entre rojo y blanco y, por momentos, de una negrura centelleante que iluminaba los lugares por donde iban pasando. Era un laberinto de montañas y valles, gargantas profundas y cavernas parecidas, aunque mayores, a las contempladas algunas horas antes allá afuera —¿o allá arriba?— desde un sillón de la sala.

Llegaron por fin. Alicia no pudo notarlo cuando el chisperío de la escolta se detuvo, con alharaca de pequeños estallidos, y giró en espiral, dejándola libre en el suelo, para desaparecer por encima de su cabeza.

Aunque se sintió extasiada con el cavernoso recinto, cuyos muros de carbones encendidos resplandecían como las fraguas, le preocupó hallarse sola, sin nadie que hubiera venido a esperarla. Esto era decepcionante para quien llegaba como invitada del propio rey de esos dominios.

"No puede ser", se dijo Alicia. "¿Dónde están los chambelanes y los pajes? ¿Esta corte no tiene marqueses para recibir a sus visitas?". Y se confesó a sí misma, con toda sinceridad, su mayor interés en el brillo de la realeza que en el esplendor del fuego.

"Por lo demás", siguió diciéndose", estos fuegos ni siquera queman... ¿Pero cómo podrá ser eso?". El hecho ya lo había previsto al mirar este mundo desde afuera, pero al comprobarlo le sorprendía hasta parecerle absurdo. "¿Absurdo? ¿Por qué absurdo? ¿Acaso era menos absurdo que el fuego quemara?".

No tuvo tiempo de resolver el problema. En ese momento se movieron unas cortinas de ceniza, en las cuales no había reparado,

descubriendo una puerta al fondo de la sala. Al parecer, la habían abierto con sigilo dos personajes ataviados de toga y birrete, que avanzaron hacia ella con aire ceremonial. El color negro de su indumentaria contrastaba con el rojo del ambiente. "Por fin", pensó Alicia. "Son los enviados de Su Majestad".

Al parecer no lo eran, porque ante la ceremoniosa reverencia de Alicia, presentándose como huésped oficial de palacio, se miraron estupefactos.

—¿Estás lista para dar tu examen? —le preguntaron ambos a dúo.

Alicia se fijó en que sus rostros no tenían forma reconocible. Eran rostros, pero no de personas, sino de brasas con forma de rostros.

—¿No nos has oído? —le dijeron las brasas.

—Yo no he venido a dar examen, sino a tomar té con el rey. Traigo esta invitación.

Los personajes le rechazaron la tarjeta, sin siquiera mirarla.

—¿Que no has venido a dar examen? —exclamaron con aterrada incredulidad—. ¿Y cómo pretendes pasar?

—¡Con esta tarjeta! —les contestó Alicia, sacudiendo la invitación delante de esas caras sin narices—. ¡Es una esquela del rey!

Pero los togados no se inmutaron.

—El rey también debe dar examen —dijeron secamente.

Ante esto, la pequeña pensó lo peor. "Con seguridad hubo una revolución", murmuró. ¡Pobre rey! Tal vez estaba encerrado y se había valido de la invitación para pedirle ayuda a ella, tan amiga de su reino. Debería ser valerosa y hacer algo. Y lo primero era pasar. Pero apenas lo intentó, se le atravesaron los falsos chambelanes.

—Nadie pasa sin examen —volvieron a advertirle.

Alicia comenzó a asustarse de verdad, porque ella generalmente salía mal en los exámenes.

—¿Y sobre qué es el examen? —les preguntó.

—El tuyo es sobre el futuro y otras cosas necesarias de aclarar en esta Corte. Ya deberías estar enterada.

Este anuncio le pareció aterrador. Ella sólo había estudiado el pasado y, ciertamente, no recordaba haber oído del futuro en su escuela. Tal vez lo aprendían las niñas más grandes, pero tampoco había visto estudiarlo a su hermana. Su padre, en cambio, lo conocía. Ahora recordaba haberle oído hablar del futuro muchas veces.

Lo llamaba "algo incierto e inquietante". También decía "el futuro hay que inventarlo". Y recordó, además, que en una ocasión, poniéndole una mano sobre la cabeza, había exclamado: "El futuro pertenece a estos niños". Tales recuerdos la tranquilizaron sólo en parte: dar examen era otra cosa.

—Yo no esperaba este examen —se excusó entonces— y no estudié el futuro. En cambio, sé historia.

—No nos sirve de nada —le contestaron—. En la historia, el tiempo no sólo está inmóvil, sino al revés, y eso no tiene gracia, ni siquiera para dar examen. Así, pues, vamos al tema.

—¿Y qué sucederá si salgo mal? —inquirió Alicia.

Los personajes se quedaron mirándola fijamente y recién pudo notar que en realidad no tenían ojos, y la contemplaban con toda la cara.

—Esa es una insolencia y puede costarte cara —le dijeron—. Nadie sale mal en nuestros exámenes. Somos los mejores examinadores del reino.

Alicia no creyó que esto representara una seguridad muy grande para ella. Además, le inquietaba otra cosa.

—¿Por qué hablan ustedes dos al mismo tiempo? —les preguntó.

—Eso no tiene nada de particular —le replicaron—. Todos hablan al mismo tiempo en cada momento, menos quienes escuchan. Ahora mismo hay millones de personas en el mundo que están hablando a un tiempo con nosotros. Si fuéramos a hablar de uno a uno, tu turno no llegaría nunca y serías muda.

—No me refiero a eso —insistió Alicia.

—En adelante refiérete a lo que quieras decir —contestaron ellos— y no hagas perder el tiempo.

"Son unos payasos", pensó Alicia. "El examen no va a ser tan difícil después de todo".

Los preparativos demoraron poco. Vinieron unos enanitos, parecidos a los que tantas veces viera desde la sala de los retratos, y trajeron una mesa y asientos. Alicia notó que, en vez de caminar, se deslizaban sobre el piso encendido, como si patinaran en hielo. Parecían pequeñas llamas. Al menos eran trémulos como ellas y (más singular y entretenido todavía) no tenían una estatura constante. Su tamaño crecía y disminuía, y a veces disminuía tanto, que casi desaparecían

a ras del suelo. Cuando eso ocurría, los compañeros soplaban suavemente sobre el afectado. Este crecía de nuevo y soplaba después sobre otro que estaba en el mismo apuro.

Alicia observaba una de estas escenas, cuando los examinadores la llamaron al orden.

—El examen comienza —dijeron, siempre a dúo, y agregaron, dándole tiempo apenas para acomodarse en su silla:

—A ver, niña: ¿tienes futuro?

—No —contestó Alicia.

—¿Lo has perdido? —preguntaron los togados.

—Tampoco, porque nunca lo tuve.

—¿Y qué hace uno en tales circunstancias? —inquirieron ellos.

—Debemos inventarlo —replicó la niña, pensando en el orgullo de su padre si escuchara esta respuesta.

—Veamos entonces cómo se procede a esa invención.

"Aquí voy mal", suspiró ella para sí. "Ni siquiera los entiendo. Yo, cuando invento, invento. Voy a tener que aprender cómo se procede, después de averiguar qué significa *cómo se procede*".

—¿Y bien? —le dijeron, sacándola de su soliloquio.

—Se hace como lo hacen todos; igual que ustedes, diciendo, por ejemplo, "tenemos un futuro".

—Mal ejemplo —sentenciaron los examinadores—. Nosotros no necesitamos decir "tenemos futuro", porque tenemos uno.

—Debieran tener dos —les contestó Alicia— pero no tienen ninguno, porque el futuro no existe.

Esto lo dijo con perfecto aplomo, segura de habérselo oído al señor Dodgson, en una discusión con su padre, a propósito de un soneto de Shakespeare. Se lo habían hecho escuchar y le había gustado, aun cuando no había entendido ni una palabra. De todas maneras, el dúo no se amilanó.

—¡Ah, ah! —exclamaron, con satisfacción de examinadores—. Has fallado esta vez. Por lo visto, eres de esas personas que dicen "si el futuro existiera, ya no sería futuro, precisamente porque existiría"?

Alicia vaciló. Ella no era de tales personas, pues nunca se le habían ocurrido ideas semejantes. Sin embargo, la cosa parecía no tener otra salida.

—Sí —respondió finalmente— tiene que ser así.

—Bien, muy bien. Has salido del paso mediante una buena demostración: el futuro existe sin existir y en eso consiste la gracia de tener alguno. Felicitaciones. Vamos a otro asunto.

Alicia ya se sentía orgullosa. Quizás si, después de todo, este examen le diera prestigio para exigir la libertad del rey.

—¿Cuántas clases de futuro conoces tú?

La examinada guardó silencio. ¿Cuántas clases? Posiblemente buenos y malos, próximos y lejanos, claros y oscuros.

Al parecer no había más.

—¿Has oído la pregunta? —le repitieron. El tono era amenazador.

—Seis —dijo débilmente Alicia.

—A ver, vamos a contarlos. Tú llevarás la cuenta. Futuro directo e indirecto. ¿Cuántas especies son?

—Dos —contestó ella, ansiosa de acertar.

—Simple y compuesto —siguieron los examinadores.

—Van cuatro —apuntó Alicia.

—Interno y externo.

—Seis —les contestó, sintiéndose otra vez reconfortada.

—Anterior y posterior —continuaron ellos.

—Ocho.

—Propio e impropio.

—Diez —resumió la muchacha con resignación, pensando que deberían seguir hasta veinte.

Pero ahí terminaba la clasificación, pues los examinadores acusaron gran alegría.

—Ya vez como teníamos razón —exclamaron—. Tu dijiste seis, pero en realidad habías pensado diez. La ciencia es sólo una cuenta cuidadosa de lo ya conocido.

La miraron para comprobar si ella, en efecto, lo sabía. Convencidos, al parecer, que así era, anunciaron solemnemente:

—Y ahora, la pregunta final. ¿Qué significa nuestro lema "Fuego, frío; frío, fuego: no hay caso de sosiego"? Nos interesa ver si puedes aplicar tus conocimientos.

Alicia se sintió desfallecer, sobre todo por la necesidad de aplicar sus conocimientos. ¿Qué conocimientos podría aplicar? Recordó que los cueros se dilatan con el calor y se contraen con el frío. Entre tanto, los catedráticos daban muestra de impaciencia.

—El lema significa —tartamudeó por fin— que el fuego se achica con el frío y que el frío se calienta con el fuego... no... quiero decir...

—¿Ah, sí? —la interrumpieron—. ¿Y el sosiego, tiene algo que ver?

Ella los miró desesperada.

—¿Y el sosiego? —le repitieron.

Se sintió perdida y sólo atinó a decir "no sé".

—¡Eso, eso! —exclamaron, como al término de un bello argumento. "No sé" es la más exacta respuesta que hemos escuchado. Dos palabras para una verdad profunda y terminal.

Dijeron esto y se levantaron.

Alicia pudo notar entonces un curioso cambio: el brillante rojo de sus rostros se había oscurecido y sus mejillas mostraban un ligero tinte de cenizas.

"Al parecer van a pagarse", pensó algo consternada, "y es una lástima. En realidad, son los mejores examinadores del mundo.



Sin duda ellos también se dieron cuenta del peligro, porque se pusieron a correr a gran velocidad en torno a la sala, como si alguien los persiguiera. Al cabo de unas vueltas, sus rostros se habían encendido y lucían el ardiente color rojo de su primera aparición.

—Ahora, vamos a ver al rey: ya debe haber dado examen y es la hora del té —dijeron a Alicia, deteniéndose ante ella tan bruscamente como iniciaran la carrera.

Tras del vestíbulo se extendía un vericueto de múltiples pasadizos. Los carbones ardían casi al blanco, pero hacía frío. Un ejército de hombrecillos corría de un lado a otro, despejando el paso de las brasas que caían de muros y techos. Otro grupo, armado de fuelles y abanicos, se agitaba igualmente, soplando las cenizas que iban cubriendo las paredes, y reavivaban el fuego allí donde comenzaba a extinguirse.

Cuando se aproximaron a los aposentos reales, comenzó a oírse una algazara de música y canto que, al llegar, se había hecho aturdidora.

El rey, de larga barba amarilla y corona llameante sobre su cabeza, estaba en el trono, enorme para su pequeña estatura, aunque no para su barriga.

"Es un hermoso carbón encendido, el mejor de cuantos he visto", se dijo Alicia al divisarlo, "y se parece a Enrique VIII".

El rey, viéndola avanzar entre la barahúnda de cortesanos, la saludó a centelleante carcajada.

—¡Albricias! —gritó—. ¡Llegó Albricias, mi invitada de honor!

Seguramente los cortesanos eran sordos o no tenían interés en los invitados del rey, pues ninguno puso atención a su júbilo y siguieron en sus trajines, sin reparar en la llegada de Alicia.

—Acércate, muchacha, y siéntate allí, frente a mí.

Después de la reverencia de rigor, Alicia obedeció, algo confundida por la bullanga del ambiente y la falta de ceremonial para recibirla.

—Has llegado a la hora precisa —le dijo el rey—. Ya me disponía a pedir el té.

Golpeó las manos con gran ruido, pero nadie acudió y él mismo pareció olvidarse del asunto. En cambio, puso interés en Alicia y le dijo:

—De modo que tú eres Albricias.

—No, Su Majestad —replicó ella, respetuosamente—. Mi nombre es Alicia.

—¿Y dónde está Albricias? —gritó, dirigiéndose a los concurrentes—. ¡A ver quién va a explicarme estas confusiones!

Una vez más, nadie se dio por aludido, de lo cual tampoco se dio por aludido el rey. Alicia notó, además, que todos daban la espalda al monarca, aun quienes bailaban, por lo cual no sólo no lo oían o no no querían oírlo, sino tampoco lo veían o no querían verlo.

—Yo invité a Albricias para acompañarme a la hora del té.

—Usted me invitó a mí, Su majestad, y aquí está la esquela —le contestó Alicia.

—Vaya, vaya —comentó Su Majestad, mientras leía—. Veo que tú eres Albricias, después de todo. Entonces, a servir el té.

Volvió a golpear las manos, pero, como en las ocasions anteriores, nadie se dio por enterado.

—¿Por qué no obedecen a Su Majestad? —le preguntó entonces Alicia. En verdad la situación había comenzado a preocuparle.

—¿Quién no me obedece? —contestó el rey, con verdadera sorpresa—. ¡A mí me obedece todo el mundo, y eso me inquieta! Por lo mismo, les he ordenado que me desobedezcan, y al desobedecerme, me obedecen, con lo cual faltan a mis órdenes. ¿Crees que debiera castigarlos? Ayúdame a resolver el problema.

Alicia pestañeó, sin saber si esa orden era o no para ser obedecida. En todo caso, prefirió ser prudente.

—Nadie quiere servir el té —insistió.

El rey soltó una carcajada portentosa.

— ¡Por supuesto! —dijo—. ¡Se me habían olvidado los algodones!

Descendió esforzadamente del trono y, acercándose a un chambelán que parecía dormir parado, vuelto hacia una columna, le extrajo unos tapones de algodón de los oídos.

El chambelán hizo una profunda reverencia y desapareció corriendo a una nueva orden de servir el té.

—¿Por qué tenía tapados los oídos? —preguntó Alicia cuando Su Majestad se hubo reinstalado en el trono.

—Todos los tienen —dijo el rey con naturalidad—. Así no escuchan mi música ni mis conversaciones.

—¿Cómo pueden bailar y cantar entonces?

—Necesitan entretenerse y están bien acostumbrados —explicó él benevolentemente, dando a entender cuánta comprensión y generosidad había de su parte.

—Más se entretendrían con música —protestó Alicia.

—Con música bailan y cantan, y tú la oyes. Que ellos también la escuchen, es otro cuento: si la oyeran, no tendría gracia que bailaran y entonaran a compás, en tan exacta correspondencia, lo cual es mi real deleite.

Se arrellanó en su asiento e invitó a Alicia a acercarse un poco más. Y en tono confidencial continuó:

—Lo que tú observas es un maravilloso sistema de armonía preestablecida, que he montado ateniéndome punto por punto a las enseñanzas de los filósofos.

Alicia lo miraba algo inquieta, aunque le pareció lindo ese nombre de "armonía preestablecida".

—¿En qué consiste? —inquirió.

—¡Oh, es tan sencillo como maravilloso! —exclamó el Rey, juntando las manos con arrobamiento—. Se trata sólo de arreglárselas para que, cuando ocurra una causa, suceda ahí mismo un efecto no causado y en el instante preciso.

Alicia seguía mirándolo con desconfianza.

—Sé qué estás pensando —advirtió Su Majestad—. Para ti el asunto no tiene nada de particular y te dices "siempre los efectos han seguido a las causas en el momento y en el lugar precisos".

—No estoy pensando nada de eso —reclamó Alicia, sin comprender una palabra.

—Pues deberías pensarlo, de lo contrario darás un examen —refunfuñó el rey.

Alicia vio que era mejor callar. Y Su Majestad continuó:

—Ese pensamiento tuyo es el error de todo el mundo. Pero los efectos no son producto de las causas, sino una coincidencia. Hay una armonía preestablecida para hacer posible estas coincidencias. ¿Quiéres verlo por ti mismo?

Alicia no sabía qué podría ver, pero asintió con sincero interés, pues cada vez le parecía más bonita la expresión "armonía preestablecida".

El rey dejó una vez más el trono y acercándose con sigilo a otro de

los chambelanes vuelto hacia una columna, le propinó una patada en las posaderas. El pobre cortesano se fue de bruces sobre la columna, dando un berrido que hizo temblar el recinto.

La carcajada del rey resultó moderada en comparación con el aullido.

—Ya vez —explicó Su Majestad, volviendo al trono— como todo funciona perfectamente. Ese hombre emitió el feo sonido en armonía con el movimiento de pie; éste no fue causa ni el grito ningún efecto: sólo se trata de hechos felizmente coincidentes. El gritó al tiempo que mi pie le alcanzaba.

La niña no fue capaz de sacar de ello ninguna conclusión, excepto la de que el rey estaba loco. Algo le iba a decir sobre esto, pero Su Majestad prosiguió entusiasmado.

—Por eso mis marqueses y mis duquesas bailan y cantan al compás de una música, sin oírla. Sus movimientos coinciden con los sonidos de los instrumentos, según mi propia armonía preestablecida. No se requiere que ellos oigan nada y yo puedo gozar de la música y verlos danzar como muñecos de cuerda. Por otra parte, yo en esto sólo e imitado al creador del mundo.

En ese momento llegaron tres adornados personajes, portando las bandejas del té, con frutas, galletas, pastelitos y refrescos.

—Por fin —se dijo Alicia, que ya tenía hambre.

Extendieron con rapidez una mesa con manteles delante del rey y dispusieron sobre ella cuanto traían.

—Pare la música y déjenme solo: quiero gozar de mi té como es debido. Tú, naturalmente, te quedas, pues eres la invitada —agregó cortésmente, dirigiéndose a Alicia.

La armonía preestablecida funcionaba, por lo visto, bastante bien, pues al momento dejaron de tocar los músicos y las parejas danzantes se retiraron al tiempo que hablaban y gesticulaban como si de verdad pudieran mantener entre ellos una animada conversación.

Al cabo de un tiempo se había hecho un completo silencio, aunque no tanto como para dejar de oír a ratos el chisporroteo de algunas brasas al desprenderse de los muros. Alicia vio que ella y el rey habían quedado solos. El anfitrión, con lentos ademanes, servía el té en una taza puesta sobre la mesa.

—Estos pasteles están riquísimos —dijo el monarca, despues de

morder uno y de beber algunos sorbos con gran ruido.

Sólo entonces comprendió Alicia que no habría té para ella. Pero su invitante tuvo la fineza de preguntarle si ella tomaba también té en su casa. Esta vez, la muchacha no pudo ocultar su enojo.

—Me lo estaría sirviendo si usted no me hubiera invitado a tomarlo aquí esta tarde.

—¿De dónde sacas eso? —protestó el rey—. Yo no te he invitado a tomar té.

—Recibí vuestra invitación para té con refrescos. Todo esto es indigno de la cortesía de un rey.

—Mi tarjeta no hablaba de invitación a tomar el té, sino a visitarme a la hora en que yo lo tomo. Hablaba también de refrescos, y hay refrescos. Otra cosa es tu pretensión de que sean para ti. Eso no puedo consentirlo, ni siquiera a mis bien amados súbditos. La autoridad es la autoridad y su té no puede ser compartido. Si uno entrega el té, después le toman el pie.

La indignación de Alicia había subido de punto, tanto como la majestad real bajara ante sus ojos por semejante comportamiento.

—Ni en la Corte de los Milagros —exclamó— se ha visto un rey tan fantoche y mal educado.

Esto lo dijo con encono. Su invitante, en cambio, halló en la observación motivo de máxima alegría.

—¡La Corte de los Milagros! —repitió, entre carcajadas de verdadero monarca antiguo—. ¡Eso es! ¡Esta es la Corte de los Milagros! ¡Qué descubrimiento!—. El rey se había puesto de pie, agitando los brazos como un poseído.

—No me había dado cuenta hasta ahora: hacemos a cada momento el milagro del fuego. El fuego rueda hacia el frío como un peñasco y nosotros lo sujetamos y levantamos. ¡Qué milagro! El lema de mis antepasados es perfectamente claro y no necesitamos más exámenes ni gente que investigue. Todo fluye directamente de estas palabras: "Fuego, frío; frío, fuego: no hay caso de sosiego".

Paseó su mirada por el recinto aún vacío. Alicia temió que fuera a atacarla: su rostro se había inflamado al rojo vivo. "El rey se quema", pensó. Pero él ya no se ocupaba de ella.

—¡Que vuelvan todos! —ordenó.

Al parecer, esta instrucción no estaba prevista en la armonía prees-

tablecida, pues nada sucedió. Fue necesario que un chambelán, viejo lector de Leibniz, acudiera a los gritos de Su Majestad y transmitiera la orden a la Corte. En un instante se repobló la sala con súbditos que ya no bailaban y se disponían a escuchar.

—Se acabaron los exámenes —les dijo el rey—. No necesitamos aprender ni averiguar nada. Todo es un milagro. También es un milagro que uno aprenda. ¡Abajo la armonía preestablecida, enemiga de los milagros!

Se rascó la cabeza, como si dudara de lo dicho, pero se recompuso y agregó:

— ¡También era un milagro esa armonía: el milagro de que nada fuera milagroso! Igual al principio de casualidad, otra tontería milagrera.

A todo esto, Alicia había olvidado el té y procuraba entender lo que estaba sucediendo. El discurso del rey no le llamaba la atención. A todas luces era un chiflado, que podía decir cualquier cosa. "También podría haber dicho", pensó, "el milagro es un milagro. O mejor, el verdadero milagro está en la existencia de milagros". Esta última frase le pareció hermosa y estuvo a punto de soltarla. Pero ya comenzaba a inquietarle la conducta de los súbditos, que habiendo oído las reales reflexiones con indiferencia en un principio, se habían puesto a llorar.

Era una manera extraña de llorar, por supuesto. Alicia nunca había compredido por qué se decía que la gente lloraba lágrimas *ardientes.* En este caso lo veía claro: esas lágrimas ardían de verdad, bañando los rostros con un líquido bermejo, que al caer se evaporaba. Un vaho de agua hirviente se difundía poco a poco en el recinto. Todo esto era natural, tratándose de brasas. Lo sorprendente era su pena.

— ¿Por qué lloran, majestad? —se decidió, por fin, a preguntar al monarca, que aún se veía dichoso.

—Porque están desarmonizados —fue la misteriosa respuesta del rey.

—No comprendo —se quejó la niña.

—Desarmonízate y comprenderás —sentenció Su Majestad.

— ¿Pero cómo? —insistió ella.

—Rechaza la demostración del teorema de Pitágoras y, además, la idea de que sabes por qué cuando empujas una pelota, la pelota se mueve.

—¿Y eso es todo?

—¡No, no es todo! —contestó el rey—. También has de darte cuenta que la explicación de las cosas no está explicada y que si lo estuviera, sería una maravilla sin explicación.

Alicia vio una vez más que estas chifladuras no eran para ser tomadas en serio, aunque, sin saber por qué, el rey le estaba pareciendo simpático. Así y todo, seguía preocupada de la llorona corte, en medio de la cual surgían ahora lamentos y sollozos.

—¡Ay de mí! —suspiraba una voz—. ¿Qué voy a hacer en adelante?

—Carecemos de rumbo, carecemos de planes. Más aún, carecemos de causas —se lamentaba otra, cuyo dolor parecía sincero.

—¿A quién determino yo ahora, si nadie me determina a mí?

Esta última era, sin duda, la voz más desgarradora. Alicia se sintió enternecida. Además, la gran sala iba llenándose de vapor.

—Haga algo por ellos, pobrecitos —suplicó al rey.

—¡Que lloren! —tronó Su Majestad, inmisericorde—. ¡Que lloren si no están hechos para el milagro y sólo sirven para la armonía preestablecida!

Por lo visto, la locura del personaje no tenía remedio.

En efecto, no la tenía, pues mirando significativamente a Alicia, como si quisiera darle una lección ejemplarizadora, le dijo:

—¿De verdad quieres verlos desarmonizados?

Alicia no sabía si lo quería o no; ya todo le daba lo mismo, pero su vacilación fue para el rey suficiente señal de interés. Levantó una mano y ordenó a la orquesta que tocara. Los músicos lo miraron como si no comprendieran, mirándose también entre sí.

—¡A tocar, granujas! —vociferó Su Majestad.

Tomaron entonces sus instrumentos, con resultados notables: algunos, por más que se afanaban soplando o rascando, no conseguían el menor sonido. Otros —y eran los más— desafinaban con admirable acierto, ejecutando cada cual una música diferente. Alicia, interesada al comienzo en la novedad, acabó por taparse los oídos. Pero entonces tuvo una sorpresa mayor: todos se habían puesto a bailar, aunque sin duda se les había olvidado cómo se hacía. Iban y venían de un lado para otro, con distintos compases y figuras enrevesadas. La mayoría lloraba todavía, tal vez con mayor pena por el baile sin ton ni son que les iba resultando. El vapor se había exten-

dido y los bailarines comenzaban a desaparecer en la niebla. Chocaban unos con otros y se maldecían, bailando siempre.

Alicia tosió, sintiéndose incómoda con el vaho. Solo entonces volvió al rey a reparar en ella.

—Ahí tienes los desarmonizados —le dijo—. Supongo que ahora comprendes.

Alicia tosió nuevamente y por primera vez notó frío en el reino de las brasas. En cuanto a comprender, no comprendía: más bien comenzaba a aburrirse. Tal vez Su Majestad se dio cuenta de ello y quiso evitar el contagio, alejándose entre la neblina para continuar sus imprecaciones.

—¡Esta es la Corte de los Milagros y aquí se acabaron los exámenes! —clamaba—. ¡Nadie examina a nadie, porque todo ha de inventarse! ¡Y comiencen por un baile mejor, ahora que están libres de la armonía preestablecida!

—¡Libres! —gimió una voz.

El llanto colectivo aumentó de una manera alarmante. Alicia se sintió conmovida.

—No hagan caso, buenas gentes —le dijo—. ¡El rey está loco!

Su Majestad no se molestó por la observación. Al contrario, su voz expresó gran regocijo:

—¡Ese es otro milagro! La locura es el mejor invento de la cordura, y la cordura la inventaron los locos.

Alicia halló esta frase muy graciosa[1] y empezaba a repetirla, cuando sintió que tiritaba de frío y vio cómo el rey y los cortesanos se apagaban en medio de los vapores del llanto.

—¡Majestad! —le gritó—. ¡Se acaba el fuego! ¡Mande que soplen!

—¡Calla, Albricias, y no alborotes: el frío es un milagro del fuego!

Las últimas palabras casi no se escucharon y la niña sintió pena viendo deshacerse al rey en pequeñas brasas que todavía centelleaban entre la neblina, medio cubiertas de ceniza. Esta vez se asustó y corrió hacia la salida, recordando que se encontraba en la chimenea de su propia casa. No anduvo mucho, sin embargo, porque sintió que

---

1 No es tan graciosa en español. Suena mejor en inglés: *Madness is the best invention of wisdom and wisdom was invented by the fools.* Parece de Shakespeare, pero no lo es (N. del T.).

la niebla, ahora muy espesa, se movía en la misma dirección y la levantaba, llevándola consigo.

Al cabo de un momento vino a caer sobre el diván y pudo oír la voz de su madre.

—¿Qué significa esto? —decía—. ¿Quién ha echado agua en la chimenea?

Alicia fingió dormir, procurando ocultar sus zapatos, manchados de ceniza mojada.

INDICE

UN JUEGO DE LA RAZON

La primera palabra que brota al escuchar el nombre de Jorge Millas es: "inteligencia". Fue casi por definición, por vocación profunda, varón de inteligencia. Pero acaso a él no le habría satisfecho ese término, tan solo, tan sin las precisiones que le eran indispensables.

La inteligencia conoce, y no se conoce lo que no se ama. Aprender, pensar, meterse dentro de un tema, exige como condición previa la hermosa condición del amor.

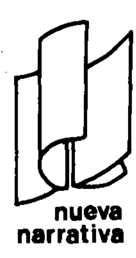
Jorge Millas fue hombre de amor, también. Su inteligencia amaba con la tranquila intensidad que le fue característica, con el silencio, con la paz inquieta del espíritu. Amor, en primer lugar, por lo humano: debilidades y grandezas, hazañas y temores. Amor por las ideas, por obras como un país o una universidad. Amor por la palabra ajena, capaz de fecundar la propia.

Amor púdico, curiosamente, que con frecuencia buscaba recatarse detrás de la ironía o del razonamiento construido con aparente frialdad.

Inteligencia, amor, ironía y un cierto ánimo lúdico –¡él, tan serio!– hay en estas *Escenas inéditas de Alicia en el país de las maravillas.* De algún modo, este libro completa la presencia de Jorge Millas, el poeta que renunció a seguir ese camino, el profesor que nunca abandonó el suyo, el filósofo de la mirada humana.

Juegos de la razón, juegos en serio y a la vez maravillosamente alegres, estas *Escenas...* pueden ayudar a comprender al solitario generoso que las escribió.

Guillermo Blanco



"Ni las segundas partes ni las imitaciones fueron nunca buenas. Conocedor de esta verdad proverbial —aunque precisamente en cuanto proverbial, discutible— deseo adelantarme a las justas aprensiones del lector para advertirle que estos relatos no son ni segunda parte ni imitación de los de Lewis Carroll en *Alicia en el país de las maravillas.* Son algo todavía peor: trozos de la obra original, desechados con sagaz cautela y mejor acuerdo por la maestría del profesor de Oxford.

Me enteré de ellos en 1968, y la fatalidad me hace publicarlos ahora, exactamente trece años después. Yo debo haberme hallado entonces en Londres, pues si no, ¿cómo explicar que no habiendo jamás visitado esa ciudad, hayan llegado a mi poder los manuscritos no mal conservados que desde entonces poseo?

Los atesoré todo este tiempo, con la esperanza de recuperar las veinte libras esterlinas pagadas por ellos a un sórdido tabernero de Soho Square. Según él, valían mucho más y los había robado; y pues que yo me interesaba en la arqueología carroliana, podría conseguirme también el manuscrito final de *Alicia en el país de las maravillas,* hasta ahora inédito. También me aseguró creer que yo era un sabio persa. Ninguna de estas razones me parecieron convincentes, no obstante la verosimilitud de la última. Así y todo, le pagué su dinero y salí del antro con aire furtivo y a pasos ligeros, como si yo mismo hubiera cometido el robo.

Desde entonces leí varias veces el raro documento hasta que, necesitando practicar el inglés, me puse a traducirlo. En este sentido recomiendo el libro a la admiración del lector: se trata de una traducción verdaderamente buena".